



MARIA ERCILIA ROBREDO
Y
MARIA LUCIA CUMORA

EDITORIAL
ESTRADA

HORIZONTES NUEVOS

34.457

HORIZONTES NUEVOS

POR

MARÍA ERCILIA ROBREDO

Y

MARÍA LUCÍA CUMORA

LIBRO DE LECTURA PARA CUARTO GRADO

OCTAVA EDICIÓN

Ilustraciones de M. Petrone



ANGEL ESTRADA y Cía. S. A.—EDITORES
BOLÍVAR 466 BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Régimen Legal de la Propie-
dad Intelectual. Ley 11.723.*

PRÓLOGO

Niño lector:

Este libro ha sido escrito para contribuir a tu cultura y para ayudarte a formar una conciencia moral a fin de que sientas el valor de la justicia, el deseo de imitar las acciones nobles, el afán de ser, tú mismo, cada día mejor, el de sentirte digno de tu patria y el de justificar tu derecho a formar parte de la gran familia argentina.

Hemos elegido y agrupado los capítulos en forma tal, que podrás recurrir a ellos antes o después de tus lecciones de geografía, de historia, de instrucción moral y cívica o de ciencias naturales.

Si logramos interesarte y acrecer tu amor por la lectura, es indudable que será más vasta tu experiencia.

Tú dirás si tu curiosidad despierta ha quedado satisfecha; si te han atraído las ilustraciones; si has experimentado placer; si te has hecho más sensible a lo bello y a lo verdadero.

Creemos que sí. Porque te hemos puesto en relación con geógrafos, historiadores y naturalistas que algún día conocerás en sus propias fuentes. Porque hemos descripto, para ti, paisajes y hechos vividos, y compuesto relatos para tu entretenimiento. Porque hemos reproducido sucesos de

nuestro pasado histórico, contados por sus mismos actores. Porque hemos incluido (a veces fragmentariamente) páginas hermosas, en prosa y en verso, de distinguidos escritores argentinos. Porque te hemos brindado cuentos, mitos y leyendas de nuestra tradición popular. Y porque todo eso ha sido animado por la mano de un artista.

Y si alguna vez nos cuentas que como a ti, sirvió este libro a tus hermanos o gustó a tus padres, nos sentiremos plenamente compensadas.

LAS AUTORAS.

LECTURAS
GEOGRÁFICAS

La tierra que acoge a todos los hombres.

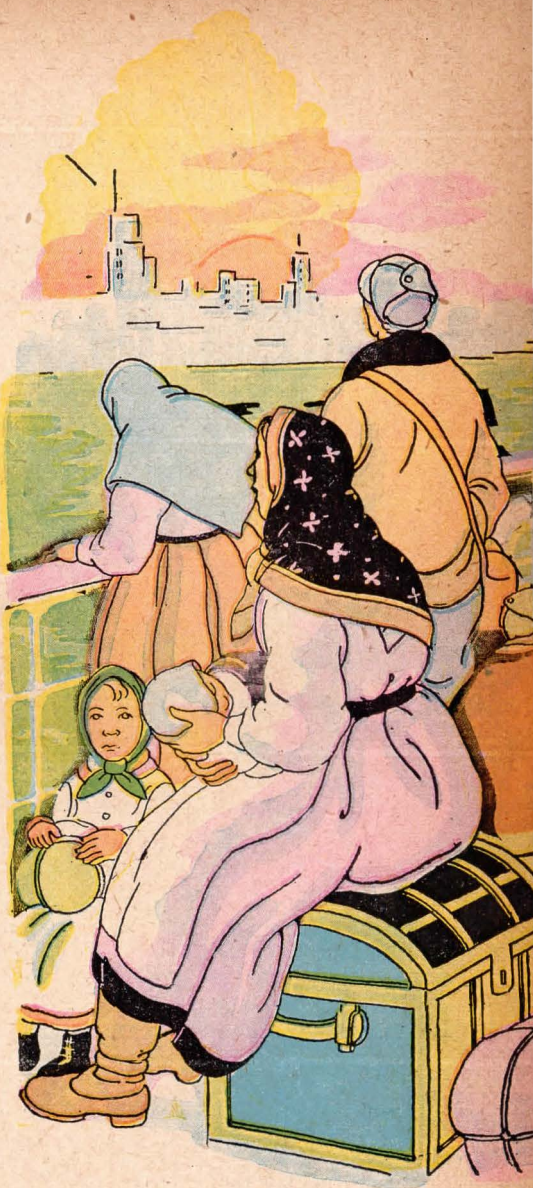
Una hora duró la exhibición de aquella magnífica película que fué mostrándonos las bellezas incomparables de nuestro país, y cuando al final, el pabellón de la patria ocupó flameando toda la pantalla, aplaudimos con entusiasmo y con fervor.

Al salir del cinematógrafo repetíamos las leyendas que se habían grabado en nuestra mente:

El territorio de la República Argentina es uno de los más privilegiados de la Tierra.

Su extensión equivale a la de diez naciones europeas reunidas.

Ofrece condiciones naturales que permiten augurarle un futuro extraordinario.



La inmensa extensión de sus costas oceánicas le asegura el intercambio comercial con todas las naciones del mundo.

Una importantísima red fluvial garantiza su comercio interior y con los países limítrofes.

Gracias a la bien definida demarcación de sus límites, mantiene relaciones perfectas con sus vecinos.

Los productos del interior pueden alcanzar fácilmente sus puertas de salida, merced a la forma alargada del territorio en el sentido norte sur.

Su clima es favorable al desarrollo de la mayor variedad de especies animales y vegetales.

Es la tierra hospitalaria que acoge con amor a los hombres emprendedores de todas las razas, que llegan atraídos por la fama de sus riquezas inexploradas...

Cuando llegamos a casa se lo referimos todo a mamá.

La cinta comenzó presentando un mapa de la República, de gran tamaño, en cuyo interior se hallaban dibujados los contornos de Portugal, España, Bélgica, Suiza, Holanda, Francia, Alemania, Dinamarca, Suecia y Noruega. En seguida, pasaron ante nuestros ojos, pampas sin límites, bajas mesetas en las que, según palabras del animador de la película, vivieron por siglos, pueblos de indígenas rudos y valientes. Una variedad incontable de paisajes maravillosos en colores, donde se movían las más diversas especies de animales y donde se podían apreciar los más raros ejemplares de la flora. La cordillera de los Andes con sus pasos bajos y de fácil tránsito, que facilitan el acercamiento con el país hermano.

Barcos de todas las banderas y de todos los calados, navegando en aguas del Atlántico en dirección a nuestros puertos. Ríos grandes como mares, surcando las llanuras, bajando de las montañas, recorriendo los valles o perdiéndose en las lagu-

nas. Ferrocarriles y caminos, atravesando en todas direcciones, la masa inmensa, rica y compacta de las tierras habitables, y la llegada de los inmigrantes, venidos de todas las partes del mundo, con sus pobres ataditos de recuerdos de la tierra lejana; tristes o alegres, pero seguros de haber arribado — según dijo el animador — a una tierra de libertad y de paz, donde todos los hombres se hermanan al amparo de sus instituciones y a la sombra de su bendita bandera.





Lo que la República Argentina ofrece al observador.

I

El gran Chaco.

Desde el Salado hasta el Pilcomayo y desde el pie de la cordillera hasta el Paraguay y el Paraná, extiéndose una llanura baja, de suave declive, cruzada por ríos caudalosos, en cuyas aguas se reflejan los extensos palmares de la costa: es el gran Chaco.

Recorrer esta región es promesa de emociones tan diversas, como diversa es la variedad de sus paisajes. Allí por donde los ríos fecundan la tierra, bosques tupidos de talas, algarrobos, ñandubayes, molles, mistoles, guayacanes y quebrachos colorados

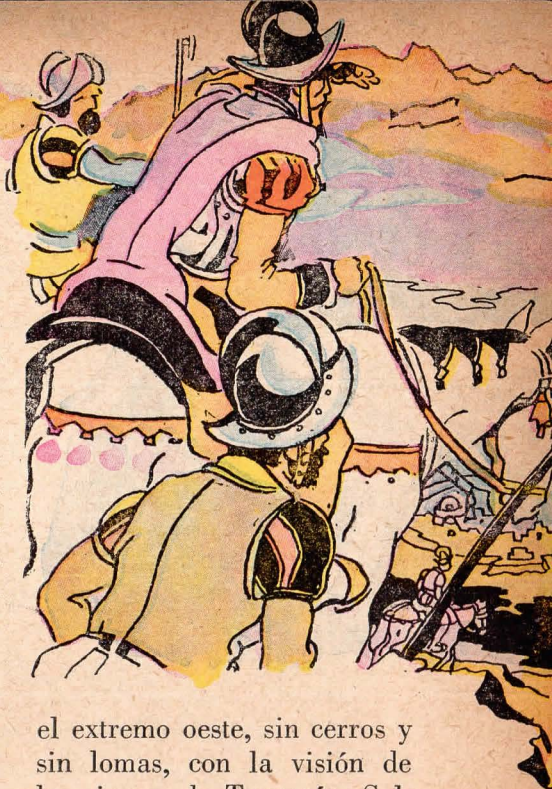
demuestran, por el tamaño de sus ejemplares, haber sido testigos del paso de los siglos.

En oposición a esta región boscosa, hállase la de las pampas abiertas, tapizadas de gramíneas y, entre ambas, el monte impenetrable, exhibiendo sus cactus altos como árboles, sus matas espinosas y la maraña que forman lianas y enredaderas al abrazarse a los arbustos de mísero follaje.

La crecida de los ríos nos pone en presencia de “isletas”; terrenos más altos que las aguas no han alcanzado a cubrir, y que unidos, a veces, por una franja angosta de tierra, nos explican el significado de una denominación pintoresca: “Cejas del monte”.

Lagunas enormes y esteros característicos tienen su origen en los desbordes del Pilcomayo y del Bermejo.

Pero, nada más hermoso que la región del parque, en



el extremo oeste, sin cerros y sin lomas, con la visión de las sierras de Tucumán, Salta y Jujuy al fondo, y donde bosques imponentes y palmares de caranday alternan con sábanas extensas y fértiles praderas.

II

La leyenda patagónica.

Habíamos comentado la hazaña del bravo piloto que, en el “Flecha de Plata”, voló

bajo el cielo de la Patagonia. Cada uno de nosotros creía ver todo cuanto el aviador describe en páginas de vivos colores:

San Antonio con sus casitas de techo colorado. El golfo San Matías de aguas tan transparentes, que permiten distinguir el fondo con su mundo de algas marinas. El pedestal enorme y solitario de la meseta Baya. El floreciente valle donde se esconde Trelew. Las aguas policromas del golfo San Jorge. La nieve de las calles y los caireles de hielo, pendientes de los aleros, de las minúsculas casas de colonia Las Heras...

—¿No os han contado la leyenda de la ciudad de los Césares? ¡Ciudad maravillosa que nadie llegó a conocer y cuya fama fué creciendo hasta convertirla en un lugar encantado donde no se conocía la muerte!

Hasta fines del siglo XVI, muchos y desgraciados sucesos impidieron a la conquista española penetrar en el misterio de la región patagónica. Mientras numerosas empresas fracasaron, la imaginación iba convirtiendo en realidad la existencia de una ciudad fortificada, construída en el interior de una laguna, en un ángulo de la cordillera y “donde las nieves eran azules, rosadas y negras”. Habitábanla hombres blancos y rubios, de talla esbelta, hermoso rostro y barba cerrada. Sólo fué vislumbrada desde las riberas, pero se aseguraba que fosos y murallas la defendían; que un solo puente levadizo daba acceso a su única entrada; que sus palacios eran de piedra labrada; sus templos resplandecientes, cubiertos de plata; de oro los asientos donde descansaban sus pobladores, y de precioso metal la vajilla, y hasta la reja de los arados. Toda aquella riqueza provenía de dos cerros de oro y de diamante, que como mudos centinelas, hacían guardia a la ciudad.

Tanto hirió la fantasía este relato, que muchos intentaron descubrirla.

Organizáronse expediciones que atravesaron los Andes; que anduvieron cientos de leguas por llanuras desoladas; que libraron batalla contra los indios; que pagaron tributo a su ambición, sacrificando muchas vidas y que creyeron siempre que “un poco más allá”, estaría la ciudad desconocida cuyas campanas tañían al amanecer.

Hoy la leyenda se ha desvanecido. Nadie encontró ni encontrará, la población fastuosa de los hombres inmortales. Pero, lo que ha resultado verdad es que, no en la ciudad de los Césares sino en todo el territorio de la Patagonia, existen tesoros inagotables para recompensar el trabajo de quienes lo exploten con tesón y perseverancia.





III

La región de los lagos.

Estábamos reunidos alrededor del aparato radiotelefónico, dispuestos a escuchar las charlas de don Martín, nombre tras el que escondía el suyo, un conocido escritor. Había recorrido todo el país y trataba de estimular a sus compatriotas para que hiciesen lo propio, pues, según él, se ama mejor lo que se conoce mejor.

Terminados los últimos compases de un gracioso “bailecito”, anunciaron que don Martín estaba frente al micrófono, dispuesto a dirigirse a sus oyentes. En efecto: segundos después oímos su voz clara y simpática:

—Mis queridos radioescuchas, buenas tardes. Al llegar al estudio, he encontrado una carta en la que un grupo de mis amigos del éter me hace el honor de pedirme un consejo. A ellos, pues, dedico mis palabras de hoy.

¿Conque quieren, ustedes, realizar un viaje de turismo y me acuerdan el papel de cicerone? Acepto. Mi opinión es que visiten la región de los lagos. Puedo asegurarles que no habrán de arrepentirse jamás. Sin temor afirmo que aquello constituye un espectáculo único en América.

Diseminados a lo largo de toda la cordillera patagónica, los lagos semejan los eslabones de una cadena, tendida entre

los cerros imponentes y las verdes florestas. Los que se extienden al norte y al sur del Nahuel Huapí son de una transparencia que asombra.

En Santa Cruz, los lagos San Martín, Viedma y Argentino ofrecen el aspecto de mares embravecidos cuando el viento arrecia y levanta olas enormes que se deshacen contra las plataformas heladas de sus riberas.

A veces, los glaciares los invaden, convirtiéndolos en fantásticas pistas de patinaje. Otras, masas de hielo, que bajan de la cordillera, descienden hasta las azuladas aguas, flotan en ellas y se acumulan entre las piedras de sus profundas ensenadas.

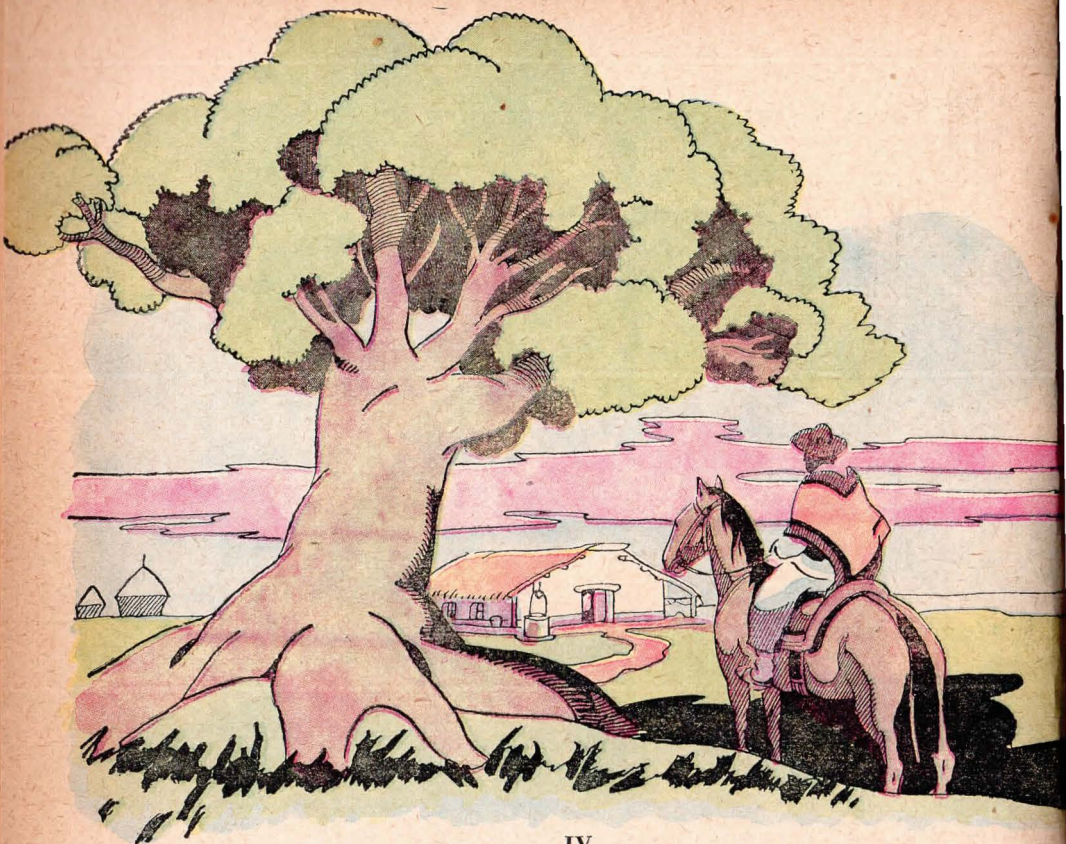
Yo he sentido en mis andanzas por aquellas comarcas, dos impresiones más intensas que las otras.

La primera, cuando me encontré frente al heleño Moreno. Una muralla blanca de sesenta metros de altura, cortada a pique, erizada de agujas en lo alto y mostrando la tonalidad intensamente azul de las grutas profundas que se abren en su base.

La segunda, en la región de las cascadas donde cien saltos de gran altura se estrellan contra las piedras, azotan las murallas de granito, se agitan en torbellinos de espuma y se agrandan a medida que los desniveles del cauce del río Feta-leufú se hacen más pronunciados.

Quien ose recorrer esos lugares no puede olvidar al geólogo Emilio Frey, jefe de una de las comisiones de demarcación de límites con Chile, que estuvo a punto de perder la vida cuando, arrebatada su nave por la violencia de la corriente, fué arrojado entre las revueltas aguas. Con bravura desesperada, luchó contra los rápidos que lo arrastraban una y otra vez,

logró asirse a una de las tablas de su destrozada embarcación, pudo alcanzar las puntas de las peñas y se salvó milagrosamente.



IV

La Pampa.

Habréis oído decir que pampa, palabra quichua por su origen, significa llanura extendida sin accidentes topográficos. Para nosotros, la pampa es esa estepa convertida hoy en región agrícola o de pastoreo y que conserva, en parte, sus características de tierra virgen en los lugares donde aparece el suelo, más o menos pelado, entre penachos de pastos duros, entreverados o agrios.

Junto a las lagunas, crecen juncos y totoras. El ombú sombrea al rancho y sólo donde hay una estancia o una chacra, se ven montes de eucaliptos, álamos, sauces, paraísos, plátanos y casuarinas.

En una de estas estancias, solíamos pasar algunas semanas en busca de paz y de reposo.

Cansados de todo cuanto nos recordara la ciudad, guardábamos el automóvil en un galpón. Y no sólo por eso, sino porque a la velocidad de su marcha, no podíamos gozar de los atardeceres pampeanos. En cambio, nos gustaba recorrer a pie la avenida de los plátanos, a cuyo término corrían las aguas de un arroyito manso, y mirar, sentados a su orilla, la puesta del sol.

A veces, nos deteníamos para recoger las florecillas rojas, amarillas, azules, lilas o blancas que crecían al borde del arroyo. Otras, hundíamos los pies en la espesa alfombra que junto a los cercos, formaban las semillas amarillentas de algunos pastos, o nos parábamos a escuchar la bulla de los pájaros, que antes de rendirse a la quietud obligada de la noche, parecían ofrendar sus últimos trinos a la luz.

Por el oeste, caía el sol como un inmenso disco rojo, mientras teñíase el horizonte de un tinte entre rosado y violáceo que daba al paisaje una tonalidad extraña. Una oveja lanzaba su balido lastimero. Mugía alguna vaca; se escuchaba el relincho de algún caballo, que a trote lento venía llegando a las casas, y cantaban las ranas desde sus charcos, una monótona canción. Entonces, y cuando las primeras estrellas lucían en aquel cielo sereno, regresábamos despacio por el mismo camino, sobresaltándonos cuando algún sapo bromista nos salía al paso sin ningún aviso.

El clima y la vida.

—Oye tú, don sábelotodo. ¿Será verdad lo que está diciendo ésta?

—No seas desagradable, Jorge. ¿Por qué no llamas a las personas por su nombre?

—Pues, porque a mi hermana me gusta llamarla ésta y no por su nombre, que me parece muy feo: Timotea Hermenegilda; y a ti, sábelotodo, porque puedes responder a mis preguntas, lo mismo que el maestro.

—¿Qué dice tu hermana?

—Que la forma en que viven los hombres está de acuerdo con el clima de la región donde habitan.

—¿Y qué creías tú?

—Que los hombres vivían según su voluntad y su gusto.

—Timotea tiene razón. De modo que trata de ser atento para entender lo que voy a explicarte.

El clima y la naturaleza del suelo influyen sobre las costumbres, sobre el régimen de alimentación, sobre la clase de los vestidos, sobre el tipo de las viviendas, sobre la elección de los materiales para construir las habitaciones, sobre las industrias, sobre el carácter, sobre el idioma, sobre la inteligencia, sobre los juegos, sobre la conformación del cuerpo, sobre el color de la piel y sobre el aspecto del pelo. Todavía más; por su influencia, pueden modificarse las características de una raza.

Si alguna vez te radicaras en ciertas regiones de clima riguroso verías cómo, por efecto del mismo, tu piel se arrugaría prematuramente, tus cabellos se volverían duros y lacios y tu aspecto desmejoraría mucho.

Mas no creas que el clima sólo interesa a la vida del hombre, sino también, a la de los animales y las plantas. Esto lo saben los directores de los jardines zoológicos. Por eso, en el de Buenos Aires, se mantiene tibia el agua en que se bañan los hipopótamos; helada la que constantemente corre por la casa de los osos y a una temperatura conveniente, las jaulas de los monos que, además, se hallan resguardadas por cristales. De esta manera, se trata de rodear a las distintas especies de un ambiente semejante al de su medio natural.

El clima de nuestro país se cuenta entre los mejores del mundo y son característicos sus cambios bruscos de temperatura en un mismo día; sobre todo en el verano.

Siempre recuerdo aquéllos, pasados en el campo, en los que si después de un viento norte, soplabla el pampero, teníamos que correr en busca de un abrigo porque la temperatura descendía bruscamente de veinticinco a quince grados.

Hasta en el aspecto del cielo, puede influir el clima. El de Buenos Aires resulta desteñido si lo comparamos con el de Córdoba o con el de Tucumán. El de la región correspondiente a la cordillera seca es sereno

y límpido, mientras que por el lado de la cordillera húmeda, predomina el cielo nublado.

—¿Sabes que es muy interesante todo esto, mi querido sábelotodo?

—Pues mucho más lo será, cuando lo estudies en la escuela.



En las montañas.

I

Escalando los Andes.

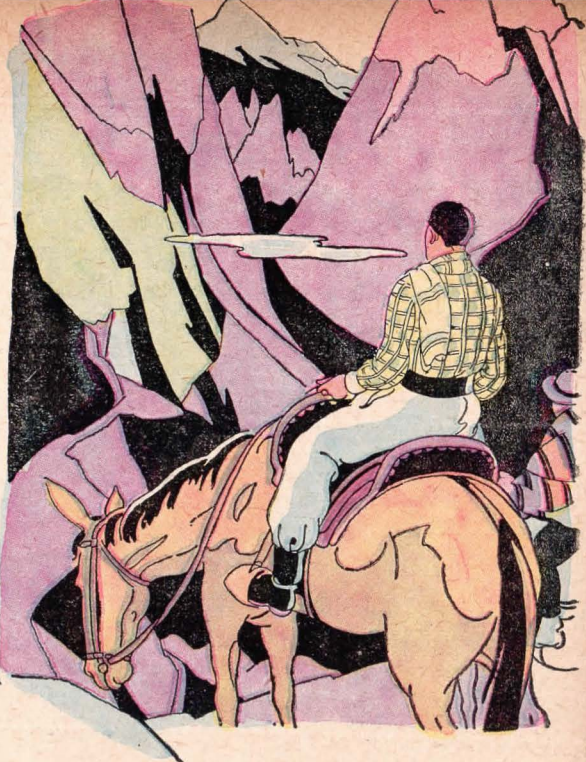
Desde cuatro mil metros, en plena cordillera, quisimos contemplar el espectáculo indescriptible del paisaje.

Acostumbrados al aire rarefacto, habíamos andado sin pena y sin cansancio.

El tiempo era magnífico, pero, ante el horizonte erizado de picachos y ante el horror del abismo que se abría a nuestros pies, sobrecojáse el ánimo y nuestras voces iban apagándose como si temieran turbar aquel silencio. Sólo alguno que otro lanzaba con vibrante acento, estas exclamaciones: ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Impresionante!

La brisa fría y seca de la mañana azotaba nuestros rostros. A poco, se levantó una ventisca suave que paulatinamente adquirió cierta violencia, haciéndose después lenta y uniforme.

De pronto, se tiñó de rosa la nieve de la montaña. Luego el rojo vivo puso en ella una mancha de fuego. Por encima de los cerros, mostró su disco el sol, que con sus reflejos, convirtió las cimas nevadas en "bosquecillos de cerezos florecidos".



Por el sendero, avanzaba una caravana. A su frente, Remigio Ramírez le servía de guía.

Y nosotros continuábamos a cuatro mil metros, en plena cordillera, con los ojos muy abiertos, como queriendo grabar en la retina todo el panorama.

II

Más allá de las cumbres.

(Fragmento)

CARLOS A. BERTOMEU.

Parecía como si todos estuvieran de fiesta. Había nevado la noche anterior y todo el mundo salía a la calle con las más dispares y raras vestimentas, deseosos de disfrutar el espectáculo...

La vista del pueblo era sencillamente maravillosa. Parecía uno de esos pueblitos de Blanca Nieves, poblados de enanitos, con sus chimeneas humeantes y los techos puntiagudos cubiertos por la nieve. Los árboles y las plantas parecían próximos a caerse, a desgajarse, tal era el peso que los agobiaba; semejaban el Papá Noel, con sus blancas barbas interminables, las espaldas vencidas por el peso de los años y la clásica bolsa repleta de juguetes; los cables de la luz, que cobraban la apariencia de gruesos cabos de amarre, se sacudían bajo el peso de su blanca carga; en el centro de la calzada un típico catango cargado de gruesos troncos de chacay cubiertos de nieve, ponía una nota más en el pintoresco conjunto. Los bueyes miraban impasibles al chiquilín harapiento que delante de ellos esperaba con la picana en alto y contemplaba distraído la respiración tranquila de sus nobles bestias...

El mal de agua.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

De los cerros donde el viento
no se cansa de correr,
y en los iros y cardones
zumba hasta el anochecer;

de los cerros donde el sol
curte y reseca la piel
y a la tierra la yareta
se agarra con avidez,

una tarde la pastora
acosada por la sed,
arreando sus cabritas
bajó con ligero pie.

De pechos en el arroyo
inclinándose a beber
la pastora dijo: — Agüita,
agüita te beberé...

En medio las cortaderas
el hato bebió también.
¡Agua de nieve es el agua
del arroyo montaños!

En su rancho la pastora
muere de calor y sed.
Cogida de calenturas
por el mal de agua fué.

¡Agua de nieve es el agua
del arroyo montaños!



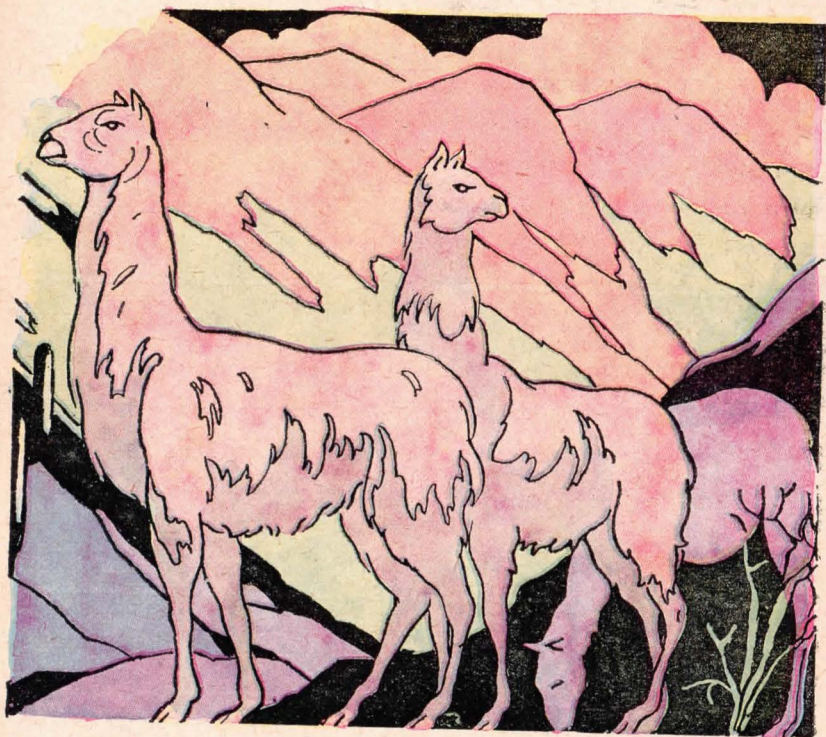
Un espectáculo emocionante.

Todos eran valientes y sufridos; buenos jinetes; diestros en el manejo de las armas de fuego; ojo certero; pulso firme y resueltos a soportar el frío riguroso de la montaña. De otro modo, hubiera sido inútil intentar a más de tres mil metros, la caza del guanaco astuto y veloz, siempre alerta para notar desde los valles donde pace, si lo amenaza cualquier riesgo.

Mientras combinaban el plan de ataque, vinieron con la noticia de que una gran manada de estos animales hallábase a poca distancia. Entonces, tomando mil precauciones, distribuyéronse con estrategia los tiradores, y trataron de rodearlos y encerrarlos, haciendo rápidamente fuego cruzado desde unos cientos de metros.

Heridos en mitad del corazón, cayeron quince. Los demás en gran tumulto, lograron huir. Algunos se desangraban llevando la bala incrustada en el cuerpo, pero como hijos de la montaña, ni se entregaban ni se abatían. Quisieron seguirles el rastro, darles alcance, enlazarlos. Intento inútil. Sin sentir

el dolor siguieron con rapidez vertiginosa a sus compañeros, lanzándose por cuestras y despeñaderos, entre piedras y rodados, por senderos inverosímiles que la audacia del hombre difícilmente podía recorrer.



Los guanacos.

ALFREDO L. BUFANO.

Entre los berruecos
del valle nevado
en tropel sonoro
pasan los guanacos,
con la grupa llena
de copitos blancos.

Ágiles los remos
nerviosos, y el largo
pescuezo
estirado.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

El hambre y la nieve
los trae hasta el llano,
con sus negros ojos
tristes, dilatados
y húmedos
de espanto.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

La manada guía
el hermoso macho;
fornido, potente, magnífico,
con algo de antiguo centauro.
Las hembras lo siguen a cie-
[gas,
temblorosas de miedo y can-
[sancio.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

Al ruido más leve,
se apretujan todos como en
[mudo amparo;
al aire levantan el húmedo
[hocico,
y los luminosos ojos asusta-
[dos
clavan en el valle solitario y
[mudo,
y siguen andando
ágiles, nerviosos,
bellos en su espanto,

en locas carreras
y saltos,
la testuz enhiesta
y hundidos los flancos.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

Por el valle cubierto de
[nieve
ha sido un relámpago.



Vale la pena estudiar con detenimiento un mapa hidrográfico de la República Argentina, para comprobar que los ríos son las rutas naturales de comunicación interna. Más baratas por naturales, y por internas, no sólo sirven al comercio entre provincias y territorios, sino que dan salida a los productos de unas y de otros con destino al exterior.

Has de saber que el Estado reglamenta su navegación y que están abiertas a los barcos de todas las banderas, siempre que se respete ese reglamento.

Por si alguna vez se te ocurre, cuando mayor, dedicarte al cabotaje, te diré que para que los barcos de tu flota sean considerados nacionales, tendrán que ser mandados por capitán argentino; ser argentinos, en un cuarto por lo menos, los hombres de la tripulación e izar en el palo ma-

yor, el pabellón argentino. Para entónces, recuerda que el Paraná, el Uruguay y el Plata son los ríos de mayor importancia.

El Paraná puede considerarse como típico de llanura. Dentro de nuestro territorio, todo su curso es navegable. En su primera sección, corre

Las rutas naturales de comunicación interna.

por un cauce pétreo de costas ondulantes, cubiertas por selvas vírgenes, entre las que se levantan, de vez en vez, paredes rocosas y coloradas. Después de

recibir al Paraguay, sus aguas amarillentas se arrastran por las pampas y más abajo de la desembocadura del Diamante, comienzan los innumerables brazos y canales del delta.

El río Uruguay tiene menos importancia económica. Al norte, cruza por una región boscosa casi inhabitada; luego, entre colinas cubiertas de palmares, y, más adelante,

cae entre islas y escollos. En su desembocadura, semeja un lago inmenso.

El río de la Plata es “es el mar de la tradición” para unos; “el mar dulce” para otros; “el río grande como un mar” para los guaraníes, que admiraban el enorme caudal de sus aguas y su anchura inmensa.

Ofrece como particularidad, la rapidez extraordinaria con que aumentan o disminuyen sus aguas. Entre las bajantes célebres, cuéntase la ocurrida en el año 1792, en la que durante tres días, quedó en seco toda la parte superior de su curso. Tres años después, se repetía el fenómeno, quedando a descu-

bierto una extensión de quince kilómetros frente a Buenos Aires. Pero, sucedió esta vez, que en veinticuatro horas, crecieron en tal forma, que un caballo, internado en la playa, hubiese tenido que volver a nado, mostrando sólo la cabeza.



El valle de Jauja.

Entre los mitos de América, cuéntase el del valle de Jauja, donde ubicaron algunos geógrafos indianos, los manantiales del Plata.

Dicen las crónicas, que era Jauja un valle de temperatura deliciosa, donde abundaban los productos del reino vegetal. Allí vivieron los huancas, descendientes de una generación de pura sangre divina. Cerca se levantaba un magnífico templo del Sol; “aposentos del rey, despensas de la corte, molles sagrados, aras del sacrificio, templos y palacios señoriales”. Artífices habilísimos labraban toda clase de piezas en precioso metal.

Los conquistadores, que sólo esperaban como premio de sus hazañas las riquezas y los tesoros acumulados en tumbas y templos, magnificaban el renombre del río de la Plata, y entonces comenzó la leyenda a tomar forma de realidad en la mente de los aventureros de ánimo heroico y probado valor.

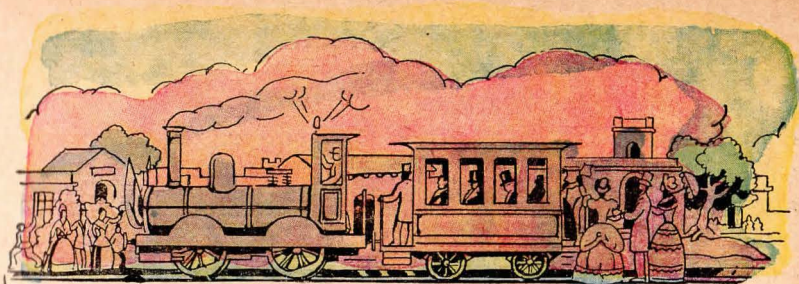
Penetraron en su desembocadura desde los albores del siglo XVI; fundó Mendoza la ciudad de Buenos Aires; ascendieron por el río Paraná; exploraron regiones del gran Chaco hasta encontrarse con otros españoles procedentes del Perú.

Poco después, la “Historia de las Indias” describe a nuestro gran estuario como poblado en sus orillas por temibles antropófagos, cuya fama fué creciendo hasta convertirlos en “verdaderos gigantes, como esos de los cuentos maravillosos”, y de los que, según la leyenda, Magallanes había conseguido apresar tres. Comenta la fecundidad del suelo acreditada por cincuenta granos de trigo, que sembrados en setiembre por Gaboto, produjeron cincuenta mil en diciembre; y los hallaz-

gos de oro, piedras preciosas y perlas, cuya búsqueda inspirara las empresas de Occidente.

“La mágica leyenda debió desvanecerse al paso de los exploradores, mas el mito geográfico del Plata había cumplido su destino. Navegantes y conquistadores, atraídos por él, dejaban pueblos fundados y comarcas reconocidas, para servir de base a nuestra civilización”.





Los ferrocarriles argentinos.

Cada vez que pasamos por Callao y Lavalle, mi madre hace un alto, y señalando la calle Rauch, que allí nace para desembocar en las de Río Bamba y Corrientes, me dice:

—En mis tiempos, a este lugar venían todos los chicos para ver el paso de La Porteña.

El 30 de agosto de 1857, se había inaugurado la primera línea de ferrocarril. Poco tiempo después, hacíamos nosotros el trayecto desde la estación del Parque hasta la de Floresta. No puedes imaginar el tiempo que se tardaba para recorrer aquellos doce kilómetros.

La Porteña, que comparada con las locomotoras actuales parece de juguete, iba jadeante, despacio, parándose de pronto por falta de combustible. Entonces, los muchachos arrancaban pasto seco de las calles y se lo alcanzaban al maquinista para que tuviese cómo alimentar la hoguera.

—Oyéndote, madre, parece increíble a lo que hemos llegado. Mi reciente viaje de mil setecientos kilómetros desde Buenos Aires hasta Bariloche, fué cómodo, rápido y seguro.

Cierro los ojos y vuelvo a ver el recorrido: Bahía Blanca, Patagones, el puente monumental por el que se atraviesa el caudaloso río Negro, Viedma, San Antonio...

Antes de Valcheta, la llanura sin paisaje; después, el paso entre cañadones, lomas y cerros. Una hora más, y el tren corre entre sierras que van aumentando su altura, a medida que nos aproximamos a los Andes. Cruzamos un puente de setenta metros de largo y treinta de alto; otro de seis tramos de cincuenta y dos metros de largo cada uno; continuamos por valles profundos y cañadones encajonados entre las sierras, hasta llegar a San Carlos de Bariloche.

—Me parece que te entusiasma viajar.

—Es verdad. Pero, no sólo por placer, sino porque creo que debo conocer todos los rincones de mi patria.

—Tienes razón, hija. Es una forma de aprender a quererla.

—Por eso, si me lo consientes, haré el camino de la diagonal de hierro.

—¿Hablas del tren Panamericano?

—Sí. Dicen que cruza regiones asombrosamente bellas. Que desde su partida, el viajero tiene cómo distraer su vista: Las más fértiles llanuras; los montes cultivados de Santiago del Estero; los ríos, bosques y montañas de Tucumán, Salta y Jujuy; los magníficos paisajes del norte de Chile, de Bolivia y del Perú; las ruinas de Tiahuanaco y del Cuzco y por último, en todas partes, los restos de la civilización indígena.

Madre, si tú me dejas, recorreré los cuarenta y tres mil kilómetros de vías férreas que son los que, poco más o menos, cruzan el territorio argentino en todas direcciones, y luego te iré contando lo que vea.



Lo que poseemos como don de la naturaleza.

I

La flora.

Todas las tardes, después de leer nuestra correspondencia y de enterarnos de las últimas noticias, nos reuníamos en el parque del hotel, a fin de proyectar el paseo para la mañana siguiente.

Aquella, del 17 de enero, no lográbamos ponernos de acuerdo, cuando acertaron a pasar los chicos que alquilaban burritos. Casi instantáneamente, todos pensamos lo mismo: Realizar una correría, utilizando aquellos blandos y lanudos animales.

Claro está, que la ocurrencia fué festejada con grandes risas, pues resultábamos demasiado grandes para tan pequeñas cabalgaduras. Sin embargo, en seguida nos pusimos de acuerdo y cerramos trato con los changuitos.

—¿Vendrán mañana a las siete con los ocho burros?...

Vinieron a las siete del día siguiente con los ocho burros. Nuestras piernas colgaban casi hasta tocar el suelo.

Enfilamos hacia el arroyo; lo costeamos por largo trecho; doblamos hacia la izquierda y, después de atravesar un extenso terreno llano, penetramos en la quebrada. Queríamos llegar hasta el manantial, aunque sabíamos que a causa de las pocas lluvias, se hallaba seco.

Cuatro horas después estábamos de regreso, y nuestros hermanitos nos salían al encuentro con la esperanza de que les trajéramos algo. Mas la cosecha había sido miserable, porque en aquellas regiones de la pampa, sólo hallamos una vegetación natural muy pobre. Claro que los penachos blancos y las flores de cardo llenarían los floreros; que el mastuerzo serviría para preparar una buena ensalada, y que del alfilerillo, se aprovecharían las cualidades curativas.

En el momento en que los chicos se retiraban contrariados, Enrique, dueño del hotel, llegaba a saludarnos.

—Yo no me explico —le dije— cómo tienen ustedes este parque magnífico, cuando en los alrededores, sólo se encuentran pastos y más pastos.

—Su tiempo nos ha costado el formarlo —me respondió—, porque estas plantas proceden de las más diversas



regiones de nuestro país. Gracias a Dios que se han aclimatado.

—Si con ello no le robamos demasiado tiempo, ¿quiere aclarar eso?

—Es para mí un verdadero placer, satisfacer la curiosidad de ustedes.

Este algarrobo y este sombra de toro son santiagueños. Aquí tienen una retama santafecina y, más allá, un grupo de hayas que vinieron de Neuquén.

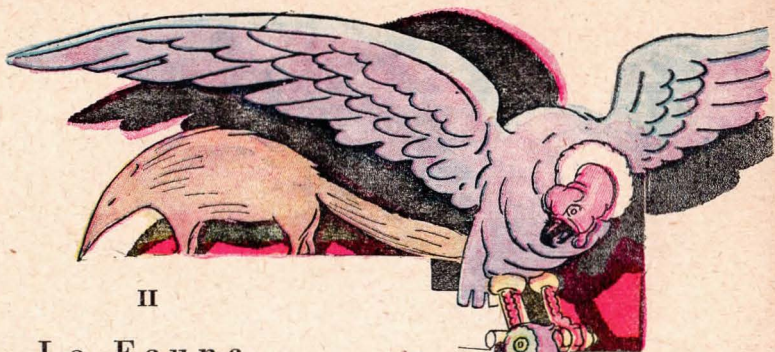
Estos cipreses descienden de aquellos que viven bajo el amparo de los bosques que bordean los lagos cordilleranos, y estas araucarias, de las que en la cordillera neuquina, levantan su tronco a cuarenta metros y erizan sus gajos de hojas puntiagudas y afiladas para que nadie se aventure a trepar entre sus ramas sin sufrir heridas desgarrantes.

Este jacarandá procede de la región del “parque”; ese algarrobo, del Chaco; los ceibos y los sauces, de orillas del Paraná y esas palmeras enormes son misioneras.

En aquel mismo momento, sonó la campana que nos llamaba a almorzar.

—Otra vez — agregó Enrique — les contaré cómo no pude conservar el topa-topa de Nahuel Huapí, cuyas flores en forma de globitos, hacen estallar los chicos, golpeándolas contra su frente. Ni la botellita de flores teñidas de rojo; ni la enredadera, conocida con el nombre de la medallita, que busca las alturas, ascendiendo por los árboles y por las rocas.

Mientras nos dirigíamos al comedor, pensamos que acabábamos de escuchar una lección muy interesante sobre la flora de la República Argentina.



II

La Fauna.

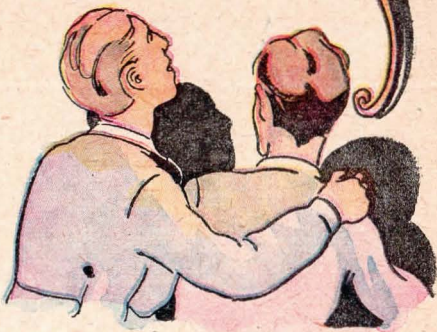
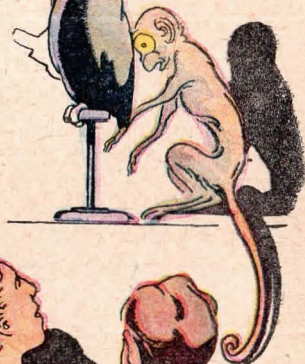
Pasábamos las vacaciones en la quinta del tío Félix.

Una tarde, a la hora en que se entraba el sol, acordamos jugar a la piedra libre. Nos ocultábamos detrás de los árboles o entre las matas, y en el afán de hallar pronto escondite, corríamos por los caminos o por el césped, causando verdaderos destrozos.

—¡Cuidado muchachos! — nos gritó el dueño de casa, que volvía del lado opuesto al de nuestras travesuras —. A ver si quieren parecerse a las vizcachas.

Interrumpimos el juego para rodearlo.

—¡Qué tío Félix! — dije yo —; ¡siempre comparándonos con algún animalito del campo!



—Sí. Como las vizcachas cuando al atardecer, se echan por los senderos, jugando, correteando y destrozando los pastos.

—¿Y hacia dónde van y de dónde vienen?

—Han salido de sus cuevas en busca de alimento, y, una vez satisfecho su apetito, resuelven hacer una visita a las otras vecinas porque, las vizcachas, esa plaga de roedores que los chacareros combaten sin cuartel, son muy sociables. Lo que no quiero es decirles cómo proceden las jóvenes con las viejas, porque, en venganza, son capaces de hacer lo mismo conmigo.

—¡Cuenta usted! ¡Cuenta usted!, que le prometemos ser juiciosos.

—Puen bien: Las vizcachas jóvenes arrojan de sus viviendas al vizcachón, obligándole a buscar refugio en otra parte.

—Pero, es que usted no es viejo, tío — dijimos riendo.

—Les agradezco el halago, chicos, y para probarlo, hoy se abrirá para ustedes la entrada prohibida.

En efecto; tío Félix no nos había permitido nunca abrir una puerta situada hacia el ala derecha de la casa, así que lo seguimos con viva curiosidad.

Cuando la abrió, quedamos sorprendidos. Allí había una colección enorme de animales embalsamados, y cada uno con su nombre y su lugar de origen.

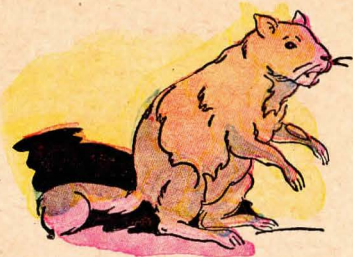
Un monito raro y pequeño de Misiones; otro negro y algo mayor del Alto Paraná, al que se le llama aullador; un jaguar de las márgenes del Uruguay y un puma del Chaco. Del norte de Santa Fe, un perro de hermosa piel y grande como un lobo; de la provincia de Buenos Aires, un zorro — el ladrón de las aves de corral —; de Tucumán, un jabalí; un murciélago rayado de las lagunas de Salta y un oso hormiguero, de Córdoba.

Pieles de guanaco, vicuña, alpaca, gamo, chinchilla; cáscaras de peludos y mulitas. Un cóndor, un carancho, un águila,

una lechuza y un halcón. Garzas, flamencos y cigüeñas y un gran número de pájaros junto a un grupo de loros y de papagayos. Por cierto que no faltaban, ni el ñandú, ni el chajá, ni el yacaré, ni el ampalagua, ni las víboras de la cruz y del cascabel.

—Todos estos animales —dijo el tío Félix— corresponden a la fauna de nuestro país que, como ustedes ven, no nos es exclusiva y sí muy semejante a la de los países vecinos. Sólo la vizcacha y la liebre patagónica pueden considerarse como tipos verdaderamente nuestros.

Ahora estoy organizando mi colección de peces y animales invertebrados, que ha de gustarles tanto como ésta.



III

Riqueza minera.

UN POCO DE HISTORIA.

Hace años, en una tumba, entre las ruinas de un extenso pueblo indio, próximo a Tinogasta, se encontró un extraño objeto de oro lindamente labrado y que bien podía ser un tinterito como una botellita para pintura. Más al norte, se hallaron utensilios y monedas de oro y de plata, y, en otros puntos de la misma provincia de Catamarca, varios instrumentos de cobre, casi tan duro como el acero.

En sus correrías tras las piezas de caza, los indios no sólo iban recogiendo arcillas, piedras y otras sustancias para sus pinturas y armas, sino que habían tomado conocimiento de los más importantes depósitos de plata y oro y aún de las vetas minerales de cobre.

Claro está que después de

la Conquista, los jesuitas españoles, valiéndose de su autoridad sobre los indios, les hicieron declarar el sitio de donde procedían sus tesoros. Uno de ellos, Ovalle, vió en 1640, las minas de oro y plata de las laderas orientales de los Andes, cerca de Mendoza, y una tradición india decía, que desde que los blancos ambicionaron las ricas minas, se produjo la ruina de su nación.

Cuéntase que allá por el año 1600, un grupo de españoles, culpable de un grave delito, iba huyendo por los Andes en dirección a Chile, cuando una tempestad horrible y prolongada lo detuvo cerca de las montañas de Famatina. Los hombres se refugiaron en una caverna estrecha que luego tuvieron que agrandar, y mientras iban extrayendo la tierra, observaron que estaba mezclada con oro.

Después de descubiertas y trabajadas, se cerraron secretamente las puertas de acceso a estas minas, y sólo siglos más tarde, unos aragoneses las volvieron a hallar, extrayendo oro y plata en cantidad considerable.

En 1670, los calchaquies, sublevados contra los conquistadores, destruyeron los establecimientos de fundición de las minas de Acay en Salta. Ciertos vestigios, hallados en las sierras de Córdoba, San Luis y La Rioja, sirven para demostrar que los indios conocieron la riqueza mineral de esa zona.



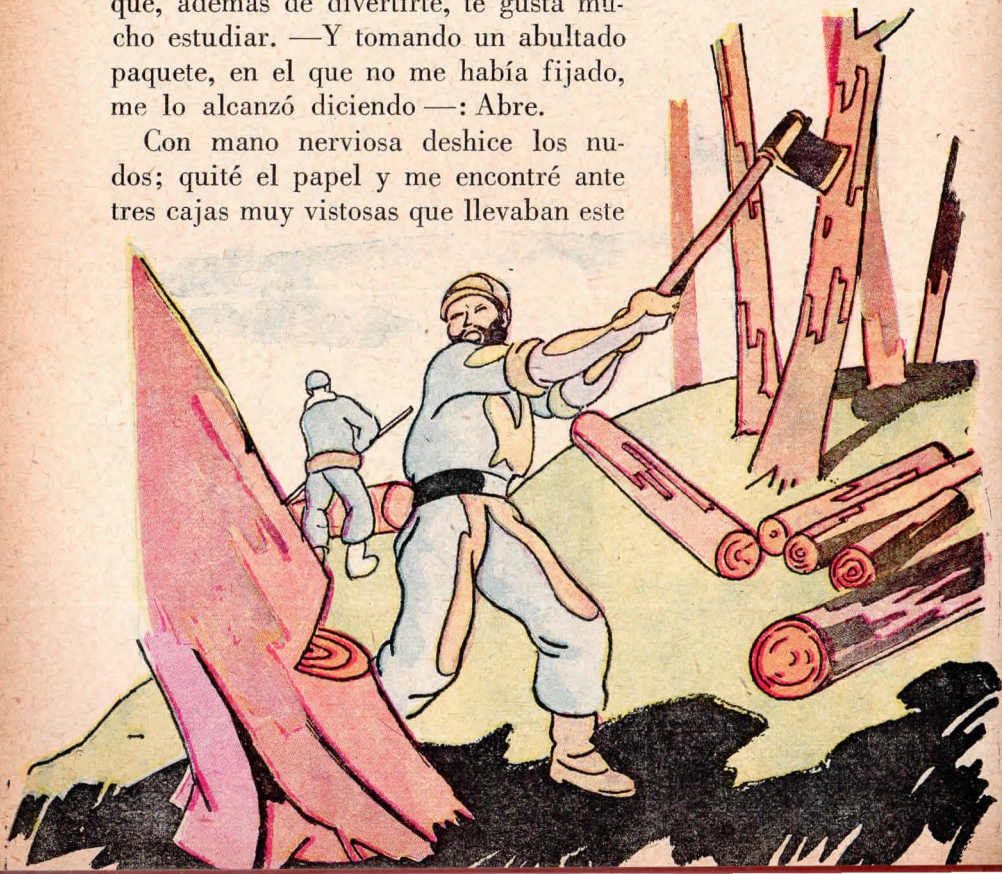
La actividad industrial.

Todo aquel día había sido de emociones para mí. Papá, mamá, los abuelitos, mis tíos y mis amigos me obsequiaron, y participaron de la fiesta con que festejábamos mi cumpleaños. Después de la hora del té, las visitas fueron retirándose, hasta que nos quedamos solos mis padres y yo.

—¡Qué contento estoy! — dije, mientras los abrazaba —. Todos son muy buenos conmigo y ustedes, en particular, por haberme comprado lo que más deseaba: una bicicleta.

—Eso no es todo — dijo papá —. También hemos pensado que, además de divertirme, te gusta mucho estudiar. —Y tomando un abultado paquete, en el que no me había fijado, me lo alcanzó diciendo —: Abre.

Con mano nerviosa deshice los nudos; quité el papel y me encontré ante tres cajas muy vistosas que llevaban este



rótulo: Juegos educativos.
Rompecabezas geográficos.

Batí palmas; abracé nuevamente a papá y me fuí con aquel tesoro a mi cuarto de trabajo.

A mí me gusta muchísimo la geografía porque, cuando la estudio en la escuela, es como si me encontrase en el lugar de que se habla.

Tomé la primera caja, y al quitarle la tapa, encontré en el interior de la misma, la siguiente leyenda: Sigue las instrucciones que se leen en la hoja que se adjunta, para armar este rompecabezas, y cuando termines, podrás conocer las principales industrias de la República Argentina, su extensión y los límites que la naturaleza les

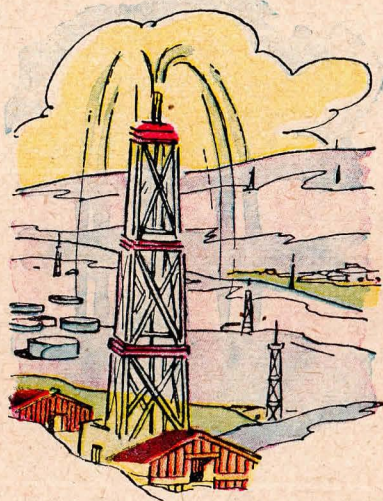
ha determinado. Con una curiosidad cada vez mayor, fuí combinando las piezas para encontrarme, al fin, ante un hermoso mapa de orientación económica de nuestro país.

Un mapa en colores diversos, con rayados en direcciones

distintas, con variedad de signos, como cruces, círculos, triángulos, cuadrados, rectángulos, todo lo cual se agrupaba hacia la izquierda del mapa, bajo la denominación de referencias. Y como

en el fondo de la caja, estaba escrita la explicación de esas referencias, pude informarme mejor que en el propio texto de geografía.

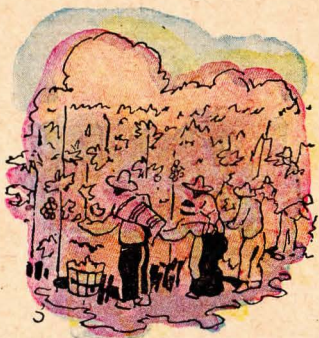
Supe, así, que hay regiones que se prestan a la cría, en gran escala, de ganado



gordo. Que en otras, sólo se alcanza el número necesario para el consumo de sus habitantes, y que en otras, por efecto del clima, es inútil que los ganaderos se empeñen y gasten dinero y energías, pues el ganado no prospera.

Aprendí que la zona agropecuaria de mayor valor es la pampeana y que en ella florecen, además, las industrias lechera, harinera y frigorífica. Que en la Mesopotamia se explotan los bosques y se fabrica el carbón de leña. Que en Misiones tienen gran importancia los plantíos de yerba mate. Que la industria del tanino se radica sobre la línea del ferrocarril de Santa Fe. Que en el delta del Paraná se desarrolla la de fabricación de conservas de frutas y la de envases. Que los más importantes cañaverales de los distritos azucareros se hallan en Tucumán. Que el Chaco es la zona del algodón, y que en los extensos oasis de Mendoza y de San Juan, tiene su asiento la industria del vino.

Además, pude ubicar la región donde se explota la sal común; la de los yacimientos petrolíferos, y los lugares de la industria del cemento portland, allí mismo donde se explotan las piedras calcáreas y las arcillas.



En franco progreso.

Durante toda la semana, habíamos buscado material para ese día. Poco pudimos conseguir porque, según nosotros, el asunto no se prestaba.

Sin embargo, aquella mañana al entrar al aula, nos encontramos frente a una variedad de cuadros, gráficos, mapas, láminas y fotografías, que nos atrajeron fuertemente. Era, como todas las veces, obra de nuestra querida maestra, que de esta manera, y según se lo oímos, preparaba el ambiente para cada lección.

Y bien. Ya estábamos habituados y sabíamos cómo portarnos. Nos separamos en dos grupos: la mitad de la clase observaría el material ordenado en la pared de la derecha, el cual llevaba el siguiente letrero: “Esto es lo que vendemos”.

La otra mitad, el de la pared de la izquierda, cuyo letrero decía así: “Esto es lo que compramos”.

Yo, que soy muy curiosa, quise verlo todo, y como otras chicas manifestaron igual deseo, la señorita nos dejó mover libremente.

—¡Qué mapa más bonito! Mirándolo he aprendido con qué países del mundo comerciamos.

—Y los gráficos, ¡qué colores tan vivos! ¡Qué fáciles de entender!

—Aquí dice: “Comercio exterior”... De modo que si este círculo rojo representa lo que exportamos y este azul, lo que importamos... ¡La exportación es casi un tercio mayor que la importación!

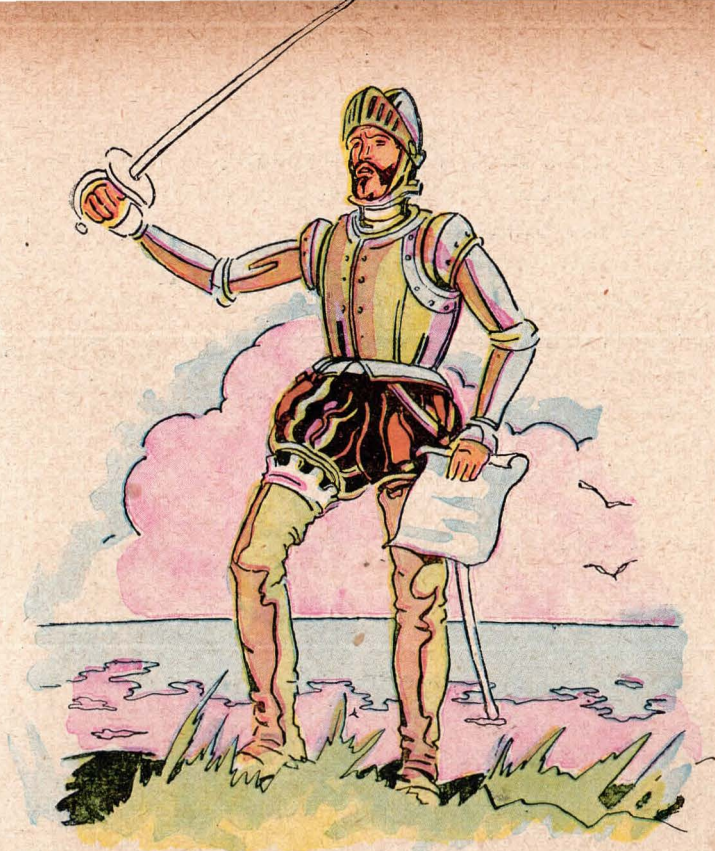
—¡Ah! ¡Pero qué entretenida es la lectura de los gráficos!

—Veamos este otro de los rectángulos a dos colores. Dice: “Producción y exportación”. Si es facilísimo. Cada rectángulo lleva el nombre de un cereal. Toda la figura representa lo que cosechamos. La parte teñida de negro, lo que exportamos; la teñida de verde, lo que consumimos.

—¡Qué ricos somos, señorita! ¡Cuántos, cuántos cereales quedan para mandar!

—Gracias a esto — dijo la maestra — durante la época de la Gran Guerra, nuestro país pudo ofrecer su ayuda a los pueblos en lucha, enviándoles enormes partidas de cereales, que aceptaron como empréstito. Empréstito humanitario que les serviría para disminuir los sufrimientos del hambre, y que dió a la República, prestigio y renombre en el mundo entero, por su posición de neutralidad y por sus sentimientos de paz, de cooperación y de amor hacia sus semejantes.





La Capital Federal.

I

Buenos Aires ciudad histórica.

Buenos Aires ha sido, y seguirá siendo, la capital histórica de todas las épocas.

Situada en un lugar de excepción, a orillas del Plata, no sólo puede comunicarse fácilmente con los demás países del globo, sino que es el paso obligado de todo cuanto procede

del interior de la República.
¡A qué acontecimiento de la historia no se halla directa o indirectamente vinculada!

Pienso que cuando Garay la bendijo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en medio de aquella naturaleza virgen, le infundió el aliento de su hidalguía, el coraje de su espada y la energía de su espíritu de conquistista.

—“Yo, Juan de Garay, tomo posesión de esta ciudad y si hay alguno que me contradiga, que se presente, ya sea justicia, regidor o mucha gente”.

Por eso, cuando me detengo al pie de su magnífico monumento, me parece verlo descender de su pedestal, blandir el arma, cortar el pasto en señal de posesión, y tajar el aire a cuchilladas en señal de desafío.

“Buenos Aires es la ciudad histórica de la reconquista, la ciudad gloriosa de la

revolución, la ciudad trágica de la tiranía”.

II

El puerto de Buenos Aires sentido por un poeta.

ARTURO CAPDEVILA.

¡He aquí, por fin, el bosque de mástiles! El puerto es un asombro de buques, un susto de proas, una locura de banderas, y una selva de palos, a cuya vera se levantan torpes las grúas, como negros pajarracos sin nido. El puerto es el bloqueo del mundo. Gran sol en derredor, esca-
mando las aguas. Olores lejanos de todas las tierras. Y no cien metros de muelle, ni doscientos, ni trescientos, sino más de una legua de muelle, en que los navíos de nombres hermosos se recuestan y agolpan, banda con banda, pegadas las popas y las proas,

vuelos una sola cubierta, trocados un solo puente, ofrecidos como en un solitario abordaje. Es la patria visitada por el mundo. Es el homenaje del mundo a la patria, y es también el mundo múltiple y rival reconciliado en la patria.

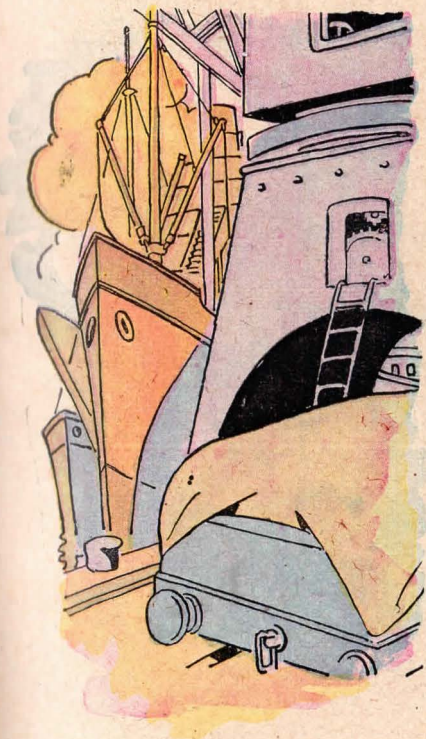
III

La ciudad que desapareció en Buenos Aires.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

Representarnos al Buenos Aires colonial por las casas antiguas de San Telmo y algún otro barrio de la Metrópoli, es harto difícil.

Algunos frentes, no refaccionados, permiten contemplar algo así como fragmentos de la ciudad antigua pero, no conviene conocer por dentro, esas pocas casas que vieron los episodios de la Defensa, la jura de Fernando VII y el júbilo de la Independencia. Adentro la casa antigua no existe. No hay patios ni galerías ni soleado parral. Sólo quedan los gruesos muros y marcos de puertas con sus indestructibles hojas de algarrobo. Se han ido ocupando todos los espacios que anteriormente tenían aire, sol y vista al cielo, con pequeñas habitaciones de conventillo, escritorios alumbrados



dos con luz eléctrica, talleres, garages, peluquerías modestas. Y lo que antes fué zaguán con rejas, sirve ahora para cigarre-ría o salón de lustrar. En las últimas décadas se han echado abajo muchos de estos caserones que habían perdido su alma.

Era común la pobre apariencia en casi todas las casas de la ciudad colonial. Pero dentro siempre hubo rosales y jazmines; sombra en el patio; fondo de higueras y naranjos cuyas hojas se tocaban, por encima de las tapias, con las de los árboles vecinos. Estas casitas, conformes con el alma de la ciudad, eran un descanso para los ojos del viajero que se turba y no acierta a formarse idea de lo que fué la humildad y la belleza natural del Buenos Aires que ignora.



Esa mañana, me desperté más temprano que de costumbre. Salté de la cama, y sin esperar a que me lo ordenaran, me bañé y me vestí con premura. Mi alegría era tan grande, que reía sin motivo y hablaba sin necesidad. ¿Era para tanto? ¡Realizaríamos un paseo en automóvil desde

Buenos Aires hasta Rosario! Ustedes creerán que lo que más me atraía era el viaje; y, sin embargo, se equivocan. Lo que me causaba este placer, mezcla de va-

nidad y orgullo, era que mi padre me trataría de igual a igual, sin humillarme como los otros, que me consideraban un chiquillo.

Salimos. Diez minutos después, ya estábamos dispuestos; yo, a preguntar; él a responder.

—¿También Rosario es una estación fluvial, papá?

—¿Qué novedad es ésa?

—Leí en uno de tus libros

que “los puertos son las estaciones de las vías fluviales”. Y como Rosario es un puerto y el Paraná, un río...

—Vaya, hijo; me causa mucha satisfacción el oírte y el comprobar tu interés por todo cuanto se relaciona con mis trabajos. Pero, ¿sabes tú lo que es un puerto?

—Sí, lo sé; y, sin embargo, no podría explicarlo.

—Recuerda cómo entran y salen, sin inconveniente alguno, los barcos en el puerto de Buenos Aires; cómo

mo fondean en sus aguas y permanecen todo el tiempo que duran sus operaciones. Pues por eso, Buenos Aires es un puerto. Porque es un lugar que asegura y garantiza el libre movimiento de los buques.

Los puertos no sólo son estaciones de los ríos sino de todas las grandes vías terrestres. Los ferrocarriles, por ejemplo, luego de recorrer

Las estaciones de las vías fluviales.

las zonas productoras del país, recogen sus frutos y los llevan a los puertos para que desde allí, sigan rumbo hacia lejanos destinos.

En la República Argentina, es tan importante el tráfico marítimo y fluvial, que puede afirmarse que la riqueza creada por el trabajo de la Nación, se mueve casi exclusivamente por los puertos.

Por eso es que tiene tanta importancia en el engrandecimiento económico de los estados.

La Dirección de Navegación del Ministerio de Obras Públicas se ocupa de mantener libres las rutas de acceso y se dedica también al estudio y construcción de otros puertos.

Alguna vez te llevaré en una de las balsas automóviles que se emplean para recorrer los ríos, y que conducen a apartadas regiones cuyas riquezas se trata de fomentar, poniéndolas recíprocamente en comunicación.

—¡Cómo me gustaría ver construir un puerto! — dije.

Quedamos callados. * Miramos a nuestro frente, la línea recta del camino, que parecía una larga cinta blanca, tendida sobre un campo de verdura.

Poco después, el automóvil se detuvo. Habíamos llegado a Pilar. Bajamos para comer algo. Mientras tanto, papá agregó:

—Para construir un puerto, hay que conocer exactamente el lugar elegido, y las obras que se realicen, deben facilitar el comercio, el embarque y desembarque de pasajeros y mercaderías, y disponer de diques y talleres, donde puedan repararse los desperfectos que sufren los barcos. Pero, dejemos ya este

asunto y ocupémonos de cuestiones menos serias. —Vol-

vimos al coche. El camino seguía en línea recta,

como una cinta blanca, tendida en un
campo de verdura.

Provincia de Buenos Aires.

I

La Plata.

Tres toques de bocina anunciaron que el automóvil me esperaba. Sin perder momento, me lancé a la calle; abrí la portezuela y después de los saludos de práctica, tomé asiento junto al conductor.

Íbamos a pasar el día a La Plata; la ciudad de las hermosas y anchas avenidas; la de las soberbias diagonales; la de las numerosas plazas.

Nunca me parecieron más bonitos aquellos tramos arbolados del camino, que a ratos corre entre el amplio horizonte de la pampa, y a ratos, entre quintas primorosas o parques magníficos.

Una hora después, entrábamos en la capital del más importante estado argentino.

La recorrimos toda. Yo estaba en una situación de privilegio pues, conociéndola perfectamente, orientaría e ilustraría a los demás.

—He aquí — dije — la ciudad de los palacios. Cincuenta y nueve años de existencia, es decir, menos de lo que dura la vida de un hombre, le han bastado para este crecimiento extraordinario. Aquella ciudad de casillas transportables de madera que “ayer, no más, era el bosque sin límites”, es hoy la expresión más acabada de una ciudad moderna.

Ahí tienen la Casa de Gobierno, el Ministerio de Obras Públicas, la Municipalidad, la Legislatura, el Pasaje Rocha, el Telégrafo, el Banco de la Provincia...

Siguiendo por esta avenida, llegaremos al paseo del bosque,

embellecido por este día tan plácido. Encontraremos bellas perspectivas para los ojos; tranquilidad, silencio y aire saturado del perfume de los eucaliptus, que invita a hacer inspiraciones hondas.

A la izquierda, el Jardín Zoológico, en cuyos canteros un tanto incultos, florecen durante el invierno, gran cantidad de violetas. A la derecha, el lago artificial con sus botes de alquiler y otras atracciones. Más allá, el Museo cuya fama ha traspuesto los límites del país y al cual mucho deben los hombres de ciencia. Es tan inmenso, tan importante, y encierra colecciones tan completas, que no puede visitarse una sola vez.

¡Qué ciudad quieta!, agregué. Acaso por ser el suyo un pueblo de estudiosos. Es proverbial la importancia que dispensa a la difusión de la enseñanza. De su renombrada Universidad de Estudios Superiores, ha salido un buen número de hombres que se distinguen en ciencias, en letras y en educación.

Ciudad triunfante, de cuyo futuro algunos dudaron en los prístinos tiempos. Hoy te veo activa y progresista, como resultado de la labor perseverante de tus hijos.

II

PLAYAS.

Mar del Plata.

Cuarenta minutos han sido suficientes para desembarazarnos de nuestro equipaje y de la tierra del camino. Sólo cuarenta minutos desde que arribamos a esta maravillosa ciudad de Mar del Plata, y ya nos hemos echado a la calle para conocerla.

¡Cómo impresionan la arquitectura de sus edificios; la importancia de su comercio; el movimiento de sus calles; el estilo de sus iglesias; el lujo y número de sus hoteles; sus avenidas, sus jardines y sus plazas!

Hemos andado con paso ligero. Queremos contemplar cuanto antes la bravura imponente del mar. La tarde nos es favorable. Recorreremos la costa desde la vieja zona de la Perla hasta el cabo Corrientes.

¡Cómo golpean las olas sobre las peñas! ¡Cómo corren y se alcanzan y se extienden a morir sobre la arena!

Caminamos; ya por la espléndida explanada, construída en lo alto de la barranca, ya por la costanera que serpentea por allá abajo.

Pasamos por la playa Popular, para entrar en la playa Bristol: la de los primeros tiempos, cuando sólo llegaban unos cuantos centenares de bañistas. Después del Torreón, la playa de los Ingleses, tan pintoresca y bonita con sus hoteles construídos en los flancos. Más adelante, cabo Corrientes, saliente rocosa contra la cual las olas se estrellan con estrépito. Playa Chica, abierta en la costa pétrea; Playa Grande, con sus lomas cubiertas de jardines y espléndidas mansiones veraniegas.

Y en todas partes, el cuadro policromo de las carpas, de las sombrillas y de los toldos, donde se refugian los millares y millares de turistas que llegan a la ciudad balnearia año por año.

M i r a m a r .

Quien busque descanso absoluto, vida sin complicaciones, tranquilidad y silencio, vaya a Miramar.

Miramar es una ciudad pobre, sin más atractivo que su playa. Pero, ¡qué playa inmensa!

de los punchotes, como queriendo entonar un himno al trabajo.

IV

De los campos porteños.

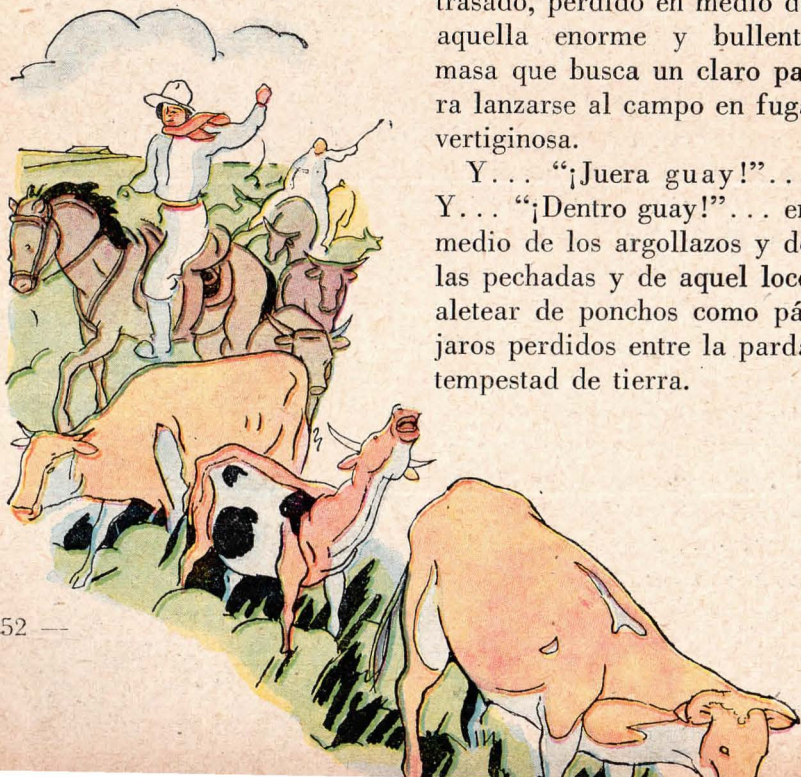
BENITO LYNCH.

...Ha comenzado el arreo y mientras dos filas de jinetes anchamente espaciados, hacen calle a la hacienda, el resto de los hombres, la apura desde atrás con sus alari-

dos salvajes y el continuado revolear de sus ponchos.

...Apenas llegada a la tranquera, la hacienda se arremolina y entre el hueco y característico castañetear de las astas que se entrecho-can, da cara a la querencia. La portada resulta miserablemente estrecha para un arreo tan numeroso y arisco y el pesado señuelo de bueyes viejos no cumple su misión, retrasado, perdido en medio de aquella enorme y bullente masa que busca un claro para lanzarse al campo en fuga vertiginosa.

Y... "¡Juera guay!"... Y... "¡Dentro guay!"... en medio de los argollazos y de las pechadas y de aquel loco aletear de ponchos como pájaros perdidos entre la parda tempestad de tierra.



La primera vez que fuí a Santa Fe, lo hice en una motonave con escalas en Rosario y en Diamante.

Quería ver de nuevo a Rosario, la progresista ciudad que fué sólo una tolde-ría en el momento de su fundación, una aldea tres cuartos de siglo después, y transcurridos otros cincuenta años, una ciudad ejemplo de laboriosidad, de iniciativa y de progreso.

Quería ver Diamante, frente a la cual Ur-quiza cruzó el Paraná al mando del ejército que derrocó al tirano, y llegar a Santa Fe, cuya proximidad aumentaba mi expectativa.

Recordaba que alguien la había llamado "la vieja puerta de un nuevo mundo", acaso por contarse entre las ciudades más antiguas, o por conservar en su viejo barrio del sur, la apariencia severa de su pasado colonial, o por aquella reliquia venerada de San Francisco, cuya cons-

trucción data del siglo XVII.

Precisamente, San Francisco fué el primer motivo de mi curiosidad. Al entrar en la sacristía, me sentí profundamente conmovido ante un altar tallado en madera, obra de arte donde se adora al Cristo, por el cual juraron los constituyentes del año 1853. En la misma sacristía, existe una mesa a cuya vista la superstición se persigna, porque, según cuenta la leyenda, en ese sitio,

un tigre se comió a tres curas.

...Una mañana como otras, las campanas de San Francisco llamaron a los fieles. Acudieron éstos y fueron ubicándose en los lugares de sus preferencias. Llegó y pasó la hora de la misa sin que el cura apareciese.

Inquieto, el sacristán fué en su busca. Transcurrieron los minutos. Tampoco regresó.

Dos curas hicieron lo propio y repitióse igual suceso.

La inquietud hizo latir los corazones.

Santa Fe.

Entonces, uno de los presentes miró por la puerta entreabierta. Inmediatamente retrocedió espantado. Había visto, tendido bajo la mesa, un tigre enorme entre restos humanos y ropas hechas pedazos.

Pasado el estupor primero, cuando el coraje encendió su pecho y aprestó su brazo, disparó el arma, desde un agujero del tejado, e hizo blanco en la bestia feroz y sangui-
naria.



Por tierras correntinas.

I

Iberá.

Estamos cerca de la laguna más extensa del territorio argentino, cuyo nombre significa “agua brillante”. Poblada de islotes de mil formas y tamaños, ofrece al norte, la mayor de sus islas. En ella pululan los animales salvajes que anuncian su existencia con voces próximas o lejanas. Allí ha colocado la imaginación de los indígenas la cuna del primer hombre: el padre de los guaraníes, habitante único de la isla, y cuya vida defienden las fuerzas naturales.

II

Corrientes.

También para ir a Corrientes, he preferido viajar en vapor.

Entre tacuaras que se inclinan a mirarse en la corriente, lapachos florecidos y pindás de amarillentos frutos, voy llegando.

Los alrededores del puerto son muy bonitos. Por todas partes se ven bosques de naranjos, y el río, al dibujar curvas y

más curvas, forma entradas anchas y claras, donde se han construído quintas y recreos. A la distancia, tendida sobre barrancas y levantando sus torres y sus cúpulas, ofrécese Corrientes bajo la sombra de los árboles.

Antes de bajar la saludo. Saludo a la ciudad heroica, teatro de la primera victoria de las fuerzas argentinas contra la vanguardia del ejército paraguayo.

En Corrientes, hay reliquias que hablan de los tiempos que fueron y actividad fabril que habla de los tiempos que son; lo cual hace de ella un centro atractivo e interesante. Para justificarlo vemos: de un lado, sus caserones de amplios patios y los típicos aleros de muchas casas. De otro, el puerto por donde sale la riqueza de sus bosques, de sus plantaciones de algodón, de tabaco y de naranjos.

Entre Ríos.

I

Sus voces.

Después del sufrimiento de las guerras civiles, sólo se han escuchado en Entre Ríos, las voces de los ganados que crecen y se multiplican en la fertilidad de sus pampas, junto a las del arado, que abre la tierra, y a las de las máquinas sembradoras que van dejando caer las semillas en el surco.

El rumor de esta actividad, que cubre los campos de doradas espigas y enriquece los prados donde pacen las bestias, se expande por todos los rincones del territorio de la provincia.

Llega hasta la estancia y hasta la chacra, que prosperan en los dominios del Paraná, y repercute en los más importantes centros de la industria ganadera, que florece en tierras del Uruguay.

Habla de la labor tranquila de hombres honrados y amantes del trabajo, que buscan su bienestar en las explotaciones rurales.

Pregona el porvenir de una provincia ricamente dotada por la naturaleza, que al encerrarla entre las dos vías fluviales más importantes de la República, la favoreció con un clima benigno, con un cielo diáfano y con un suelo fértil.

II

Paraná.

Cruzamos el río para llegar de Santa Fe a Paraná, y después de una hora de navegación en una lancha a vapor, arribamos a la capital entrerriana, desde cuyos edificios más altos volveremos a ver la ciudad recientemente abandonada.

Paraná es pintoresca y hermosa, bajo su cielo sereno y limpio.

En los cortes de las barrancas, puede verse la riqueza de sus yacimientos de cuarzo, piedras calcáreas, arcilla y arena.

Es una ciudad arrogante que se levanta sobre lo alto de las cuchillas, con sus calles limpias, sus balcones floridos, sus avenidas luminosas, sus paseos magníficos, sus parques y sus jardines, que ponen alegría y color en todas partes.

Misiones.

Un anfiteatro de cascadas.

M. BERNARDEZ.

De mañana, en un día lindísimo de sol, salimos en una pintoresca cabalgata, para los grandes saltos. Íbamos en cuatro mulas, una yegüita y un mulo tordillo con un carguero. Primero pasamos por una picada ancha y cómoda; después, por una media picada de donde caímos a un arroyo que cruza por entre la selva cerrada.

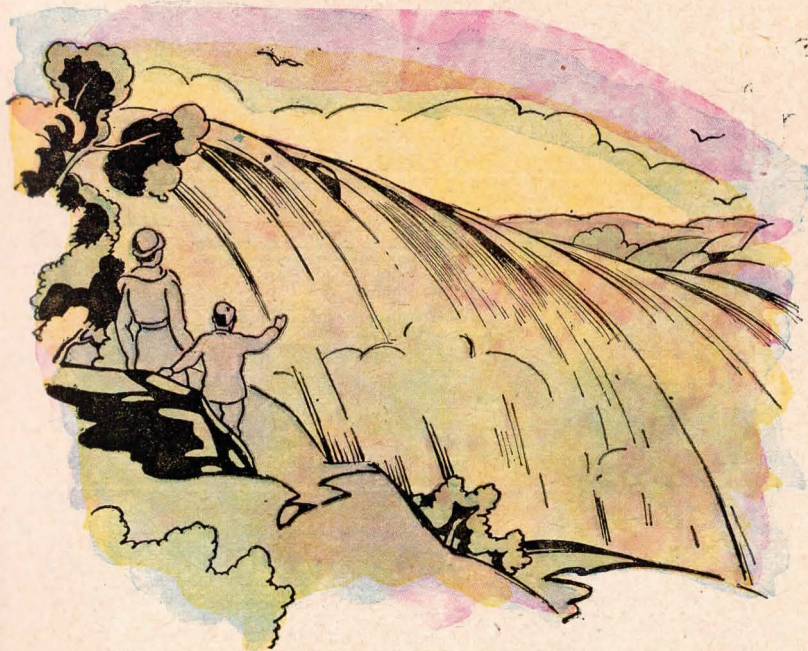
De pronto, entramos en un verdadero bosque de helechos arborescentes y al poco rato, noté que me había quedado solo. Resolví confiarme a la yegua; le aflojé las riendas y la enderecé a la maleza. ¡Así me judiaron las ortigas, los tacuarembós y los ñapindás! Pero adelanté rápidamente, poniendo el oído para percibir el estruendo de las cataratas.

Anduve una hora. Sofrené. Escuché; me bajé, apliqué el oído al suelo. Nada. ¡Si me habría perdido! Ignoraba que, según el estado de la atmósfera, se oye o no, a la distancia, el estruendo y su fragor. Lo oí de repente y entreví entre los árboles, las primeras cascadas. Senté a la yegua, sobre los jarretes, de un bárbaro tirón y sentí que, ante aquella belleza insospechada, se me exaltaba el corazón y se me llenaban de lágrimas los ojos.

¡No se puede decir lo que hay allí!

Las aguas, que ya vienen corriendo frenéticas sobre un plano vastísimo, se deslizan al vacío; chocan en peñascos enormes; rebotan en los aires y se deshacen en nubes de vapor de un blanco immaculado que se tiñe de rosa, de carmín, de violeta o de oro, por efecto mágico del sol.

Por todas las piedras y por los resquicios, hierbas valerosas, arbustos audaces, palmeras, helechos, campánulas de seda, bambúes de hojas bruñidas; toda una flora vigorosa resiste los tirones de los saltos y vive de no se sabe qué, ya que se arraiga en la desnuda roca. Acaso viva del aire, de la luz o de aquella cálida humedad que eternamente envuelve el ancho contorno en una neblina azul.





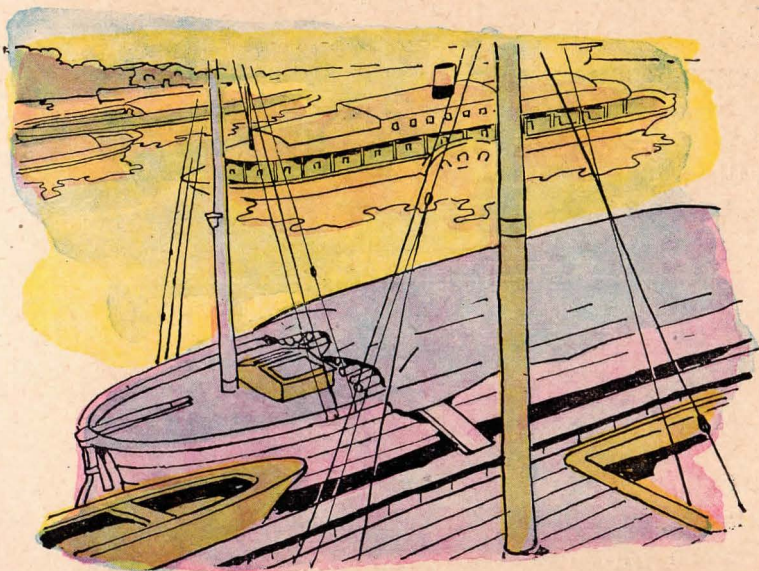
En el Delta.

Unos versos de Martín Fierro que dicen así:

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro en el cielo.
No hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto vuelo,

inspiraron la arriesgada idea
de realizar un viaje en canoa
de Buenos Aires a Misiones.

El propio autor de la hazaña cuenta que, al entrar al río Luján, que costea el delta del Paraná, esperaban alcanzar este último antes de que llegase la noche. Remaban afanosamente cuando pasaron frente al club en el que habían adquirido la embarcación, y por el Tigre, donde se realizan todos los años las renombradas regatas nacionales o internacionales. Pronto pudieron comprobar la inutilidad de sus esfuerzos, pues el descenso brusco de las



aguas y la rápida caída de la tarde, los obligó a refugiarse en la orilla opuesta. Bajo un coposo árbol, hicieron fuego, pusieron a hervir una pavita llena de agua y se disponían a tomar mate, cuando vieron con sorpresa que el río se movía aguas arriba. Para aprovechar el cambio, se embarcaron de inmediato e internándose con la corriente a favor, en uno de los riachos pintorescos, navegaron toda la noche. A la mañana siguiente se detuvieron en un recreo para desayunarse. Mientras tanto, entablaron conversación con un comerciante en madera. Por él supieron que millares de hombres del Delta viven de la plantación del álamo y de los cultivos de membrillos, manzanos y duraznos. Que hay allí establecimientos productores de frutas en conserva, para lo cual utilizan parte

de la cosecha de esos montes, mientras que el resto de la misma es vendido en Buenos Aires.

Entre los isleños, mientras unos persiguen al carpincho y a las nutrias, otros se dedican a la caza de las garzas, cuyo valioso plumaje es tan apreciado.

En cambio, los buhoneros despliegan su mercancía en botes, o establecen sus almacenes en puntos estratégicos de las islas.

La estancia.

Callaron todas las voces cuando don Pedro, el dueño de la estancia, accedió a contar la historia de su bienestar.

—Yo era un muchacho joven, fuerte y animoso. Acababa de heredar una pequeña fortuna. Siempre había soñado con el campo. Estaba convencido que el hombre de las campañas es más libre, más generoso, más alegre.

El campo, me decía, encierra mi porvenir. Las condiciones naturales de mi país no pueden ser superadas por las de ningún otro. Quiero contarme entre los que sirven a la patria, haciendo producir la tierra.

Días y días leí el anuncio de los remates hallando, al fin, lo que buscaba: Doscientas hectáreas en un lugar que, según mis informes, reunía excelentes condiciones: agua potable, tierra apta para toda especie de cultivos y campos de pastoreo.

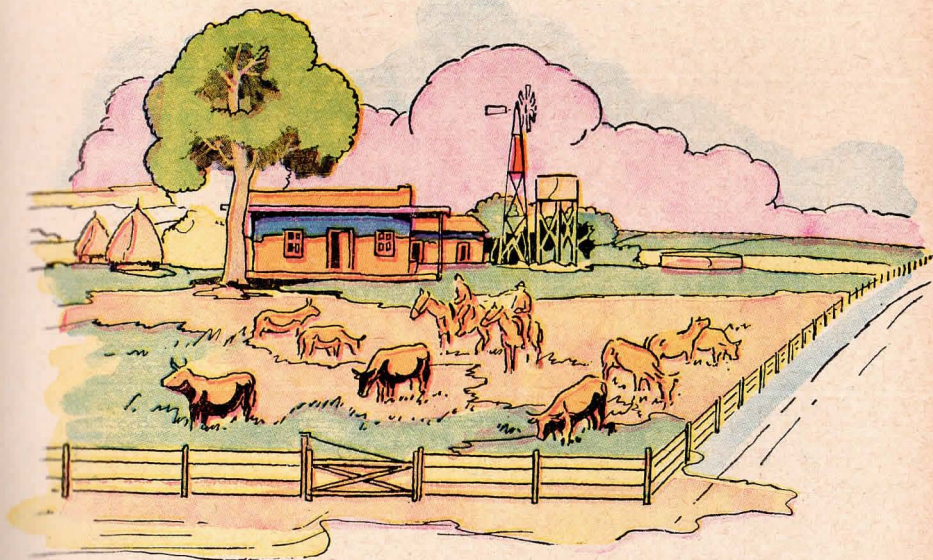
Las adquirí. Con tenacidad trabajé sin darme descanso, economizando siempre para que aquello rindiera lo más posible. Yo era, por lo tanto, el dueño, el administrador y hasta el capataz. Me dediqué por igual, a la cría, al invernaje, al tambo

y a la chacra. Poco a poco, mis aspiraciones fueron colmándose. Dupliqué la extensión de mi campo; volví a duplicarla, y a la vuelta de los años, me encontré dueño de las dos mil hectáreas de que hoy consta mi establecimiento.

Como alguien dijera que la estancia de don Pedro era una de las más importantes, por su montaje y por su organización, le pedimos que la describiera.

—Bueno — dijo —. Voy a darles el gusto.

El contorno de mi campo está alambrado con seis alambres de acero, sostenidos por postes de quebracho colorado y varillones de curupay paraguayo. Los potreros y los corrales se hallan cercados con alambre. Los bañaderos, para vacas y



ovejas, construídos de material. El ganado dispone de jagüeles para beber, y en bretes y corrales, procedemos a su aparte cuando es necesario. Grandes molinos de viento llenan los tanques australianos. Pero, no crean ustedes que mi estancia es distinta de las otras, porque todo establecimiento bien organizado obedece al mismo plan.

En cuanto a mi gente, reúne condiciones de primer orden.

Carlos, el mayordomo, es inteligente, honrado, tratable y enérgico. Con él no valen los "no se puede señor" si no se demuestra, en la práctica, que la tarea encomendada no puede realizarse.

Ciriaco, el capataz, es un criollo madrugador, valiente y dedicado al trabajo.

Los puesteros a sueldo, como los habilitados, son activos, sin pereza para montar a caballo, para revisar las aguadas, para cortar las malas yerbas o para bañar las majadas. Los mensuales no dejan osamenta abandonada y presumen de buenos jinetes. En fin; el cocinero de peones, el herrero, el carpintero y el quintero son laboriosos y leales.

Un proyecto interesante.

Hace algún tiempo, el fundador de una de las granjas más importantes de la provincia de Buenos Aires presentó un proyecto a un Congreso Nacional de Agricultura.

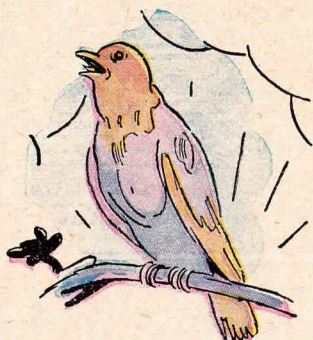
Al formularlo, decía, sólo me alienta el propósito de contribuir con una idea para que se desarrolle el sistema de granjas, que proporciona a los hombres de la campaña, todos los medios fáciles de vida económica. Por eso, debemos ir buscando la forma para que todos esos hombres bien dispuestos al cultivo de la tierra puedan ser propietarios.

La chacra, cuya extensión puede alcanzar a doscientas hectáreas, se presta a los trabajos de quinta y a los de siembra de lino, trigo, centeno, cebada, maíz y alfalfa.

Si a la agricultura, une el colono la cría de animales útiles, ya no sólo puede sacar producto de la tierra que labra, sino de sus vacas lecheras, aves de corral, conejos y cerdos. Sobre todo de éstos últimos, que producen con un cuidado mínimo, el máximo rendimiento, si se tiene en cuenta que es el único animal cuya carne se vende por gramos.

Cada granja podría producir su harina, carne, legumbres, leche, quesos, manteca, gallinas, huevos, conejos, miel, papas, batatas, porotos, garbanzos, zapallos, melones, sandías, habas, arvejas, lentejas, árboles frutales, árboles de leña, de tal suerte, que su dueño sólo tendría que comprar la yerba y la sal para completar su alimentación diaria.

Por eso, hay que fomentar la instalación de las granjas, dando facilidades a los trabajadores de nuestros campos para hacerse propietarios, y para que sigan sirviendo al país, al defender las producciones de su suelo.



Tríptico.

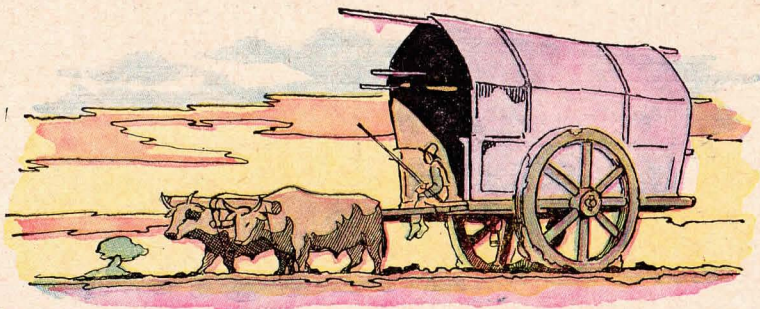
GUSTAVO CARABALLO.

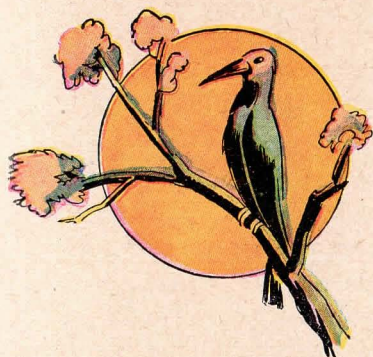
Alborada.

Desde la granja desierta
pone el jilguero en su pauta
un son lejano de flauta
mientras el campo despierta.
Son de esquila. De la huerta
llega una alegre canción
y en la azulada extensión
donde el rocío palpita
toda la selva se agita
en una resurrección.

Crepúsculo.

Poco a poco el firmamento
se va llenando de sombra
mientras la pampa te nombra
en las bordonas del viento.
Todo muere. Es el momento
en que el dolor va a cantar
y a punto de regresar
la quejumbrosa carreta
se hunde en la tarde violeta
como un navío en el mar.





Noche.

Sombra y más sombra en el
[cielo
donde se tiende la calma,
como en las noches del alma
las brumas del desconsuelo;
un cuervo de terciopelo
raya el espacio lunar
y en el ombú secular
pone la brisa un gemido
como si el campo dormido
se despertara a llorar.

La tonada provinciana.

GUILLERMO HOUSE.

Si algo faltara a nuestra tierra para hacerla simpática; si algo a la pampa en su augusta monotonía; algo a las selvas chaqueñas; si no fuera suficiente la agreste belleza de nuestras montañas y la majestad nevada de los Andes y la alegría de los naranjales tucumanos y correntinos o la imponente quietud de los lagos del sur, habría aún, para ofrecer a los más exigentes, el encanto no igualado de nuestras tonadas provincianas.

Tengo, para mí, que la tonada vino desde el desierto hacia el poblado y como existe de antiguo, en las ciudades del interior, ha podido resistir a la acción civilizadora que transformó pueblos y costumbres.

La correntina es, a ratos,

enfática; a ratos suave. Tiene en la mujer, sobre todo, una dulzura, que a veces asemeja a un arrullo.

La entrerriana es un tanto infantil, ingenua.

La cordobesa es la tonada por excelencia. Lástima que el exceso de canto, en la cadencia del hablar, la prive a menudo de la suavidad y dulzura que son patrimonio de otras.

La tonada santiagueña es dulce hasta lo increíble; triste en ocasiones y de ritmo lento. La puntana es como una continuación de la cordobesa de la que no puede emanciparse. Se arrastra prolongando ciertas sílabas y es más pintoresca.

La jujeña, la tucumana, la catamarqueña tienen, con la salteña, muchos puntos de contacto y es difícil establecer una diferencia marcada. La tonada salteña trasunta la angustia que produce el cuesta arriba. Es una tonada graciosa y agradable al oído.

La sanjuanina es simpática; de un tono como lamentoso que alcanza sus características más puras en la rueda del mate bajo el parral. La riojana es más cantora, parsimoniosa e impregnada de esa tristeza semisalvaje que parece patrimonio de los pueblos pobres.

La tonada mendocina, en cambio, es perezosa, pero
 riente como impregnada de la alegría de las
 vides y del vaho generoso de los mostos
 en fermento.

Un pueblo que ama la tradición.

En Santiago del Estero, el pueblo ama sus fechas tradicionales y desea que la rápida sucesión de los días haga llegar las horas del entretenimiento.

I

La romería.

FUSTER CASTRESOY.

El pueblo está levantado en torbellinos de romería. Cruzan los caminos gentes humildes en familias o solas. Quienes llevando atavíos que son su gala más preciada; quienes como todos los días. Las viejas empanaderas y pasteleras cuidan la tabla que, a equilibrio sobre su cabeza, va llena de amasaos para freír. Camina la caravana, desde el alba, ganosa de conquistar el sitio mejor desde el cual sea fácil mirar el espectáculo; vivirlo; ensanchar el corazón y sacarle partido a la costumbre. Unos conducen su asno de la brida, desde lejana ranchería, y no pueden utilizarlo en montura porque ya va con el lomo cargado de sobra, con los avíos para las fábricas de golosinas cuya venta es promesa de buenos pesos como nunca se verán juntos en el resto del año. Los más allá cabalgan sobre la pequeñez de un burro resignado y tesonero cuyo andar no parece marcha sino más bien braceo esforzado por abrirse lerdo paso entre un oleaje de arenisca.



II

LA FERIA.

Ante unas fotografías con leyendas.

—“Velay que aquí tenemos el mejor pororó y dende muchos años”.

—“¿Qué querís, muchacho? Yebate panales nuevos cho-reanditos”.

—“¿Qué vende mi negra?”

—“¿Suya? Tengo gayeta para raiar”.

—“Catamarca es beya. Santiago es mejor, pero los sapa-yos los calienta el sol”.

Tales las voces del mercado santiagueño que, además, es feria donde se ven tipos genuinos de gentes que no desmienten su estampa quichua y donde se exhiben mil objetos locales, como no podrían hallarse en ningún otro sitio.

En aquellos hombres, en aquellos niños y en las mujeres aquellas, con sus indumentarias, sus costumbres y su apego a las cosas viejas, sobrevive un tipo de leyenda que no ha podido destruir el avance del progreso.

Córdoba.

I

La ciudad.

Ya estamos instalados en el “Rayo del Sol” que parte de Retiro en horas de la noche, para llegar a Córdoba en las de la mañana del siguiente día. Como aun no ha llegado el sueño, nos sentamos junto a la ventanilla para mirar el campo a la luz de la luna. La sombra de los árboles finge mil fantasmas diversos, que van huyendo en sentido contrario al del tren. Un rato después, los ojos se cierran...

Hemos dormido cinco, seis, siete horas.

El camarero golpea con los nudillos en la puerta del camarote. Estamos llegando. Un poco más y descendemos en la magnífica estación. Queremos conocer la ciudad de las tradi-

ciones y allí nos detendremos antes de continuar viaje a las sierras.

Situada entre el valle y las barrancas, por sus monumentos y sus construcciones, ofrece el aspecto de un pueblo que tiene un viejo pasado. La recorremos.

Henos ante el Cabildo, cuya construcción data del siglo XVIII. Poco después, frente a la Catedral que constituye el más antiguo monumento arquitectónico en suelo argentino. Vienen luego, la torre de la Legislatura, la hermosa plaza Colón, el templo de las Adoratrices y en un extremo, el paseo de Sobremonte con su lago artificial.

Atravesamos los puentes tendidos sobre el río Primero y llegamos a Alta Córdoba floreciente y activa. Por el otro lado Nueva Córdoba con su parque espléndido, situado a treinta y cinco metros sobre el nivel de la plaza San Martín, desde el cual podemos contemplar el cerco azul de las sierras y la ciudad con sus chimeneas, sus campanarios y sus torres.

Visitamos la vieja Universidad Mayor de San Carlos que en 1613, un obispo fundó como colegio, y seis años después, un papa ascendió a su actual categoría. Andando por sus corredores, sus claustros y sus aulas, creemos percibir el paso de aquellas generaciones de hombres eminentes que le dieron lustre y renombre.

II

Hacia las sierras.

Córdoba es una tierra de privilegio en la que no faltan ni árboles, ni flores, ni ríos, ni arroyos, ni manantiales, ni grutas, ni cascadas, ni precipicios. El cielo es más azul; el sol más brillante; las noches maravillosamente estrelladas.

Córdoba tiene los mejores caminos de la República, los que formando una gran red, corren caracoleando por las faldas, o atravesando las cumbres y las pampas. Entre ellos, el Nacional llega a Cruz del Eje, sigue hasta Catamarca y alcanza la frontera chilena.

Nuestro automóvil va ascendiendo por el camino 6 de Setiembre, cuyas vueltas y revueltas se hacen cada vez más cerradas, a medida que nos aproximamos a Pan de Azúcar.

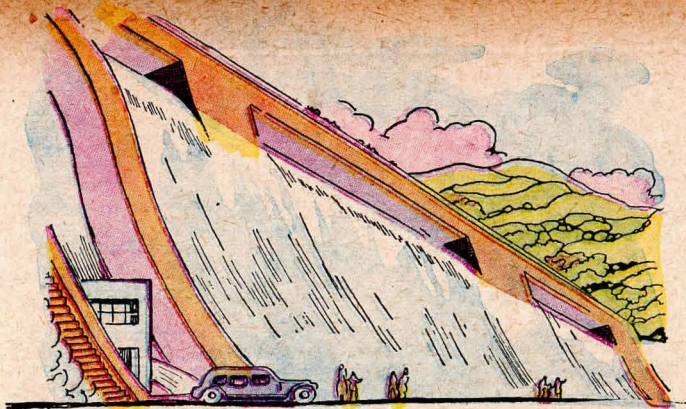
Una hora después, llegamos a La Falda, hermoso lugar de veraneo en el valle de la Punilla. Desde allí, cada día, visitaremos un sitio distinto.

Iremos a la estancia del Cuadrado, situada en lo alto de un cerro; a Cuchi - Corral, desde cuyo mirador se domina el espectáculo imponente del valle del río Pinto; a Ongamira, con sus monolitos gigantescos y sangrantes que sobrecogen el ánimo. A la cueva de los pajaritos, donde éstos se refugian por millares en horas del atardecer, produciendo gran alboroto. A la garganta del Diablo que vista desde lo alto, infunde un vago terror.

No dejaremos de ver ni la cascada de Olain, ni la impresionante de Cuchi - Corral, ni la bellísima de San Jorge, ni la de Tío Mayo, en lo alto de La Cumbre, ni la de Huerta Mala, escondida en la espesura.

Visitaremos los viejos templos de Candonga, de Santa Catalina y de Rear-tes y los restos de la misión jesuítica de la Candelaria. Recorreremos las





altas llanuras siempre verdes de Achala, de Pocho y de San Luis, y siguiendo el camino de la Pampa de Yuspe, alcanzaremos a empalmar con el que lleva al pie de los Gigantes: mundo de piedra sin un árbol ni un arbusto, donde brilla la roca por los reflejos del sol que al ponerse la pinta de violeta.

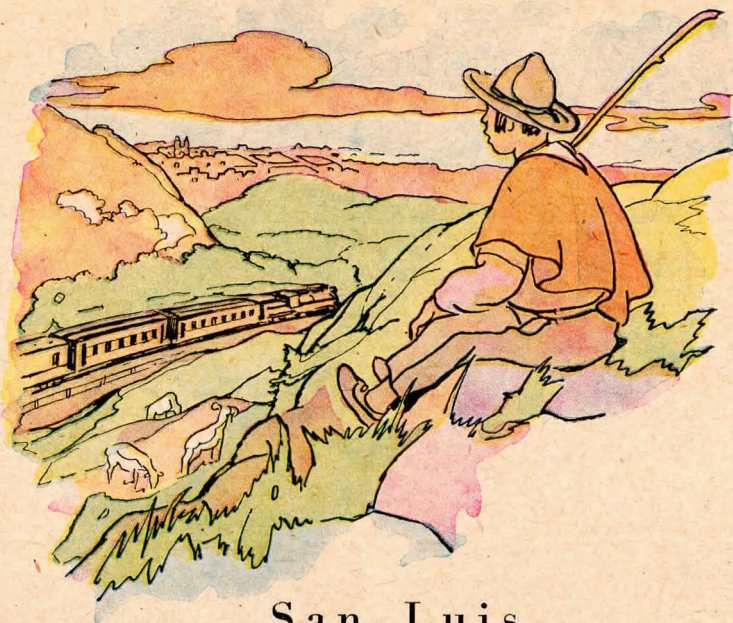
III

Las grandes obras de ingeniería.

Ésta es la extensión azul del lago de Almafuerte. Todos los ríos del valle de Calamuchita son sus tributarios, y de este modo, es tan grande la masa de sus aguas, que sus olas suelen agitarse como las del mar.

Para contener esa masa, se ha construído el dique de las obras de irrigación del río Tercero. Las aguas se desbordan por una abertura hecha en la montaña, y al caer forman una cascada de grandes proporciones. Por encima, un puente enorme de un solo arco demuestra a qué extremos de audacia llega el ingenio del hombre.

El camino de automóviles no termina junto al lago sino que lo cruza hasta las obras mismas del dique, pudiendo, así, abarcarse el espectáculo de los jardines escalonados en plataformas junto al verde intenso del bosque, en medio del cual se levantan peñascos de rojas tonalidades.



San Luis.

ARTURO CAPDEVILA.

San Luis, provincia hermana de la mía, tú tienes, como Córdoba, un horizonte de sierras para que sueñen tus niños. Te doy los buenos días en una mañana fresca bajo un cielo claro. Vine viendo en el tren gredosas barrancas, erizadas de penachos de paja. Por la barranca, trepaban tus niños pastores, más ágiles que tus cabras. Y allá en el campo abierto el ranchito. El ranchito asistido de un molino, de un desmeleñado sauce y de unos álamos que el viento encorva. Entramos en un paisaje de serranía, corazón adentro de una sierra que en seguida se acaba. Cruzando esa sierra, llegamos a ti, ciudad. Tomamos una amplia avenida que lleva al centro. Va-

mos descubriendo una limpia capital de provincia; limpia y tersa en que circulan automóviles y ómnibus. Damos con su suntuoso edificio.

Preguntamos:

—¿Es la casa de Gobierno?

Nos responden:

—No; es la Escuela Normal de Niñas.

Celebramos el caso.

Largas, largas las cuadras. Las casas no saben qué hacerse con tanto fondo; los patios se vuelven huertas.

.....
San Luis ciudad de la gente mansa; que conoce la nieve, que es pureza y salud y el chasquido del látigo del chorrillero, ese viento recio que hace fuertes a los hombres.

San Luis, provincia hermana de la mía; tú eres como un altar de ofrendas de la fraterna tierra limítrofe: Mendoza te brinda sus viñedos; Córdoba te rinde sus trigales, la Pampa sus alfalfares, La Rioja su salitre. ¡Bien que lo mereces todo, tierra del mármol verde!

Quebrada de Lules.

JULIO ARAMBURU.

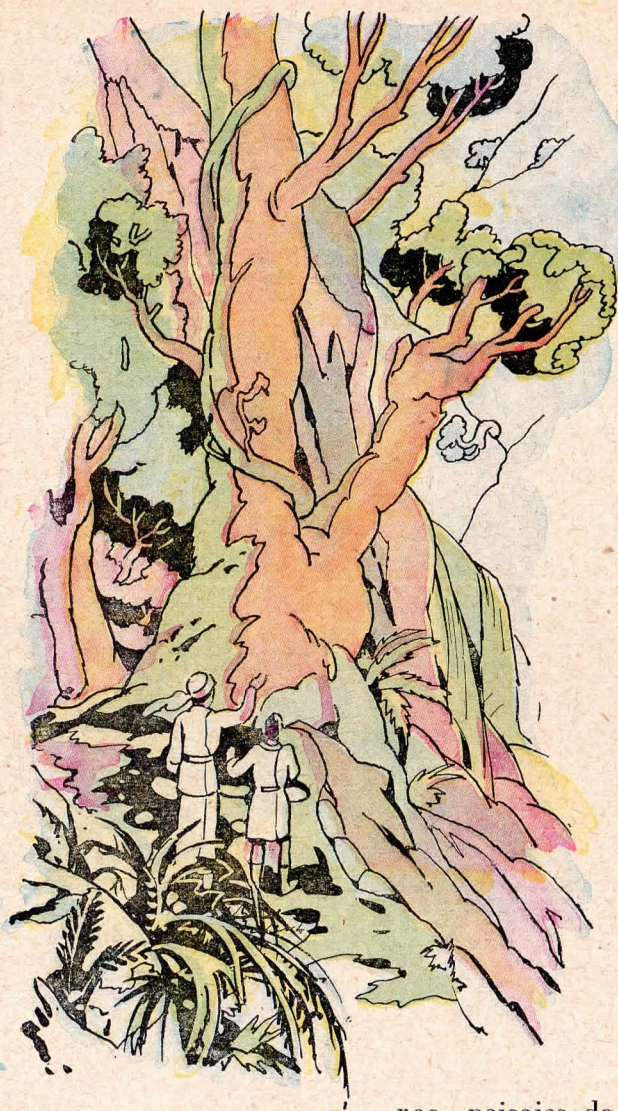
Ningún paisaje de la tierra tucumana ofrece a los ojos del viajero mayor encantamiento que la Quebrada de Lules.

Yo la he recorrido un día lejano en que la estación primaveral hacía florecer los jardines y los campos.

Nunca olvidaré el espectáculo del bosque, la furia del torrente y el derroche de la luz.

Allí encontramos, desde el musgo primoroso hasta el quebracho bravío, la flor del aire y el yuchán esquivo. Manantiales de agua clara y remansos de agua turbia; cartuchos de amancay y hongos de marfil. La majestad del mundo vegetal irradia en las tipas lustrosas, el cevill rosado y el chalchal sangriento.

.....



De pronto sentimos un taladreo extraño. La curiosidad se enciende. Alzamos la mirada y vemos, en un leño de urundel, un ágil carpintero. Luce un morrión guerrero y un traje de charol. Sostenido por las uñas, golpea con el pico la madera inmóvil.

Yo no hago más que elogiar la magnífica Quebrada de Lules que levanta con orgullo, en Tucumán, uno de los mejo-

res paisajes de la República.

Ciudad quieta.

En el valle de Lerma, cerca de los cerros Orientales de los Andes, y a la margen de un pequeño río, hállase situada la ciudad de Salta, rodeada de árboles altos que ponen una mancha de verdor en el paisaje.

Sus casas chatas y vetustas; sus puertas claveteadas y difíciles de abrir; sus ventanas de sólidas rejas floridas; sus grandes patios con pavimentos de lajas; sus techos de teja antigua; el silencio de sus calles largas, algunas de las cuales llegan hasta las lomas ondulantes y quietas, le dan su fisonomía de ciudad del pasado siglo.

—¿Y nada más?

—Sí; mucho más. El magnífico templo de San Francisco con su campanario de setenta metros, alzándose entre las casas y resaltando entre los cerros. Las cúpulas de la Candelaria que recuerdan las de los templos de los cuentos árabes. La magnífica Catedral de estilo dórico que perpetúa el recuerdo de un esfuerzo gigante. La Merced cuyas finas agujas pretenden llegar al cielo. Y el parque San Martín con su lago transparente. Y la plaza 9 de julio en el centro mismo. Y el edificio blanco del Club de Gimnasia, donde juegan los niños y se fortalecen los hombres. Y los blancos hangares que se dibujan al fondo.

—¿Y qué más?

—La estatua de Belgrano en la plaza que mira hacia Castañares, escenario de la acción heroica del 12 de febrero de 1812. Y el caserón de los Aguirre desde cuyos balcones pudo ver Tristán, la llegada de los ejércitos de la Patria.



Calles y callejas de Jujuy.

B. GONZÁLEZ ARRILI.

Las calles de Jujuy ciudad, son calles modernas asfaltadas con asfalto jujeño y se lavan a diario. Existen calles y callejas muy interesantes en los pueblos de La Quebrada; en Tilcara y en Humahuaca, por ejemplo. En este último pueblo las calles son curiosísimas. Paseando por ellas, creemos habernos trasladado a otra época. Son angostas, sin veredas, de

cantos, conforme debieron ser hace cien, hace doscientos años, en otras ciudades y pueblos de nuestro país. Humahuaca durante mucho tiempo, fué el centro más comercial de toda la quebrada y, acaso de toda la provincia, pues quedaba en el obligado camino al Perú.

Su importancia fué grande. Lo dicen sus casas y sus calles.

¡Calles y callejas! Desde la mayoría de las callejas de Humahuaca se ve el cementerio. Pueblo que preside y ampara el Camposanto con sus cardones espinudos alzados hacia el cielo azul...

Pero Humahuaca no es la capital de Jujuy.

De una a otra estación, media una distancia que el tren salva, en una mañana entera, culebreando por entre cerros y montañas indescriptibles.

Las vendedoras de secretos del Yuyal.

—¿Quieres decirme quiénes son esas mujeres vestidas con tanto trapo cuyas caras redondas y bronceadas relucen bajo el chambergó?

—Son las cholas, que cruzando desiertos y selvas, atravesando poblaciones y desafiando lo mismo los ardores del sol que los cierzos helados, llegan desde el norte por los caminos de Salta y de Jujuy.

Si te quedas mucho tiempo por estos lugares, las verás pasar siempre calladas, en marcha siempre, como si algo las empujara por el camino adelante.

Me quedé mucho tiempo y las vi pasar.

Pero nunca las mismas. Unas a pie, con polleras oscuras de amplios pliegues, batas claras y sueltas o tomadas por la cintura, grandes sombreros de paja, alforjas al hombro y cestos al brazo, llenos de hierbas maravillosas que curan todas las enfermedades y cuyo secreto nadie conoce mejor.

Las otras, con igual atavío, conduciendo su pareja de asnos que llevan sobre el lomo, la carga de mil cosas vendibles.

Pero, tanto aquéllas como éstas, van andando día tras día, cuesta arriba, cuesta abajo, por el cornisón angosto del impresionante barranco o entre las agujas punzantes de las piedras.



De Formosa.

Los indios.

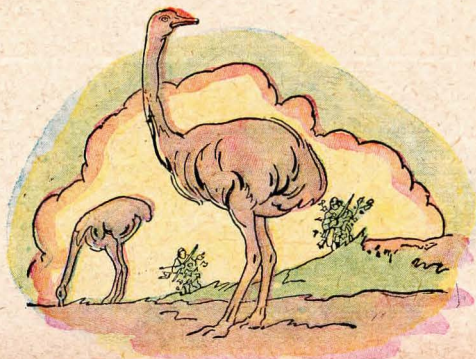
Confinados en el territorio de Formosa y norte del territorio del Chaco, hállanse los chaquenses típicos, que se dedican a la caza y a la pesca.

Para pescar, cuenta un testigo, se junta un cierto número de hombres; colócanse en fila transversal a la corriente, avanzan, y cada uno sumerge su red de trecho en trecho. De pronto, la fila de pescadores se cierra sobre la costa, acorralando un cardumen. Tienden rápidamente sus redes, las retiran llenas de peces que arrojan a la orilla, y vuelven a empezar entre gritos y risas, que dan a la escena una animación indescriptible.

Curiosa es también la forma en que practican la caza del avestruz. Disfrazados con armazones cónicas de hojas y ramas, se aproximan al animal, mediante carreras cortas seguidas de inmovilidad prolongada, hasta tener la presa a tiro.

Pero mucho más interesantes son sus creencias con respecto al origen de algunos fenómenos naturales.

Un hombre todo blanco y gigantesco, que habita allí entre las montañas, provoca el frío. Una especie de oso hormiguero de color rojo, causa las lluvias. Por eso, el hechicero evoca a estos espíritus e intercede ante ellos para que “el año sea propicio sin fríos intensos ni lluvias copiosas”.



En la Gobernación de los Andes.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

Cobres.

Una capilla del tiempo de los jesuítas, una escuela y una comisaría nacionales y diez ranchitos petisos y ruinosos le dan a este lugar rango de villa; pero una villa liliputiense; cuya única razón de ser son los cincuenta o sesenta indiecitos que, cada lunes, acuden desde distancias enormes, con su avío semanal, para instalarse en estos ranchos y asistir con puntualidad a la escuela.

Susques.

...El pueblo parece desierto. No hay humo de cocinas, ni perros que ladren, ni mujeres curiosas asomando a las puertas, ni bicho viviente que transite por las angostas calles. Suponemos, por el tono terroso de techos, muros y calzadas, por la fachada vetusta de las viviendas que la gente ha tiempo emigró en masa después de la peste o un terremoto.

Y respiramos ¡al fin! cuando al ruido del automóvil emergen, de las dos o tres casas habitadas del pueblo, las únicas personas sobrevivientes, a saber: dos maestros, el juez de paz, el comisario y dos milicianos. ¿Qué ha sucedido?

—¡Nada! ¡aquí jamás sucede nada!

—¿Y los coyas?

—Están en los campos, en sus casas, a muchas leguas.

—¿Y los alumnos de la escuela?

—Por ser hoy domingo, los alumnos están con sus padres.

Mañana vendrán a la hora de clase a pie, algunos en borrico y todos con el avío para subsistir por una semana en el pueblo, y se marcharán el sábado por la tarde.

Entre la sierra de Ancasti y la de Ambato.

Allí está Catamarca, construída a orillas del río del Valle, mirando por el sur hacia el campo abierto y árido.

Nos habíamos citado, mis amigos y yo, para asistir a la fiesta de la vencedora de Calchaquí, María Santísima, bautizada con el nombre de Virgen del Valle.

Algunos veníamos desde Santiago por el camino que, cruzando las regiones más hermosas de los valles calchaquíes, a más de mil setecientos metros de altura, se dirige hacia el Alto y Ancasti y desciende rápidamente para entrar en Catamarca.

Los demás, desde La Rioja por Chumbicha, luego de atravesar terrenos con infinidad de corrientes de agua que durante el verano, bajan desde los cerros.

Movidas por la sed religiosa, llegan las gentes de todos los sitios a prosternarse ante la milagrosa imagen, que un anciano encontró en una cabaña de indígenas, construída en las primeras alturas de Ambato, donde la ocultaron a la avidez de los conquistadores.

Acaso fué uno de entre ellos el que esculpió la efigie, quién sabe cuándo, utilizando el pedazo tosco de granito que arrancó de la montaña y que, desde trescientos años atrás, se guarda en el templo catamarqueño.

“Allí está en su camarín suntuoso, la imagen de piedra.

“Desde los lejanos tiempos, se convierte en la depositaria del valor, de la vida, de la suerte de esa multitud que corre afanosa a ofrecerle cánticos, a quemarle incienso, a darle oro, a brindarle como ofrenda, cuando más no sea, las flores de la montaña, que las brisas cálidas llenan de perfumes”.



La Rioja.

CÉSAR CARRIZO.

La mañana era de marzo, cuando en los pueblos se recolecta el trigo y se vendimia la uva. Un rumor de colmenas, una continua diligencia de hombres y mujeres, una sensación

de cosecha bien lograda se veía y se sentía sobre las tierras morenas.

Había, pues, entrado en el valle de Famatina, un pueblo cuyas casas, con huerta y jardín, están enclavadas a la vera de un arroyo venturoso. En eso, desde un rastrojo nos llegó el eco de un tamboril, a cuyo ritmo alguien cantaba una vidala.

Nos apartamos del camino con el peón que nos acompañaba y penetramos en el trigal. La recolección estaba en lo más hermoso de la faena. Y mientras los jinetes, los parveros, las segadoras y gavilladoras iban y venían sobre los tablonés del bañado, el músico con pequeñas treguas, cantaba y cantaba...

Para cantar la vidala
soy como hecho de totora...
No sé a quien habré salío:
¡mi madre no fué cantora!

El pueblo de La Rioja es un pueblo que canta. Ya azote el viento helado de la cordillera o breme el zonda cálido y vigoroso; ya sople la ventisca o el sol se venga hasta la tierra; ya amenacen los pumas y jaguares o descendan los cóndores hambrientos con los cuales hay que pelear a tiro de honda o de fusil, siempre la vida es un drama. Entonces nada mejor que una canción para endulzarla.

La aprendió de los pájaros. Oyó a la calandria que anuncia el sol. A las palomas que gimen en los collados y en las viñas. Al benteveo que canta albricias porque se acerca un viajero. A los zorzales y jilgueros que predicen las buenas cosechas.

A las cigarras, a la reina mora, al crespín y por último al rey del bosque, ese pájaro que canta al atardecer cuando en la montaña es el silencio...

San Juan.

La leyenda de pie de palo.

Nos hallábamos en la ciudad cuyana de las calles estrechas, de las casas coloniales y de los pintorescos contornos serranos.

Como los otros viajeros, nos habíamos refugiado en las habitaciones del hotel, ya que resultaba imposible andar en horas de la siesta, con aquel calor sofocante, intensificado por el zonda que desde la mañana no había cesado de soplar.

Después de “necesitar tres horas para dormir y dos para despe- rezarnos” — según la expre-

sión de un sanjuanino viejo — salimos con el propósito de conocer los parques de Mayo y Rivadavia, para ubicarnos luego — y de acuerdo a la costumbre — en un banco de la plaza Laprida, donde solíamos cambiar impresiones.



—Estoy asombrado — dijo uno — de la fertilidad de este valle.

—Y, ¿qué me dicen del esplendor de los viñedos y del aspecto magnífico de los frutales?

—No sé si he comentado con ustedes, los grandes cultivos de manzanos en Calingasta.

—Lo que puedo afirmarles es que vale la pena recorrer los seis kilómetros de camino macadamizado que lleva hasta la margen derecha del río San Juan, y cruzar hacia la otra orilla, por el gran puente de cinco tramos metálicos.

—Por mi parte, no puedo olvidar el bonito sendero que atraviesa la Quebrada del Zonda.

—¿Aquella donde nace el viento que hizo de éste, un día tan bochornoso?

—Efectivamente; el viento que, como dice *el narrador de ciudades*, se envuelve cual interminable cordel, en la sierra de Pie de Palo.

—A propósito de este cerro, ¿no conocen la conseja que a su alrededor, ha tejido la imaginación popular?...

Se dice que éstos fueron los dominios de un poderoso gigante, llamado Pata de Palo, el cual tenía por morada, una caverna abierta al pie de una como columna de granito.

En cierta ocasión, otro gigante, que quiso disputarle su señorío, lo desafió a singular combate.

Tan cruenta fué la lucha que, aunque vencedor, el primero perdió una pierna. Sin desanimarse por ello, cortó un tronco de algarrobo y se hizo otra, con lo que aumentó su fuerza, ya que, usándola como arma, derribaba de un solo golpe, hasta cinco de sus contendientes. Años después, murió el gigante, y desde entonces, su pata de palo vaga sola entre las sierras.

Mendoza.

I

La caída del Atuel.

—¿Tiene ganas de pasear, niño? — me dijo el viejo pehuenche que generalmente me acompañaba en mis andanzas.

—Claro que sí — contesté alegre.

—Bueno; si se anima a galopar seis leguas, lo llevaré hasta las cataratas de Nihuil.

—¿Nihuil?... ¡Qué nombre más extraño!...

—Cierto, niño. Pero, ¿vamos?

—¡Vamos!

Corrimos hacia nuestras cabalgaduras, ya ensilladas, y nos lanzamos al camino.

Anduvimos entre montes salvajes, recibiendo el azote del aire frío de la mañana.

De pronto, nos encontramos frente a enormes montañas de arena. Más adelante, el Atuel corre ancho y sereno. A medida que avanzamos, empieza a oírse el rumor de las aguas. Es que nos aproximamos al lugar en que el río se precipita contra los peñascos del abismo, luego de estrechar su cauce. Las aguas se llenan de espuma al romperse contra la piedra. Hierven, se agitan, se arremolinan en cinco magníficos saltos, se encajonan y corren, ocultándose a la vista. Y todo lo contemplamos desde el puente tendido de roca a roca, en cuyas proximidades hace guardia la mole gris de los médanos.

II

Termas de Cacheuta.

Como salen calientes del interior de la tierra, estas aguas maravillosas, se han tejido a su alrededor, mil fantásticas leyendas.

—¿Quieres contarme una?

—Te contaré la del señor de todo el valle.

Érase un cacique poderoso que se llamaba Cacheuta. Una vez, queriendo rescatar con su riqueza a un célebre monarca de los Incas, llenó de oro sus bolsas de cuero, y partió. Iba acompañado por gentes de su tribu cuando, de pronto, fué sorprendido por los españoles contra quiénes debía librar batalla. Entonces, ansioso de salvar el tesoro, huyó con él en medio de la noche, ocultándolo en un sitio del camino que, parte del monte Cacheuta, cruza el río Mendoza y termina en las Maletas.

El secreto fué pasando, en el transcurso del tiempo, de un indio a otro indio; le fué revelado a un misionero; se organizaron muchas excursiones, pero nadie logró hallar los sacos llenos de oro.

• Puede ser, sin embargo, que el verdadero tesoro del jefe indio, sean aquellas termas de Cacheuta, en las cuales hallan alivio para sus males, muchas personas que sufren.



El elogio del viñador.

(Estrofas)

VICENTE NACARATO.

Te elogio a ti viñador,
que sufres, ríes, trabajas
y tórnase mi elogio himno
y se hace humilde mi alabanza.

Abres surcos, plantas vides
y en las horas de labranza,
un sueño cobijas hondo
que te ilusiona y te ampara.

¡Cuántas horas de vigilia
hicieron tus noches, largas;
pero hoy se colman las trojes
y en tu hogar hay lumbre y brasas!

¡Cómo brillan los racimos
en las viñas y las parras!
Las tijeras picotean
y parece que cantaran.

Es ferviente la faena
y el trajín de las canastas,
mientras se quedan las cepas
escuetas y desgarradas.

Mira cómo están las tierras,
antes yermas, hoy, de gala;
mira crecer tu riqueza
sobre alfombra de esmeralda.

Yo te elogio en este canto
hombre sencillo que labras
el acervo que engrandece
los tesoros de la Patria.

Arriba, el sol es de oro
y el campo, lleno de gracia.
Lucha, lucha, viñador
por tu pan y tu esperanza!



Por los Territorios del Sur.

Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego forman la región conocida con el nombre de Patagonia. Parece que esta palabra se deriva de otra de origen quichua, cuyo significado es grada. Y bien aplicado estaría, desde que la Patagonia es eso: una meseta en gradas ascendentes hacia la cordillera.

I

Río Negro.

Le dió nombre el del cacique, señor de esas regiones. Al menos, así lo oí de un indio viejo, mientras recorría las rutas que atraviesan este extenso territorio.

De Río Negro se había dicho, años atrás, que a pesar de las condiciones extraordinarias de su suelo, no le era dado aprovechar ni una gota del enorme caudal de agua de sus ríos en beneficio de su fertilización. ¿Entonces, a qué se debía el intenso desarrollo de cultivos en este valle que no cesaba de admirar?

Había penetrado en el territorio por la zona que se extiende frente a la isla de Choele - Choel; continuado por la margen izquierda del río Negro; llegado a Cipolletti, y atravesado por dos veces, el enorme puente de hormigón que cruza el río Neuquén.

Pude, así, apreciar las obras de riego y el imponente dique que desvía el agua del lago Pellegrini en la época de las crecientes del río Neuquén.

Aquellos alfalfares que sirven para preparar la tierra, haciéndola apta para cultivos de mayor importancia; aquellos

espléndidos viñedos; aquellos magníficos cultivos de frutales; aquellas prósperas y florecientes plantaciones de cereales, de legumbres y hortalizas, todo cuanto hace del valle un importantísimo centro de producción, es hijo del riego artificial, realidad de un proyecto que concibió un famoso ingeniero europeo, Cipolletti, y que en la actualidad, culmina en un puente metálico que comunica los territorios de Neuquén y Río Negro.

Pero, no es esto sólo lo que asegura a la gobernación un porvenir brillante, sino el florecimiento de sus industrias, y el hecho de verse cruzada por todos los caminos que se dirigen a la región de los lagos, o a las comarcas del noroeste de Chubut.

II

Chubut.

Para quien haya recorrido parte de Chubut, sentado junto al conductor de uno de esos camiones que llevan los productos de las regiones de la precordillera a las estaciones de ferrocarril que ha de conducirlos a los puertos del Atlántico, no habrá pasado inadvertido, que aquellas tierras constituyen un emporio de riqueza natural, con sus bosques inmensos de robles, mirtos, hayas y cipreses.

Si Chubut cuenta además, con sus famosos yacimientos petrolíferos, con su próspera industria ganadera, con su importante zona agrícola y con una no menos importante fauna marina, piénsese cuán lejos se halla de ser aquella “tierra maldita” que la llamó un naturalista famoso.

III

Santa Cruz.

Rompíanse las naves contra los acantilados de la costa, luego de una lucha inútil entre el hombre y el bravío mar. Asíanse los náufragos a alguna tabla salvadora; arribaban a aquellas tierras tan propicias para hombres de buen temple; uníanse a los llegados de las Malvinas, y, favorecidos todos por la naturaleza y por el clima, se hacían fuertes para el trabajo y prosperaban aun en medio de su soledad y de su aislamiento...

Andando por la ruta que une la Capital Federal con Ushuaia, penetramos en Santa Cruz, a poco de salir de Comodoro Rivadavia. Todos sabíamos que no sería fácil nuestra empresa, pero el deseo de viajar era tan vivo, que no queríamos abandonarnos a ningún desaliento. Sin embargo, al llegar a Puerto Deseado, localidad pintoresca e importante, tuvimos que detenernos por algunos días.

Una tarde, en que después de visitar el frigorífico, la usina, el murallón de atraque y la sala hospital, instalada por los Ferrocarriles del Estado, nos encaminábamos hacia la fábrica de las renombradas prensas de enfardar lanas y cueros, nuestro compañero, Gil Torres, gran conocedor de la Patagonia, nos dijo:

—Si se exceptúa el ferrocarril que va desde aquí a Colonia Las Heras, puede decirse que Santa Cruz cuenta con escasas vías de comunicación. Por eso, para conocer estas tierras, llevo realizados cruentos sacrificios. He recorrido las áridas mesetas, sufriendo el azote de los vientos; he andado entre las areniscas de las hondonadas; he admirado los bosques enormes, que crecen en las faldas de los contrafuertes cor-

dilleranos, los ríos que bajan desde muy alto, los lagos que abren sus enormes hoyas al pie de la montaña, cuyas nieves los sustentan.

Pero he visto más. Que el porvenir económico de Santa Cruz es brillante. A sus importantes establecimientos ganaderos de hoy, ha de agregarse la explotación de su extraordinaria fauna marina; de la asombrosa riqueza de sus bosques; de sus extensas salinas; del tesoro de sus yacimientos auríferos y de sus afloramientos de carbón.



IV

Tierra del Fuego.

Una tardecita llena de sol. En el jardín, una fuente y un surtidor. Cerca del surtidor, un banco de piedra bajo un árbol. En el banco, Eduardo y su tío Enrique miran un álbum de fotografías.

Enrique. — ¿Te gusta, Eduardo, este recuerdo de mi último viaje?

Eduardo. — Me gusta muchísimo, Enrique. ¡Cuándo seré mayor para que mis padres me consientan acompañarte!

Enrique. — No te impacientes, que mientras eso llega, te haré partícipe de cuanto he visto.

Eduardo. — Cuando hablas de lo que has visto, me quedaría quieto horas y horas para no perder ni una sola palabra. Pero dime, tío; ¿es verdad que en Tierra del Fuego, los indios se comen a los hombres? ¿Es verdad que todo barco que navega por esos mares, se estrella contra las rocas? ¿Es verdad que todo es allí tan triste y funesto que se hace imposible vivir? ¿Que los fríos son tan intensos que matan; que hay volcanes que continuamente vomitan llamas; que las olas se tragan a los buques; que los piratas asaltan las embarcaciones más pequeñas; que hay una tierra que se llama de la desolación y otra de la amargura y que hasta hay un río de fuego?

Enrique. — Todo eso que tú dices, es fruto de tu propia imaginación, que ateniéndose sólo a las denominaciones, ha creado un territorio fantástico.

Tierra del Fuego es una región hermosísima; tanto como las más hermosas regiones de Europa. Su nombre nació de un hecho muy corriente. Los indios, que durante la noche salían a la caza de aves, necesarias para su sustento, se iluminaban con antorchas. Cuando los pastos se secaban y las malezas les impedían andar, incendiaban los campos y cuando debían comunicarse entre campamentos distantes, se hacían señales con leños encendidos. Entonces, los primeros navegantes que surcaban los mares tuvieron la visión de aquellos extraños resplandores, de aquellas luces andariegas, de aque-

llas vivas fogatas, y bautizaron la región con el nombre que todavía lleva. Si este relato no es absolutamente verdadero, al menos no resulta inverosímil.

LECTURAS
HISTÓRICAS
Y DE
INSTRUCCION
MORAL
Y CÍVICA

El descubridor.

—¿Sabes que me hubiese gustado vivir en el siglo XVI?
—decía mi hermana, a su inseparable compañera Cristina.

—Yo he sentido igual deseo al escuchar a nuestro profesor de historia, haciéndonos el relato de aquellos viajes.

—Qué hombres los descubridores, ¿verdad?

Animosos y aventureros se embarcaban en bergantines que los llevarían hasta tierras desconocidas, donde pensaban encontrar grandes riquezas, pueblos extraños, seres fantásticos o la isla donde no se envejece nunca.

A mí me parece verlos, armando sus flotas, seguidos de su séquito de gentes heroicas, que ambicionaban honores y tierras, y de los sacerdotes, que se encargarían de convertir a los naturales a la religión de Cristo.

Quien, llamándose el instrumento de Dios, y queriendo llevar su fe por el mundo. Quien, alimentándose de ratas y de agua corrompida, sin que por ello flaqueara su decisión. Quien, ocultándose en una pipa vacía, para darse a conocer cuando la nave estuviera en alta mar. Quien, esperando cubrir de gloria su nombre. Quien, eligiendo su ruta, según las noticias sobre la existencia de piedras y metales preciosos. Quien, generoso, franco y sin codicia pero ambicioso de mando. Quien, cargado de cadenas; injustamente acusado de traidor o víctima del oprobio y de la ignominia.

—Lástima que destruyeran todas las obras de la cultura indígena: Las de metal precioso, para fundirlas y convertirlas en lingotes; los templos para probar la falta de poderío de los dioses indios.

—Es verdad. Pero, de cualquier modo, creo que después de las palabras del profesor, admiro más al grupo de los descubridores.

Las carabelas.

EDUARDO E. ROSSI.

I

Las joyas de una Santa Soberana
En tres naves un día se trocaron!
La audacia castellana
Con ellas, a la mar, lanzóse altiva,
Marchando en pos de una visión lejana
Que las pupilas de Colón miraron
En medio del Atlántico, cautiva!

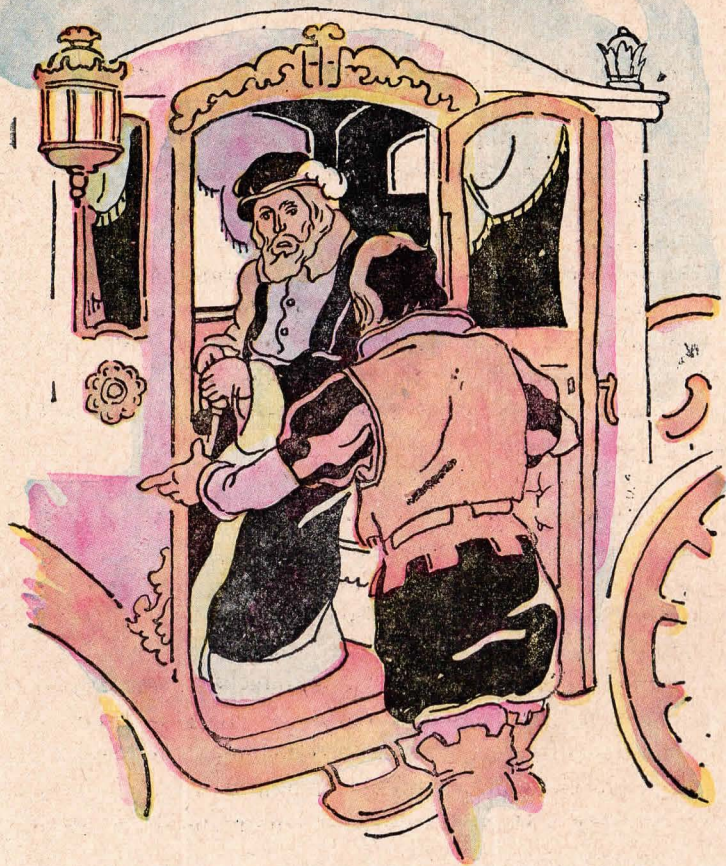
III

Como tres grandes cisnes de albas plu-
[mas
Que dejan, al pasar, blancas estelas
Cual recuerdo de luz, en las espumas,
Allá van las gallardas carabelas,
Perdiéndose en las brumas!

II

Naves heroicas de la fe cristiana,
Las de inmortal memoria
Que hundieron en el piélago la quilla
Rumbo a una tierra que no tiene his-
[toria!

Sobre ellas va flotando Soberana
La enseña de Aragón y de Castilla!
La que, triunfante, flotará mañana
Entre el fragor de un huracán de gloria!



El conquistador.

Sobre los bancos, encontramos una hoja, de las que la señorita nos reparte muchas veces para la lección de lectura.

En ella decía así:

Era de presencia gallarda; de trato afable; sereno en el peligro; perseverante en sus empresas y de gran corazón.

También era un poco poeta; hacía coplas y sabía algo más que los otros.

Para salvar su empresa, decidió destruir su escuadra; acción con la cual no hay hecho en la historia que pueda compararse.

Mandó que dismantelasen los navíos; después, los carpinteros examinaron los cascos de cada buque y, aleccionados por él, declararon que todos estaban deteriorados. Arengó a sus soldados con tanto calor y energía, que ellos mismos, olvidando el riesgo a que exponían sus vidas, se ofrecieron para demoler los navíos, y para arrastrar hasta la orilla, las tablas y las vigas.

Pero día llegó en que fué olvidado.

Misero y desconocido hallábase en la Corte de Carlos I sin lograr audiencia con el emperador.

Una vez, se resolvió a esperar su salida y, al punto, subió al estribo del coche para hablarle.

—¿Quién sois? — le dijo el soberano.

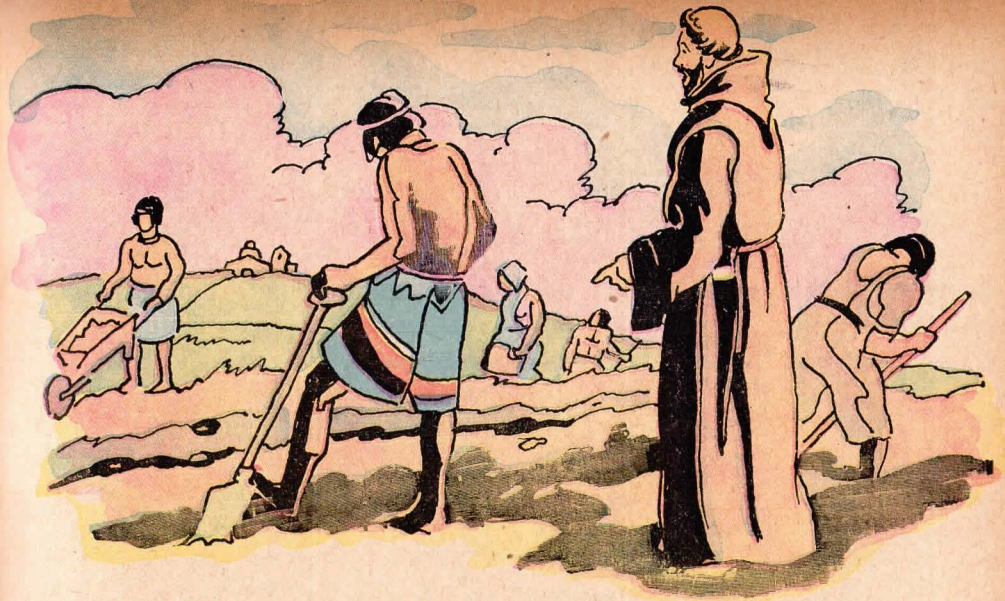
—Soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y vuestros abuelos.

Cuando terminamos la lectura silenciosa, nuestros ojos se posaron interrogantes en los de la maestra.

—Se refiere a Hernán Cortés, el conquistador de Méjico — dijo, y agregó:

—El conquistador es contemporáneo del descubridor.

Mas no todos son iguales. Los hubo audaces, tesoneros y valientes, como crueles, despiadados y sombríos. A veces, infieles a su rey, cuando se sentían dominados por una ambición desmedida; pero todos, con el impulso que los llevaba a realizar empresas extraordinarias.



El misionero.

En las horas de un atardecer, visitábamos en Córdoba, los restos de una misión jesuítica. Luego de recorrer la capilla, el claustro y la celda del prior, tomamos algunas notas, sacamos varias fotografías y nos dispusimos a regresar.

Uno de nuestros acompañantes hizo de pronto, la siguiente manifestación:

—No valía la pena haber andado tanto para ver estas ruinas.

—Sin embargo — le contesté —, ¿usted imagina el valor y el sacrificio de aquellos santos varones para llegar a tan distantes lugares?

—Eso sí. Pero, ¿qué hacían?

—Acercarse a los indios, deseando arrancarlos al triste destino que les deparaba la llegada de los hombres blancos.

El misionero, lleno de amor a sus semejantes, sufría privaciones sin nombre, al realizar penosísimas jornadas, a través

de selvas, llanuras y montañas. Se mezclaba entre los naturales; aprendía sus lenguas para hablarles en su idioma y atraerlos hacia el mundo de los hombres civilizados. Los agrupaba para enseñarles los trabajos de la tierra, los oficios más útiles, la lectura, la escritura y, aún la música, la pintura y la escultura. Los hacía trabajar dos días, cada semana, en las tierras de propiedad común, a las que denominaba "Campo de Dios", para educarlos en la práctica del bien y de la ayuda mutua. Los instruía en la doctrina de Cristo, esforzándose por hacerlos dóciles y mansos para que alcanzaran la felicidad eterna.

—¿Y ha mucho de todo esto?

—Piense usted... Los primeros misioneros llegaron a Salta allá por el año 1586, y, llenos de fe y perseverancia, emprendieron su obra incomparable.

Una raza indígena.

CENTENERA.

Es gente muy crecida y animosa;
Osada y atrevida, en gran manera.
En guerras y batallas, belicosa,
Empero, sin labranza y sementera.

Tan sueltos y ligeros son que alcanzan,
Corriendo por el campo, los venados;
Tras fuertes avestruces se abalanzan,
Hasta de ellos se ver apoderados;
Con unas bolas que usan, los alcanzan,
Si ven que están a lejos apartados:
Y tienen en la mano, tal destreza,
Que aciertan con la bola en la cabeza.



El fundador de ciudades.

Bajó desde la Asunción por el Paraná, buscando en tierra de los querandíes, un paraje donde fundar una ciudad que sirviese de escala a las embarcaciones procedentes del Paraguay, con rumbo a España, y constituyese, además, el centro de comunicaciones entre los territorios surcados por los grandes ríos.

Había triunfado en la lucha contra indígenas sanguinarios y feroces; burlado sus emboscadas; sometido a su jefe Oberá, cuyo nombre significa “esplendor”, y salvado su vida, por milagro, cuando un caudillo indio quiso herirlo de muerte, arrojándole una flecha desde un escondite, situado en el hueco de un frondoso árbol.

Pocos hombres le bastaron para realizar la gran empresa, allí donde no quedaban

ni rastros de la primera fundación. Construyó trincheras y extendió fortificaciones. Batió en el campo de La Matanza a Tabodá, que al frente de los naturales pretendió expulsarlo; y, para terminar con la barbarie, en el país donde fundaba ciudades, mandó a los misioneros a fin de que rindieran a los indios en nombre del amor y no en el de la fuerza.

Sin embargo, fué tan escaso de recursos, que hubo de vender hasta las ropas de su esposa para auxiliar a sus compañeros, y tan infeliz, que manos de indígenas pusieron fin a su vida gloriosa.

El patriota civil.

Estaba sentado. Los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, meditaba sobre la esclavitud de la patria amada, cuando oyó su voz...

Al escucharla, comprendió que era llegada la hora de la separación del nuevo mundo, y se lanzó a la lucha lleno de fe y de entusiasmo. No lo arredraron ni los tiempos duros en que vivía, ni los sacrificios cruentos que la empresa demandaba, ni los peligros que lo cercaban por todas partes. Marchó a la cabeza de sus compatriotas, dispuesto a salvar todos los obstáculos que se opusieran al logro de su causa, lleno su pecho del santo ardor de la libertad. Ni el odio, ni la persecución, ni la maldad lograron hacerlo retroceder, y allá fué realizador del gran destino que la Providencia le confiara y que la Patria le exigía.

Echó los cimientos de la nacionalidad, y, aunque en su tiempo cayera en el olvido o fuera víctima de la ingratitud de sus contemporáneos, la posteridad lo ha consagrado prócer y en cada corazón de argentino, tiene un altar.

El patriota prelado.

NICOLÁS AVELLANEDA.

No queremos repetir lo que tantas veces se ha escrito; la explosión de entusiasmo con que fué saludado el joven orador que apareció de improviso en Catamarca, pronunciando aquellos dos discursos patrios que corrieron rápidamente por la América.

El pensamiento argentino no había, a la verdad, campeado por mayores alturas.

La fama del orador fué creciendo y circulando como la de todos los grandes oradores.

La ciudad de Tucumán solemnizaba la inauguración de su Iglesia Matriz y fué llamado desde Catamarca.

Otra vez volvió a resonar en sus labios, el grito del patriotismo heroico que, treinta años antes, había sido arrojado en aquel mismo recinto, aclarando los horizontes oscuros de medio mundo.

Había llegado el momento y se presentó ante su superior vestido de una jerga más cenicienta, con el pie desnudo sobre la sandalia y con el bastón de viaje. Emprendía la vida del misionero que pasa rodeada de peligros entre los salvajes y en medio de los bosques.

Otro día, años después, tomó en sus manos el bordón del viajero y partió para Jerusalén.

Había vivido en las misiones del desierto, oficiando en la capilla sin púlpito y sin altar, y deseaba penetrar de rodillas en el templo que guarda el sepulcro del Salvador.

Allí predicó y dijo: "Soy tal vez el único hombre que no conoció sino el traje de los franciscanos. Llevábalo a los tres años por un voto de familia y no tenía nueve cuando fuí admitido en el convento. Este hábito es mi padre, es mi madre".

La lucha contra los invasores.

—¡Lo encontré! ¡Lo encontré! — decía llena de júbilo Mariquita, esgrimiendo un volumen de tamaño mediano.

—Al fin, niña, has aprendido a usar el fichero de la biblioteca. Vamos a ver...

—Pero... ¡cómo! ¿No te dije que me alcanzaras la historia de Belgrano?

—¿Y qué traje? — exclamó desconsolada.

—Las memorias del general Rodríguez.

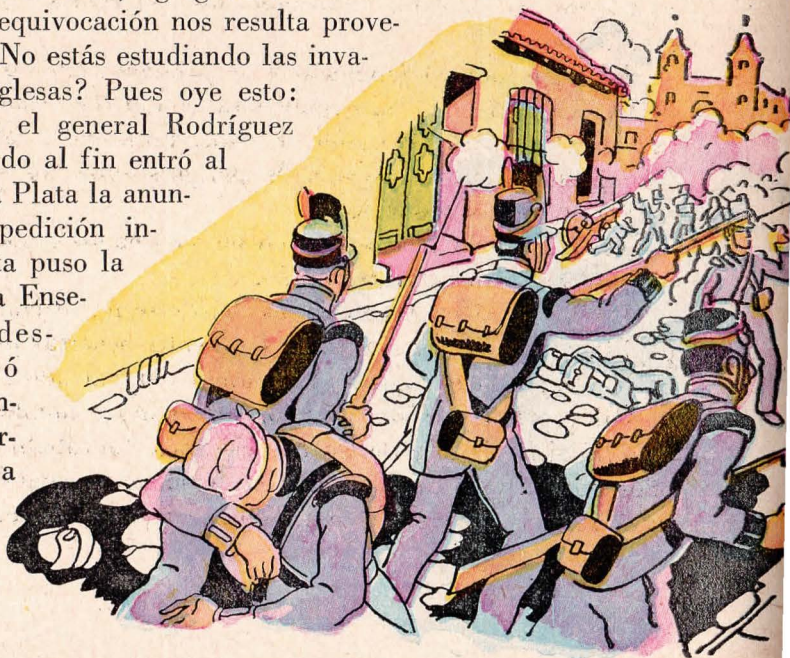
—Valiente papelón... — dijo llena de vergüenza.

—Nada de eso; yo confío en que pronto servirás para estos pequeños menesteres.

Dije, y me puse a hojear el libro que había leído varias veces, agregando:

—Tu equivocación nos resulta provechosa. ¿No estás estudiando las invasiones inglesas? Pues oye esto:

Cuenta el general Rodríguez que cuando al fin entró al Río de la Plata la anunciada expedición inglesa, ésta puso la proa a la Ensenada y desembarcó en ese punto, su ejército. La misma



noche, ellos salieron, y se amanecieron sobre la loma, donde se mantendrían cinco días, hasta que el enemigo emprendiese la marcha.

Cuando así sucedió, los patriotas tomaron por la calle de Barracas, doblaron por Santa Lucía, subieron por la quinta de Gallegos y penetraron en la calle de la Residencia, que iba derechamente a la plaza. Entonces, los soldados, que no dormían ni comían desde dos días antes, fueron sentándose en los umbrales de las puertas o ganando sus casas, si las encontraban al paso; de tal modo, su número se redujo en forma inquietante.

Sin embargo, a las cuatro de la mañana del día siguiente, se oyeron las cornetas y el ruido de las carretillas, cargadas de víveres de todo género. A las 12, no sólo no faltaba ni un hombre, sino que el ejército había aumentado.

Desde ese momento, ocuparon todas las azoteas, a la espera del ataque del enemigo, quien lo emprendió al otro día, mandando fuertes divisiones a ocupar los puntos dominantes de la ciudad.

Pero el heroísmo de los defensores los derrotó completamente. Frente a la plazoleta de la Ranchería, quedaron muertos todos los artilleros y las bestias que tiraban de los cañones. De los que se refugiaron en la casa de la virreina, no se salvó ninguno. Los asilados en la iglesia de Santo Domingo tuvieron que rendirse; la división que ocupó San Miguel dispersóse por las calles; la que se sostenía en la casa de don Martín Elordi hubo de seguir el mismo camino ante el fuego que les hacían desde varios agujeros, abiertos en las paredes de las piezas.

Aunque parezca exagerado, la verdad es que la sangre corría a raudales por los caños de las azoteas.

Días de Mayo.

I

La noticia que apresuró la revolución.

El Virrey de Buenos Aires a los leales y generosos pueblos de su Virreinato.

Acabo de participaros las noticias últimamente conducidas por una fragata mercante inglesa que, habiendo salido de Gibraltar, arribó a Montevideo, el 13 del corriente. Ellas son demasiado sensibles y desagradables al filial amor que profesáis a la Madre Patria por quien habéis hecho tan generosos sacrificios.

Es mi obligación manifestaros el peligroso estado de la Metrópoli para que redobléis vuestra lealtad contra los reverses de una fortuna adversa. Sabed que la dicha de un tirano, ha logrado forzar el paso de la Sierra tan justamente creída el antimural de las Andalucías y, derramándose sus tropas por aquellas fértiles provincias, han llegado hasta las inmediaciones de la Real Isla de León con el objeto de apoderarse de la importante plaza de Cádiz y del Gobierno Soberano que en ella ha encontrado su refugio; pero, sabed también, que la España aun está muy distante de abatirse al extremo de rendir su cerviz a los tiranos, ni reconocer en el trono de sus monarcas, a los que no deben ocuparlo.

Buenos Aires, 18 de Mayo de 1810.

Baltasar Hidalgo de Cisneros.

II

Proclama del Excelentísimo Cabildo al vecindario de Buenos Aires.

Fiel y generoso pueblo de Buenos Aires.

Las últimas noticias de los desgraciados sucesos de nuestra Metrópoli, comunicadas al Público de orden de este Superior Gobierno, han contristado sobre manera vuestro ánimo, y os han hecho dudar de vuestra situación actual y de vuestra suerte futura.

Vuestros representantes, que velan constantemente por vuestra prosperidad y que desean con el mayor ardor conservar el orden de estos dominios bajo la dominación del Señor Don Fernando VII, han obtenido del Excelentísimo Señor Virrey permiso franco para reuniros en un congreso. Hablad con toda libertad, pero haciendo ver que sois un pueblo sabio, noble, dócil y generoso. Evitad toda innovación o mudanza, pues generalmente son peligrosas. Así, pues, meditad bien sobre vuestra situación actual, no sea que el remedio para precaver los males que teméis, acelere vuestra destrucción.

Juan José Lezica y otros.





III

Acuerdo del 25 de Mayo de 1810.

En estas circunstancias, ocurrió multitud de gentes a los corredores de las Casas Capitulares y algunos individuos, en clase de diputados, se personaron en la sala, exponiendo que el Pueblo se hallaba disgustado y en conmoción; que de ninguna manera se conformaba con la elección de presidente vocal de la Junta, hecha en el excelentísimo señor Don Baltasar Hidalgo de Cisneros y mucho menos con que estuviere a su

cargo el mando de las armas y que, para evitar desastres, que ya preparaban, era necesario tomar prontas providencias y variar la resolución comunicada al público por bando. Los señores procuradores serenaron aquellos ánimos acalorados y les suplicaron aquietasen la gente que ocupaba los corretores. Con lo que se despidieron los precitados individuos, suplicando que no se perdieran momentos, pues de lo contrario podían resultar desgracias demasiado sensibles y de nota para el pueblo de Buenos Aires.

Estando en esta Sesión, las gentes dieron golpes, por varias ocasiones, a la puerta de la sala capitular, oyéndose las voces de que querían saber lo que se trataba.

En este estado, ocurrieron otras novedades: algunos individuos del pueblo, a nombre de éste, se personaron en la Sala exponiendo que, para su quietud y tranquilidad y para evitar cualesquiera resultados en lo futuro, había el pueblo reasumido la autoridad que depositó en el excelentísimo Cabildo y no quería estuviese la Junta nombrada, sino que se procediese a constituir otra, eligiendo para presidente vocal y comandante general de armas, al señor don Cornelio Saavedra, para vocales, a los señores doctor don Juan J. Castelli, licenciado don Manuel Belgrano, don Miguel de Azcuénaga, doctor don Manuel Alberti, don Domingo Matheu y don Juan de Larrea, y para secretarios, a los doctores don Juan José de Paso y don Mariano Moreno con la precisa indispensable cualidad de que, establecida la Junta, debería publicarse, en el término de quince días, una expedición de quinientos hombres para las provincias interiores en la inteligencia de que ésta era la voluntad decidida del pueblo y que en nada se le conformaría

que saliese de esta propuesta, debiendo tener, en caso contrario, resultados muy fatales.

Profecía.

ESTEBAN DE LUCA.

Una fértil vastísima llanura,
allá destina el cielo
a vuestro bien y sin igual ventura.
Se esparcirá por ella vuestra vista,
y vuestros patrios lares
un inmenso horizonte
abarcarán, hasta el lejano punto
en que se eleva el escarpado monte.
En días envidiables y serenos
la sazónada mies, las esperanzas
a calmar bastará, de nuevas gentes,
que, antes de muchos soles,
robustas, inocentes
darán pasmo a la tierra.
En libertad ilustres fundadores
vais a ser de mil pueblos venturosos,
mucho más numerosos
que los astros brillantes
de que se ve sembrada
la esfera de los cielos dilatada...
Los mismos pueblos que las aguas
beben del Volga y del Danubio heladas,
se arrojarán al mar, buscando asilo
en vuestro patrio suelo,
donde benigno el cielo
la abundancia vertió con larga mano.
Así la humanidad de gozo llena,
logrará ver, después de siglos tantos
de muertes y de llantos,
la grande y nueva escena
de mil pueblos distantes
por el piélago inmenso divididos,
trabajando constantes
para su mutuo bien; verá el portento,
sin que baste a impedirlo el mar profundo,
de un mundo, unido en paz, a otro mundo.

Belgrano.

La última hora de un 20 de junio, la habíamos dedicado a recordar la memoria del creador de nuestro emblema.

En tal oportunidad, la señorita tomó un libro, que estaba desde temprano sobre el escritorio, y lo abrió allí donde asomaba un señalador. Entonces comenzó a leer:

20 de junio de 1920. En el primer centenario de la muerte del héroe. (Fragmento de un discurso). Ricardo Rojas en uso de la palabra:

—“Era el “día de los tres gobiernos” cuando el héroe creador de la bandera moría aquí en Buenos Aires, confinado en lecho misérrimo... Sábese que una tarde entró en la alcoba del enfermo don José Balbín — amigo que lo había auxiliado con trescientos pesos para que pudiese venir de Tucumán — y Belgrano le dijo: “Muero tan pobre, que no tengo con qué pagarle el dinero que usted me prestó”... Sábese que otro día, el héroe abandonado pidió al Gobierno, para atender a su salud y a sus deudas, que se le abonaran sus haberes y el Gobierno de la época no atendió su pedido... Sábese que otra vez, mientras le visitaba don Manuel Antonio Castro, el doliente quedó meditabundo, y de pronto, saliendo de su actitud, díjole con dulzura a su amigo: “Pensaba en la eternidad adonde voy, y en la tierra querida que dejo; espero que los buenos ciudadanos trabajarán por remediar sus desgracias”... .

“Pocas horas más tarde comenzó la agonía... Y así murió, pobre, desconocido, angustiado, bajo la doble congoja del mal incurable que roía su carne y del abatimiento que doblegaba su espíritu. Fué sepultado sin honores oficiales, muriendo en la miseria el argentino que más amó a su patria”.

Cuando calló la voz emocionada de la maestra, me di cuenta de que estaba llorando.

Una expedición accidentada.

Estábamos en que la Junta, según lo establecido, se determinó a enviar una expedición al Paraguay?

—Eso es; y en que nombró a Manuel Belgrano representante y general en jefe de ella.

—Pues bien. ¿Sabes para que aceptó el cargo? Para demostrar que no temía los riesgos y que prefería el servicio activo a tener que presenciar las reyertas y desunión de los vocales. Ahora, oye este pasaje de sus memorias:

—“Hice alto en Curuzú - Cuatiá para el arreglo de las carretas y proporcionarme cuanto era necesario para seguir la marcha.

“En los ratos que, con bastante apuro, me dejaban mis atenciones militares, aspiré a la reunión de la población, porque no podía ver, sin dolor, que las gentes de las campañas viviesen tan distantes unas de otras lo más de su vida; o que, tal vez en toda ella, estuviesen sin oír la voz de su pastor eclesiástico; fuera del ojo del juez y sin ningún recurso para lograr alguna educación.

“Salí de Curuzú - Cuatiá dirigiéndome al río de Corrientes por campos que parecía no haber pisado la planta del hombre, faltos de agua y de todo recurso.

“Llegamos y sólo encontramos dos muy malas canoas que nos habían de servir de balsa para pasar la tropa, artillería y municiones. Felizmente la mayor parte de la gente sabía nadar y, aun así, tuvimos dos ahogados y algunas municiones perdidas.

“Seguí la línea recta para salir al frente de San Jerónimo atravesando, según el plan que llevaba, la famosa laguna Iberá, que nunca vi. Pasamos sus desagües o comunicaciones con el Paraná y, después de las más penosas marchas por paí-

ses habitados por fieras y sabandijas, llegamos a dicho punto, sufriendo inmensos aguaceros. Allí empezaron con más fuerzas las aguas y nuestros sufrimientos.

“Nos encaminábamos al paso Ibirricuy, habiendo yo formado la idea de atravesar la célebre isla llamada Apipé, para de allí pasar a San Cosme, según los informes que me habían dado los baquianos. No encontré más que una canoa y me propuse hacer botes de cuero. Mientras estuve en estos trabajos, tuve noticias que había unos europeos construyendo un barco, al que lograron salvar del fuego con que los paraguayos devoraban cuanto buque pequeño y canoas habían, por aquella parte de la costa Sud del Paraná, con el intento de quitarme todo auxilio”.

—¿Tantos fueron los sufrimientos de Belgrano en su expedición libertadora?

—Éstos y muchos más. Pero lo que has oído ha de servirte para que lo ames, lo respetes y lo admires.



Ciudadano y argentino antes que hubiera patria.

Había llegado temprano a la plaza del Congreso, en procura de un sitio para presenciar el desfile de las tropas, en un 25 de mayo.

De pronto me encontré ante la estatua de Moreno. Pensé que el 15 de abril de 1877 se había inaugurado un monumento a su memoria, en el pueblo que lleva su nombre y como guardaba en el recuerdo, algunos pasajes del discurso que entonces pronunciara uno de nuestros oradores más brillantes, los utilicé para dirigirme al prócer.

—“Tú fuiste ciudadano y argentino antes que hubiera patria. Lloraste cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, viste entrar mil quinientos sesenta soldados extranjeros, que apoderándose de tu ciudad, se alojaron en su Fuerte y en sus cuarteles.

“¿Cómo pudiste formar tales sentimientos sobre una tierra que pertenecía a un dueño extraño?

“Hay ya una patria para ti, y antes de saludarla en el Sol de Mayo, que la simboliza, la encontraste viva y palpitante en tu corazón.

“Tuviste apenas diez meses de vida pública y tu nombre llega, sin embargo, hasta la posteridad más lejana. Para tu muerte hubieron los prestigios con que la imaginación de los pueblos rodea las tumbas prematuras; para tu memoria, la ternura que se subleva contra las injusticias de la suerte.

Fuiste apóstol de la revolución, padre de la patria
y uno de los más grandes escritores de la
independencia sudamericana”.

Asamblea general constituyente.

I

LA INAUGURACIÓN.

Sesión del 31 de enero de 1813.

El domingo 31 de enero se abrió la Asamblea de las provincias unidas del Río de la Plata, anunciada en la convocatoria del 24 de octubre; la solemnidad de su instalación, y el público regocijo de los habitantes de la Capital, descubrió el deseo con que aguardaban este día feliz.

El contento se expresó del modo más digno y majestuoso. Salvas de artillería; repiques, músicas, iluminaciones y un pueblo entusiasmado, entonando himnos a la patria, formaban el cuadro de este día, consagrado al placer inspirado por la libertad.

Feliz amada patria si el edificio elevado el 31 de enero sobre las ruinas de vuestros antiguos opresores, es el asilo de la libertad y seguridad de vuestros hijos.

II

ALGUNOS DECRETOS.

Sesión del día 1º de febrero de 1813.

—Que se mande al Supremo Poder Ejecutivo una copia del Juramento que han prestado el día de ayer, en sus manos, las autoridades constituídas.

Juramento.

—¿Reconocéis representada en la Asamblea General Constituyente, la autoridad soberana de las provincias unidas del Río de la Plata?

SÍ, RECONOZCO.

—¿Juráis reconocer fielmente todas sus determinaciones y mandarlas cumplir y ejecutar? ¿No reconocer otras autoridades sino las que emanen de su soberanía? ¿Conservar y sostener la libertad, integridad y prosperidad de las provincias unidas del Río de la Plata, la Santa religión católica, apostólica romana y todo en la parte que se comprenda?

SÍ, JURO.

—Si así lo hicieres Dios os ayude y si no, Él y la patria os lo demande y haga cargo.

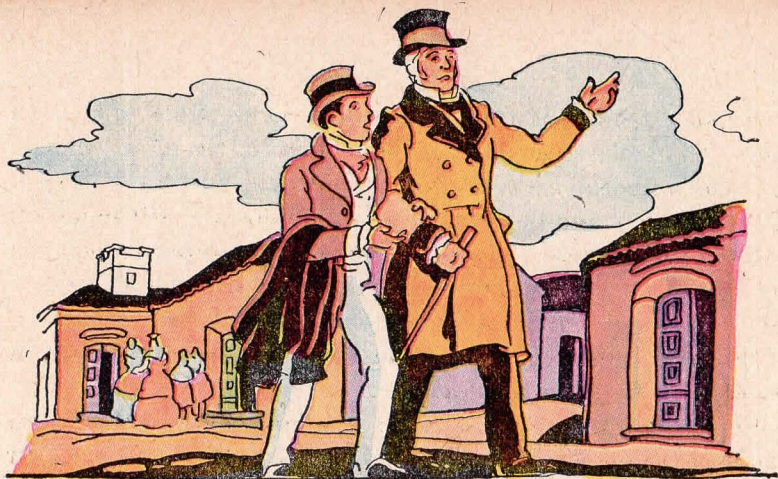
Sesión del jueves 6 de marzo de 1813.

La plausible noticia del triunfo de las armas de la patria, recibida el día de ayer, ha inclinado el ánimo de esta Soberana corporación a recibir a besamanos, en la mañana de este día, al Supremo Poder Ejecutivo.

En obediencia a este Soberano decreto, se presentó el gobierno, con las demás autoridades, en la sala de sesiones y, dirigiéndose aquél a la representación Soberana de los pueblos, protestó la sinceridad con que felicitaba a la Asamblea al ver exaltado el pabellón de la patria en el primer período de su feliz instalación.

... Sus victoriosas armas encargan a la fama, la proclamación de sus glorias.

El Tucumán, la Tablada, Salta y todo punto del globo
donde estampan su planta denodada las huestes
de la libertad, cantan las proezas que pre-
sencian los héroes del Sud.



La instalación del Congreso de Tucumán.

Braulio Vidal, antiguo y respetado vecino de la benemérita ciudad de San Miguel de Tucumán, no había podido dormir en toda aquella noche del 23 de marzo de 1816. De manera que cuando al alba del 24, una salva de veintiún cañonazos anunció al pueblo, la próxima instalación del Congreso, ya estaba él vestido y se lanzó a la calle para participar del general regocijo.

Al trasponer el umbral de la puerta, sintió que alguien se interponía a su paso.

—¡Cómo! ¿Eres tú, Martín? —dijo al reconocer a su hijo, mozalbete de unos diecisiete años.

—El mismo en cuerpo y alma, que no quiere ya separarse de tu lado.

Ambos se tomaron del brazo y echaron a andar.

—El acto de que seremos testigos —dijo don Braulio—, ha de hallar eco en todos los rincones de la patria. Quiero que no pierdas nada, para que puedas referírselo a tus hijos y a los hijos de tus hijos.

A poco, se encontraron con otros vecinos y amigos, presa todos del mayor regocijo, y, reunidos en las proximidades de la casa congresal, se pusieron a comentar tan fausto suceso. Mientras tanto, vieron llegar a los diputados que allí se habían dado cita, y cuando sonaron solemnes las nueve campanadas del reloj, los vieron salir en corporación y tomar el camino del templo de San Francisco.

Desde ese instante, padre e hijo se dispusieron a seguir la ceremonia en todos sus detalles.

Entraron al templo y asistieron a la misa del Espíritu Santo, donde se imploró luces y auxilio para que se realizaran con acierto las deliberaciones.

Fueron a la casa del Congreso y pudieron oír el juramento, prestado por el presidente provisional, doctor Pedro Medrano, en manos del más anciano de la corporación. Vieron, luego, al doctor Medrano, recibiendo el juramento de todos los diputados, que se comprometían a defender la religión católica, a mantener íntegro el territorio de las provincias unidas y a impedir toda invasión enemiga...

Al día siguiente, se repitió la ceremonia. Don Braulio Vidal y su hijo Martín sentían la misma dulce emoción que llenaba todos los corazones y, es así, que cuando el presidente provisorio felicitó al pueblo ciudadano, luego de pronunciar una vibrante arenga, se estrecharon las manos.

Después que supieron que las sesiones del Congreso se harían en presencia del pueblo, convinieron en no faltar a ninguna porque, sintiendo ellos tanto amor por la causa de la patria, quisieron ser testigos de la forma en que los representantes de las provincias defenderían los sagrados intereses, depositados en sus manos.

9 de Julio de 1816.

Don Braulio se sentó frente a Martín y desdoblando una hoja, dijo:

—Veamos lo que se lee en *El Redactor del Congreso Nacional*, sobre la sesión del día 9. Helo aquí: “Este fué el día memorable, destinado por la providencia, para romper las cadenas que nos ligaban al carro de la dominación europea.

“Circunstancias gloriosas se agolparon para llevar a cabo esta resolución, que esperaban con ansia los pueblos de las Provincias Unidas. Desde este día, los hombres, sorprendidos de su nuevo estado, se preguntan mutuamente: ¿Con que es verdad que somos libres? ¡Ah! ¡qué cosa pudo sobrevenirnos más interesante y lisonjera!

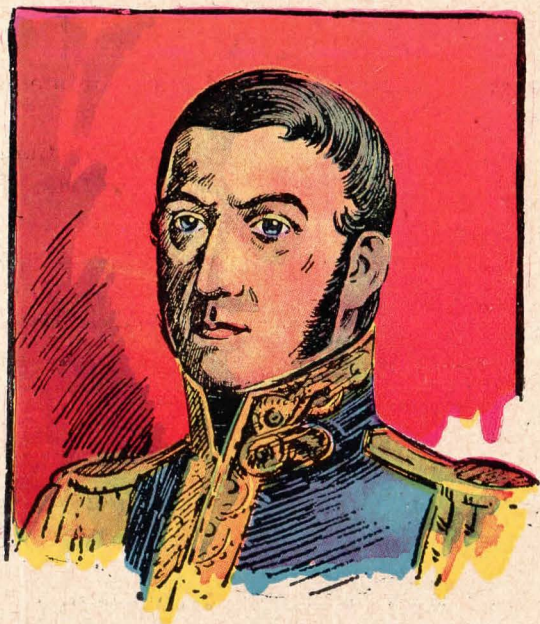
“Si tiempo atrás, algún sabio hubiera anunciado este acontecimiento, habría sido escuchado como un fabulista aventurero...

“Unión, americanos; no perdamos por nuestras discordias, esta preciosa joya”.

—¿La preciosa joya es la independendencia, padre?

—Es verdad, hijo mío, y quiero que me prometas ahora mismo, que si fuera necesario, armarás tu brazo para defenderla.





San Martín.

Acabamos de recorrer la extensa galería en la que la dirección del Museo Histórico Nacional, ha ordenado y clasificado las reliquias que pertenecieron al Libertador de América.

Ahora nos encontramos sentados en un banco del Parque Lezama, y cada cual quiere demostrar que la visita no ha sido inútil.

Entre todos, reconstruiremos la vida del hombre de los planes grandiosos.

1ª voz. — El punto de partida de la organización del ejército patriota, fué el cuerpo de Granaderos a Caballo.

2ª voz. — Sus esfuerzos para disciplinarlo no hubieran podido igualarse en aquel tiempo.

1ª voz. — Con los granaderos, ganó la batalla de San Lorenzo a orillas del Paraná.

3ª voz. — Mira. Yo no puedo oír eso sin recordar el heroísmo del soldado Cabral cuando salvó la vida del general, entregando la suya.

2ª voz. — Pero, lo que más me emociona, es que hasta 1824, al pasar la lista de la tarde, cuando el brigada llamaba a Juan Bautista Cabral, el sargento más antiguo contestaba: Murió en el campo del honor, pero vive en nuestros corazones: Granaderos: ¡viva la Patria!

1ª voz. — Por mi parte, querría oír muchas veces el relato del episodio de Yatasto. Haber podido presenciar la entrevista cordial de San Martín y de Belgrano, unidos en apretado abrazo.

3ª voz. — Lo que no puedo entender, es que en sólo dos años, y mientras era gobernador intendente de Cuyo, pudiese organizar el ejército de los Andes.

2ª voz. — Recordemos el parte que envió al director Pueyrredón, luego de su triunfo en la batalla de Maipú: “Nada existe del ejército enemigo; el que no ha sido muerto es prisionero. Artillería, 160 oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder. Ya no hay enemigos en Chile”.

Cuando los otros callaron, yo, que no había hecho más que escuchar, pensé en la entrada triunfante en Lima, del ilustre “fundador de la libertad del Perú”, y en la mañana en que se embarcó para Chile, luego de haber renunciado al poder supremo, y llevando como único trofeo, el estandarte de Pizarro.

Estrofas.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

El Sol reverberante, magnífico de Mayo
Al pueblo emancipado, envíale en un rayo
De su fecundo disco, de su fulgente luz,
El varonil aliento, la fuerza poderosa
Con que paseó triunfante su enseña victoriosa
Por el inmenso suelo de América del Sud.

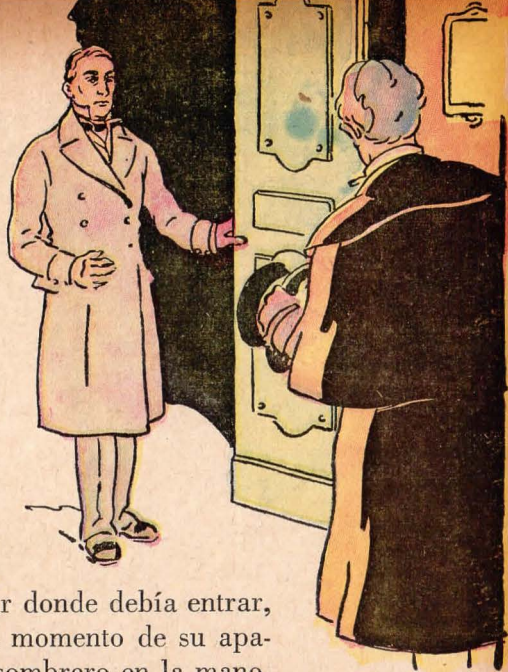
La noble Buenos Aires levanta majestuosa
La espléndida cabeza que ciñe ya orgullosa,
El gorro que es de libres dignísima señal:
Y del soberbio Plata las olas encrespadas,
Parece que murmuran, también entusiasmadas:
—¡Al fin llegó a mis plantas la ansiada libertad!

El argentino, entonces, fijándose en los velos
Que flotan vaporosos en los benignos cielos,
Que bendecir parecen las armas que empuñó,
Arbola la bandera de célicos colores
En cuyo centro brilla, con ígneos resplandores,
Del gran día de mayo el esplendente Sol.

Y San Martín, el héroe de las hazañas grandes.
Trepando hasta la cumbre de los nevados Andes,
Del argentino clava el lábaro inmortal;
Y el Ande, cuyos picos se pierden en la esfera,
Soporta con orgullo la cándida bandera
Con que las brisas juegan del alma libertad.

Y San Martín exclama: —¡Arriba, Chile hermano!
¡Arriba pueblos todos del mundo americano!
¡Ya la hora suspirada de libertad sonó!
Y de cadenas rotas al imponente ruido,
El suelo Americano se siente estremecido
De un polo al otro polo, del Norte a Setentrión.

Juan Bautista Alberdi en presencia de San Martín.



“¡El general San Martín!”

“Me paré lleno de agradable sorpresa al ver la gran celebridad americana que tanto ansiaba conocer. Mis ojos, clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. Entró por fin con su sombrero en la mano. ¡Qué diferente lo hallé del tipo que yo me había formado! Yo lo esperaba más alto y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y de solemne, pero lo hallé vivo y fácil en sus ademanes y en su marcha. Su bonita cabeza conserva todos los cabellos, blancos casi totalmente; no usa patilla ni bigote. Su frente promete una inteligencia clara. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente cada vez que se abren sus ojos. La nariz es aguileña; la boca graciosa cuando sonríe; la barba es aguda.

“Estaba vestido con sencillez: corbata negra, atada con negligencia; chaleco de seda negro, levita del mismo color; pantalón mezcla celeste; zapatos grandes. Cuando se paró, para despedirse, acepté y cerré, con mis dos manos, la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú”.



Patricias argentinas.

ADOLFO G. CARRANZA.

No es solamente Isabel la Católica la que ofrece sus joyas para la empresa de descubrir tierras que aumentarían sus posesiones; no son únicas en la historia las mujeres francesas que durante la revolución entregan sus hijos a los ejércitos que debían defender las fronteras de su patria o salir fuera de ellas a pelear al extranjero; ni tampoco las espartanas que recomendaban a los ciudadanos que volviesen sobre sus escudos o perecieran en los campos de batalla; las mujeres argentinas dieron sus joyas y sus hijos para conquistar la emancipación política de un mundo, y sus nombres olvidados deben recordarse para que su acción, iluminada por la publicidad, sea honrada por sus descendientes e imitada en casos semejantes.

¡Cuán sensible es que la indiferencia haya dejado morir en la obscuridad y el silencio a esas damas excelsas que dignifican el nombre y el hogar argentinos!

La generosidad con que nuestras señoras se han dedicado a ayudar a la gran obra de nuestra libertad, siempre ocupará un lugar en la historia del siglo XIX. Ya que no pueden desempeñar las funciones duras y ásperas de la guerra, se contentan con presentarse a coser las camisas de los soldados, que han de defender la libertad de sus hijos, padres, esposos y hermanos.

Dorrego.

ANTONIO DELLEPIANE.

Sus altas dotes lo indicarían siempre para los puestos en que hace falta un héroe. Vienen Nazareno y Suipacha, en que cubre la retirada del ejército con su cuerpo acribillado de heridas; viene Salta, donde repite la hazaña al reclamo de Belgrano, que lo lanza al combate en el momento oportuno con estas palabras: “¡Avance usted, coronel Dorrego, y llévase al enemigo por delante!” Y el enemigo cedió al empuje incontrastable del que ya era señalado como “el león del Ejército del Norte”. Y se hacía adorar de sus inferiores, apreciar de sus jefes y admirar hasta de sus propios enemigos.

“Su valor — dice de él Pueyrredón —, lo ha distinguido de un modo singular”.

“Estoy meditando montar los cazadores — escríbele Belgrano a San Martín —, y ponerlos al mando del coronel Dorrego, único jefe con quien puedo contar”... San Martín solicita consejo de este joven de 26 años y por último — rasgo sublime muy en el carácter del héroe — el jefe realista, rendido en Tucumán, y a quien Dorrego cubre con su casaca para protegerlo más que del rigor de la intemperie, del furor de la soldadesca enardecida en el combate, exclama emocionado: “No sé qué admirar más en el coronel Dorrego, si su bravura en la pelea o su generosidad en el triunfo”.



El caudillo.

D. F. SARMIENTO.

Conservóse bárbaro toda su vida, sin que el roce de la vida pública hiciera mella en aquella naturaleza cerril.

Su lenguaje era rudo pero, en esa rudeza, ponía exageración y estudio, aspirando a dar a sus frases la fama ridícula que las hacía recordar. Habitó siempre una ranchería, aunque en los últimos años, construyó una pieza de material para alojar a las personas de apariencia que lo buscaban. Hacía lo mismo con sus modales y vestidos; sentado en posturas que el gaucho afecta, con el pie de una pierna, puesto sobre el muslo de la otra, vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa, y un pañuelo amarrado a la cabeza.

No sabía leer. Firmaba con una rúbrica, los papeles que le escribía un tinterillo cualquiera.

El bárbaro huye pronto del combate; y, seguro de su caballo, la persecución que lo alcanza, no ejerce sobre su ánimo duraderos terrores. Volverá a reunirse lejos del peligro; sin echar muchas cuentas sobre lo que más tarde pudiera sobrevenirle.

Su mala estrella no disminuyó su prestigio con los que le seguían, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban.

La mente se abisma, buscando la atracción que ejercía sobre sus secuaces, sometiéndose, por seguirlo, a privaciones espantosas, al atravesar desiertos sin agua, experimentando derrotas en que perecen siempre los que por mal montados, no pueden escapar a la persecución de sus contrarios.



Rivadavia.

En la ciudad de Buenos Aires, en la plaza Once de Setiembre, álzase el mausoleo al ilustre varón que fué, a la vez, “el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos”.

Tomó armas contra los invasores ingleses y estuvo junto a los héroes de Mayo. Reemplazó a Moreno como consejero de la Primera Junta y representó a la Revolución en Europa. Entonces, llegándose al rey de España, le propuso que se reconciliase con sus colonias y, llamando a la puerta de las grandes potencias, les demandó apoyo para afirmar la independencia de América.

En 1821, subió al gobierno como ministro y allí comienza su gran obra de paz y de progreso.

Era cuando la sociedad marchaba sin rumbo, sintiendo todavía la fuerza brutal de los caudillos, que habían llevado al país

a una terrible guerra civil. Él promulgó “la ley de olvido” que decía: “Los pueblos son independientes; que sean libres y felices. Para gozar del fruto de tan dolorosos sacrificios, es preciso olvidarlos, es preciso no acordarse más de las ingratitudes, ni de los errores, ni de las debilidades que los han afligido”.

Se preocupó especialmente de fundar escuelas para niños, tanto en la ciudad como en la campaña, considerando que, “cuando la ignorancia cubre a los habitantes de un país, las autoridades no pueden promover con éxito su bienestar, porque de nada importaría que nuestro fértil suelo encerrase tesoros inapreciables en los tres reinos de la naturaleza, si, privados de las ciencias, ignorásemos lo mismo que poseemos”.

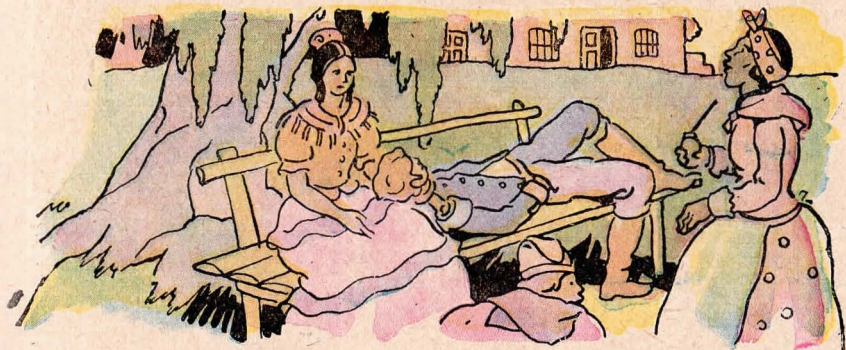
Creó la Sociedad de Beneficencia con el fin de que desde ella, las mujeres practicasen la caridad y estimulasen y premiasen a los virtuosos. Concibió un importante plan de vialidad; mandó trazar el plano del puerto de Buenos Aires y construir el primer camino macadamizado. Buscó el agua en el interior de la tierra, para hacerla subir hasta la superficie, mediante pozos artesianos. Proyectó plazas, llevó a cabo el ensanche de las calles, propuso la provisión de aguas corrientes al municipio, el mejoramiento de las cárceles, la administración de la vacuna, el ornato público, la enseñanza superior, el jardín botánico, las cajas de ahorro, el museo y la biblioteca, el laboreo de las minas, la sociedad de agricultura y la organización del correo y muchas leyes más,

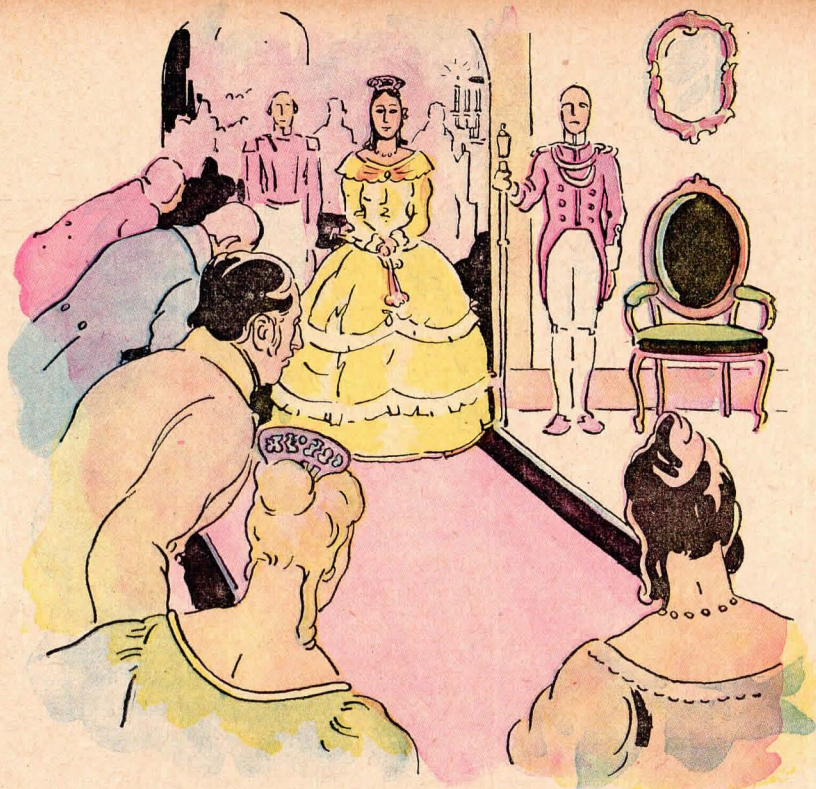
que sirven para consagrarlo como el verdadero inspirador de nuestra grandeza. “Él está en efígie en las escuelas, como el maestro que puso la cartilla en manos del niño”.

Una visita a Rosas en Palermo.

Relato del general La Madrid.

Lo encontré a la sombra de los ombúes de su quinta, recostado en las faldas de su hija, sobre un banco de madera en que ella estaba sentada, y con uno de los locos o bufones que siempre le acompañaban. Así que me vió bajar se enderezó, y, dándome su mano, me saludó con el mayor cariño; en seguida pidió mate y después de haberme convidado con algunos y tomado él también, me dijo: “Vamos a comer un asado a la sombra de los sauces”. Habiendo llegado a los sauces, que están sobre la costa del río, se extendió una gran alfombra, para que se sentaran las señoras, cerca de un apetitoso costillar de vaca, asado en un gran asador de hierro que se clavó entre el pasto. El señor Gobernador mandó desensillar su caballo y, recostado sobre su apero, empezamos el almuerzo. Después llegó el coronel Maza; se mandó traer un bote para dar un paseo por el río, y al momento fué presentado en hombros de dos indios pampas, un hermoso bote todo pintado de color punzó que fué echado al agua, subiendo el señor Gobernador, sus hijos, yo y los locos.





Baile en honor de Manuelita.

En una ocasión, el comercio de la ciudad, queriendo honrar a la hija del tirano Rosas, organizó un baile, cuyos detalles conocerás si sigues leyendo.

PROGRAMA.

del baile, dedicado a la señorita Manuela de Rosas y Ezcurra, por el comercio nacional de Buenos Aires.

RECIBIMIENTO.

Las comisiones reunidas estarán en la puerta de entrada a las 9 de la noche. A medida que las familias se vayan pre-

sentando, individuos de la comisión acompañarán a las señoras hasta la puerta del salón tocador, y esperarán allí a que salgan; entonces las conducirán al salón del baile.

La señorita doña Manuelita, y su comitiva, será acompañada en el mismo orden por el presidente y colocada en el salón en el lugar que está destinado para ella.

Al presentarse, se quemarán veintiuna bombas y la orquesta ejecutará la Marcha Nacional y el Himno Loor Eterno. Entonces, dará principio el baile. Los caballeros dejarán sus sombreros y capas en la pieza destinada para esto, tomando allí un billete numerado. Iguales billetes se darán a las señoras para reclamar después sus chales y demás.

B A I L E .

El salón estará dividido en cuatro secciones y dos bastoneros cuidarán el orden en cada una de ellas. Los bastoneros llevarán un lazo de cinta punzó en el brazo izquierdo.

Una gran tarjeta, colocada al frente del palco de la orquesta, anunciará lo que ha de bailarse.

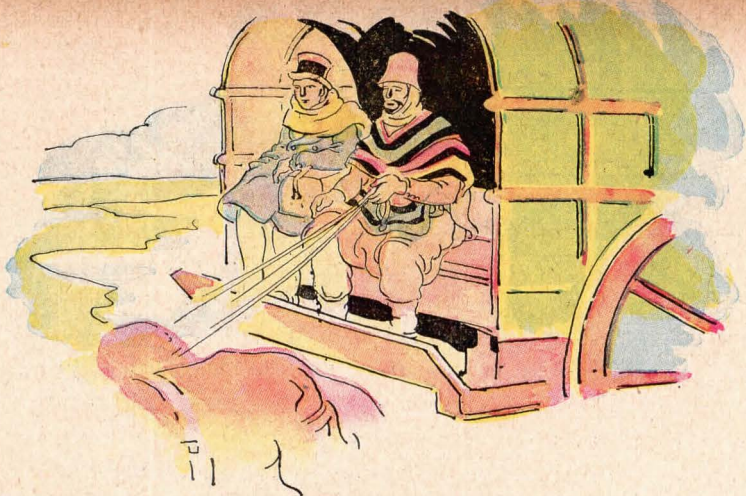
A M B I G Ü .

A la una en punto, entonará el coro el himno dedicado por el comercio a la señorita doña Manuelita y se abrirán las puertas del salón.

Durante todo el servicio deberá reinar el mayor orden, guardando en los brindis, el decoro y la moderación que exige la presencia de la hija de S. E. y del bello sexo argentino.

R E T I R A D A .

Cuando la señorita doña Manuelita se retire, ejecutará la orquesta los himnos Nacional y Loor Eterno; se quemarán veintiuna bombas y terminará el baile.



Alberdi.

Visitaba la biblioteca de un tío que tenía fama de ser sumamente aficionado a la lectura. Mientras iba mirando las distintas estanterías, él me observaba sin que lo viese, desde un ángulo del salón. Creyéndome solo, andaba de un lado para otro cuando, en presencia de una leyenda — Obras de autores argentinos — me detuve lleno de interés y de curiosidad. Entonces, mi tío, saliendo de su escondite, me dijo:

—Sobrino; quiero que veas esto — y levantando el cristal, que protegía cada uno de los estantes, me enseñó una colección de veinticuatro libros preciosamente encuadrados en tafilete azul—. Aquí tienes las obras completas y las obras póstumas del autor de *Las Bases*, del gran pensador argentino: mi predilecto Juan Bautista Alberdi.

—¿Por qué no me cuentas algo de su vida?

—Bien. Te diré parte de lo que él nos refiere de sí.

Por de pronto, tú sabes que nació en Tucumán, al año mismo de la revolución de mayo, y que su padre era un comerciante vasco; a pesar de lo cual se adhirió a la causa de la

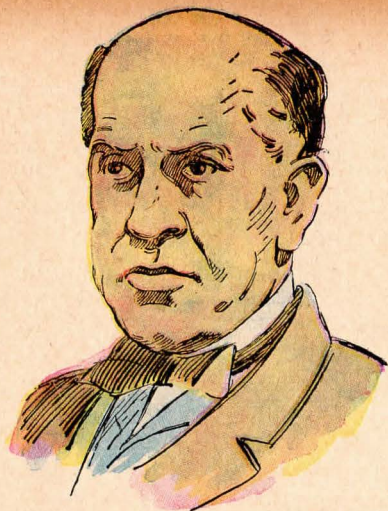
Patria. Cuenta que en su niñez, fué objeto de las caricias de Belgrano, y que muchas veces, jugaba con los cañoncitos que servían para el estudio de los oficiales.

Aprendió las primeras letras en la escuela pública, fundada por aquél, y fué uno de los seis escolares que las provincias enviaron a Buenos Aires para estudiar en el Colegio de Ciencias Morales, durante el gobierno de Las Heras. Confiado a un amigo de la familia, hizo el viaje en una tropa de carretas, recorriendo en dos meses las 360 leguas que separan Tucumán de Buenos Aires. De esto guardaba muy buen recuerdo. Los dos meses le parecieron dos días porque para él, fué como un paseo constante por campos de variado tránsito. Dormía en su carreta dormitorio; montaba a caballo, pasando todas las horas de la mañana en continuas correrías hasta que, llegado el atardecer, volvía a aquella su improvisada casa habitación, para reposar, mecido por el lento vaivén del carromato, tirado por bueyes lerdos, que no andaban más de seis leguas por día...

Llegado a Buenos Aires, la disciplina de la escuela lo entristeció tanto, que su hermano mayor lo retiró de ella, empleándolo en una casa de comercio. Entonces, comenzó su gran afición por la lectura, hasta el punto que los domingos buscaba los sitios solitarios para dedicarse a la de su libro predilecto: "Las ruinas de Palmira".

Después reanudó sus estudios. Siguió Derecho en Buenos Aires y se graduó en Córdoba. Combatió a Rosas y emigró a Montevideo. Se dedicó al periodismo y fueron famosas sus polémicas con Sarmiento, del cual fué gran amigo antes de Caseros...

—¡Ah! ya sé — agregué yo —. Caseros, la batalla en la que cayó la tiranía.



Sarmiento.

Hijo mío:

Me pides que te hable de Sarmiento, porque debes componer su biografía para un concurso que se realizará entre los alumnos de tu escuela. Puedes decir, que este sanjuanino genial nació un año después que la patria lanzó su grito primero de libertad.

Que su padre se llamaba Clemente, y Paula Albarracín su madre adorada. Que de ésta trazó un retrato lleno de ternura en sus “Recuerdos de Provincia”, junto a la descripción de su infancia, de su casa y de su pueblo. Que antes de Caseros, fué el más formidable opositor de Rosas y, después, diputado, senador, ministro, gobernador y presidente de la República.

Puedes decir que Sarmiento fué un luchador indomable, dotado de un talento que no podrá ser igualado y el más grande propulsor de nuestro progreso y de la cultura del pueblo.

Que sus obras completas, publicadas por Augusto Belin Sarmiento, su nieto, alcanzan nada menos que a 52 tomos y que maravilla pensar en la capacidad extraordinaria de su genio.

Que entre sus obras más importantes cuéntanse “Recuerdos de Provincia”, “Facundo” y “Educación Popular”.

Agrega que buscó refugio, para su cansada ancianidad, en la Asunción del Paraguay, donde murió el 11 de setiembre de 1888 a los 77 años de edad.

Y por si esto, sumado a tus conocimientos, no fuera bastante, te envío por encomienda postal, el “Sarmiento Anecdótico”, donde encontrarás datos y ocurrencias notables.

Deseo que tengas éxito y des a tu mamá el gusto de ocupar un sitio distinguido en la simpática contienda.

Tu padre.

Bartolomé Mitre.

A las 4 y 40 del día 19 de enero de 1906, moría en Buenos Aires, don Bartolomé Mitre.

Como todas las mañanas, llegó Horacio a las 8 para enterarse del estado del general, y al ver el dolor, reflejado en el semblante de la multitud, ya no dudó de que se había extinguido la vida de aquel argentino ilustre.

Mezclado entre las gentes, que acudían de todas partes, oyó elogiar sus virtudes cívicas, sus méritos, su talento y sus patrióticos sacrificios.

Recordaban sus contemporáneos, la casa de su nacimiento en la calle Santa Teresa 165 esquina San Miguel — hoy Sui-pacha casi esquina Lavalle — y nombraban a sus padres, don Ambrosio y doña Josefa Martínez, refiriéndose al año en que se fueron a Patagones, donde se instalaron por largo tiempo.

Un joven contó que su padre había emigrado con él a Montevideo, durante la tiranía de Rosas, y que el general Paz le confió un sitio de confianza en la defensa de aquella plaza.

Pasaron luego a Chile y a Bolivia. En esta última, le nombraron coronel y benemérito de la República por haber tomado parte a su favor, en una acción de guerra.

Cuando regresó a su país, encontró que Urquiza con las armas en la mano, había planeado el término de la tiranía.

Corrió a ponerse a sus órdenes, y en la batalla de Monte Caseros, supo distinguirse y demostrar su valor.

Más tarde, luchó contra Urquiza en la revolución del 11 de setiembre, recibiendo, entonces, una honrosa herida en la frente, con la que selló su amor por la libertad...

En esto, se aproximó un guerrero del Paraguay, evocándolo al frente del ejército argentino en su campaña para castigar a López, que había osado invadir nuestro territorio, y en donde ganó los laureles del paso del Paraná y del Estero Bellaco.

Por último, se hizo referencia a Mitre diputado, presidente, senador, ministro plenipotenciario, arqueólogo, literato, poeta, historiador y crítico, elogiándose su labor periodística desde las columnas del diario que él había fundado.

Horacio, lleno de aflicción, se dijo que aquel varón virtuoso viviría para siempre en la memoria de sus conciudadanos.

La casa donde se firmó el acuerdo.

—¿Así que tú dices, Dionisia, que la casa donde, el 31 de mayo de 1852, se firmó el acuerdo de San Nicolás, era de un juez llamado Pedro Alurralde?

—Efectivamente, Marietita; eso digo, porque así me lo contó mi padre que era nicoleño. Don Pedro la ofreció para que en ella se reunieran a deliberar los gobernadores que llegaban de casi todas las provincias.

También cuenta papá, que cuando la vió por última vez seis años ha, estaba a punto de desmoronarse; con grietas en las paredes, revoques caídos, moho por todas partes y sólo una modestísima placa de bronce para recordar que allí se echaron las bases de nuestra Constitución.

Pero, actualmente se ha cumplido la ley que la declaraba

de utilidad pública y autorizaba al P. E. para expropiarla y para adoptar todas las medidas necesarias a su conservación.

Oyendo a las dos niñas me aproximé diciéndoles:

—Yo estuve en la Cámara cuando se trató esa ley que lleva el número 10.778, y recuerdo que el diputado que informó sobre el proyecto, dijo:

“Los monumentos nacionales son los que hacen que perduren los grandes acontecimientos de nuestra historia. La casa en que se discutió la Constitución Nacional, el año 53, ha sido demolida, y sólo queda, como recuerdo de aquellas discusiones memorables, la casa donde se celebró el Acuerdo de San Nicolás”.

Gobiernos anteriores a la organización nacional.

Sentados alrededor de la mesa, los niños escuchaban las explicaciones del director del juego.

—Yo tengo ocho tarjetas en las que están consignadas las distintas formas de gobierno que hubo en nuestro país.

“Tiro una; todos los que tengan otra, en la cual figure un acto realizado por ese gobierno, la coloca encima. El que se equivoca paga prenda. ¿Entendieron? ¿Sí? Pues reparto las cartas y que comience el juego”.

Con la mayor atención, y en absoluto silencio, fueron los muchachos respondiendo a la invitación, cada vez que el director echaba una carta.

—¡Primera Junta!

Y caían sobre ella: Campaña al Alto Perú. Suipacha. Campaña al Paraguay. Paraguairí. Tacuarí. Huaqui.

—¡Segunda Junta!

Y allá iban: Campaña de la Banda Oriental. La Colonia. San José. Las Piedras. Y sucesivamente...

—¡Primer Triunvirato!

Asamblea Constituyente. San Lorenzo. Salta. Vilcapugio. Ayohuma.

—¡Primer directorio de Posadas!

Alzamiento de Artigas. Campañas navales de Brown. San Martín, gobernador de Cuyo.

—¡Directorio de Pueyrredón!

Congreso de Tucumán. Declaración de la Independencia. Paso de los Andes, Chacabuco y Maipú. Constitución unitaria.

—¡Anarquía del año 1820!

Gobierno de Rodríguez. Presidencia de Rivadavia. Constitución unitaria de 1824. Guerra con el Brasil. Ituzaingó. Separación del Alto Perú. Independencia de la República Oriental del Uruguay. Guerra civil.

—¡La tiranía!

Suma del poder público. Facultades extraordinarias. Luchas por la libertad en el campo de batalla. Defensa de las ideas en las revistas y en los periódicos.

—¡Confederación argentina!

Libre navegación de los ríos. Presidencia de Urquiza. Constitución del año 53. Cepeda, Pavón...

—Pero, ¿cómo es que nadie se ha equivocado?

—Inocente. ¿No ves que tus tarjetas están numeradas, correspondiéndose con el número de las otras?

Tiraste la tarjeta N° 1, en la que dice Primera Junta; tus amigos echaron las que llevaban la misma cifra. Y... así todas las demás.

—¿Quiere decir que ha habido trampa?

—No, señor. Perspicacia para descubrir el juego.

Como en los dibujos sonoros.



Poco antes de las veinticuatro, el viejo bibliotecario se quitó las gafas, que llevaba montadas sobre la nariz, aspiró un poco de rapé, estornudó tres veces, y, tomando su sombrero, se retiró, cerrando por fuera la puerta del local de la biblioteca, no sin antes apagar la luz.

Cuando sonaron las doce campanadas de la medianoche, iluminóse súbitamente la sala y todas las cosas se animaron.

Yo no tuve ojos más que para un libro. Abandonado sobre una butaca, fué adquiriendo grandes dimensiones y, abriéndose lentamente, dió salida a extraños personajes.

—Yo soy — dijo el primero — el Poder Ejecutivo. Delego mi autoridad en el presidente de la República, que ejerce su poder por intermedio de los ministros.

Para ello, le doy las siguientes atribuciones: Que reglamente la ejecución de las leyes; que nombre los magistrados; que pueda indultar o conmutar las penas; que conceda jubilaciones y retiros; que ejerza los derechos del Patronato; que nombre y renueve a los ministros; que haga anualmente la apertura de las cámaras y pueda prorrogar sus sesiones. Le confiero autoridad de comandante en jefe de todas las fuerzas de mar y de tierra, de jefe supremo de la Nación y de jefe inmediato de la Capital Federal.

—Yo soy — dijo el segundo — el Poder Legislativo. Por intermedio de dos cámaras — la de diputados, elegidos por el pueblo, y la de senadores, elegidos por las legislaturas de las provincias —, establezco leyes, impongo contribuciones, contraigo empréstitos, arreglo el pago de la deuda exterior, fijo cada año el presupuesto de gastos, acuerdo subsidios, reglamento la libre navegación de los ríos, hago sellar monedas, dicto los códigos.

—Yo soy — dijo el tercero — el Poder Judicial. Delego mi autoridad en la Corte Suprema de Justicia, en los jueces federales, en las cámaras de apelaciones, jueces de primera instancia y todo otro tribunal que las cámaras establezcan.

—Constituimos — dijeron a una voz — los tres poderes de la República.

Al oír esto, me fijé en el título del libro del que habían salido y vi que decía: “Constitución de la Nación Argentina”.

LECTURAS
CIENTÍFICO-
NATURALES

Un día dedicado a la higiene.

Todas nos presentamos con los delantales impecables. En cuanto sonó la campana, entramos en el salón, deseosas de responder a las cuestiones que el día anterior nos había planteado la directora. Apenas llegó ésta, nos recordó que la primera hora la dedicaríamos al aseo personal; la segunda, a la higiene de las funciones orgánicas; la tercera, a los ejercicios al aire libre y la cuarta, a la lectura de un bonito cuento.

En seguida, María Elena — a quien correspondía contestar al cuestionario número uno — dijo: Esta mañana, fuí de la cama al baño. Usé el agua y el jabón para el aseo de mi piel, porque sé que ésta es la única forma de mantener limpios los poros, por los cuales el organismo se libra de muchas sustancias nocivas.

Yo, dijo Lucía — en respuesta al cuestionario número dos — jamás dejo de lavarme cuidadosamente las manos, no sólo antes de cada comida, sino toda vez que toco objetos que sospecho estén contaminados. No las llevo a la boca por ningún motivo, y, si tengo necesidad de desinfectarlas, utilizo el alcohol. Además, mantengo mis uñas cortas y limpias.

Por mi parte, agregó Carmen — que debía contestar al cuestionario número tres — practico con frecuencia, el lavado de los dientes y me enjuago la boca con agua, a la cual agrego algunas gotas de un buen desinfectante.

Sé que en los dientes se alojan muchos microbios que determinan caries, las cuales constituyen verdaderos focos de infección. Por eso me los cepillo con la mayor prolijidad al levantarme, al acostarme y luego de cada comida.

Después de haber visto las carpetas de recortes, en las que mis compañeras habían pegado algunas ilustraciones sobre estos asuntos, salimos al recreo. Y de vuelta, Laura, Rosa y María hicieron el resumen, correspondiente a sus investigaciones.

La primera se expresó así:

—He averiguado, que para mantener sano el aparato respiratorio y normal la respiración, debemos permanecer el mayor tiempo posible al aire libre; dormir con las ventanas o montantes más o menos abiertos, según la temperatura exterior; ventilar nuestras habitaciones; evitar el polvo atmosférico; respirar por la nariz para que se humedezca, caliente y filtre el aire; recordar aquello de que “cierra la boca y salvarás la vida” y no olvidar que el antiséptico más antiguo, económico y eficaz, es el Sol.

La segunda dijo, refiriéndose a lo que aconseja la higiene con respecto al aparato y a la función circulatorios, que se debían evitar los ejercicios exagerados, la sobrefatiga, el alcoholismo y el tabaquismo, tratando en cambio de no fatigar en demasía el corazón, órgano principal de nuestro cuerpo.

Y la tercera, que la forma de asegurar el funcionamiento del aparato digestivo, era masticar con lentitud; evitar las comidas en exceso o muy condimentadas; emplear alimentos frescos y variados; preferir la cocina sencilla y procurar, mientras se come, un ambiente sereno y alegre, agregando que durante la edad escolar, coincidente con la del crecimiento, era necesario una ración alimenticia más abundante. Por eso, terminó, en casi todas las escuelas se ha instituido “la copa de leche”, “la miga de pan” y, en algunas, “el plato de sopa”.

En la hora siguiente, ensayamos las actitudes correctas, sentadas o de pie, gracias a las cuales se evitan las deformaciones del esqueleto; y, ya en el patio, realizamos los ejercicios gimnásticos, que desarrollan y fortalecen los huesos y los músculos.

Como nos mostramos algo fatigadas, tuvimos diez minutos de reposo al aire libre.

Por fin, y llegada la última hora, escuchamos la lectura del anunciado cuento que se titulaba: “Debemos conservar la salud por razones de bienestar, de economía y de patriotismo”. Con lo que dimos fin a este día, consagrado a la higiene.



Salud.

FERNÁNDEZ MORENO.

Vive Dios, que da gusto
verte comer, muchacha.
Yo embobado, en mirarte,
no pruebo casi nada.
Para mí es un deleite,
doctor en ciencias varias,
el ver cómo manejas
cuchillos y cucharas
ya fracciones de pájaro,
seguridad y gracia,
das cuenta de los platos,
dones de la montaña;
el cabritillo pingüe,
la breva lugoniana.

Como no ha de ser todo
suculencia y tajada,
bigotitos te pinta,
la cerveza dorada,
que, amable, Río Segundo
te excita y te engalana.
En mitad de la mesa
hay un montón de dalias,
que sonríen al verte
como yo y tus hermanas.
Mas como yo ninguno
pues sé, por la balanza,
que es un ramo de besos
cada onza que ganas.



Jugando en serio.

I

Rosalía, de pie frente a la mesa en la que está la balanza, dice a Julio, que es el que realiza las pesadas.

—Ahora, un kilo de harina.

—Servida, señorita.

—Me parece que no me ha dado exactamente un kilo.

—Sí, señorita. Fíjese usted; la cruz queda horizontal; el fiel está vertical.

—Sin embargo, me resulta chico el paquete. ¿Funciona bien la balanza?

—Casualmente ayer la controlaron empleados de la Municipalidad. Es precisa; ¿ve usted que abandonada a sí misma, la cruz queda horizontal? Y es sensible. Observe, señorita. Pongo este pequeñísimo peso en un platillo, e inmediatamente la balanza se inclina.

—¿Quiere, Rosalía, que yo controle el peso con esta romana? — dijo Horacio.

—Muchas gracias. Confío menos en la exactitud de una romana.

—Para satisfacer a Rosalía, tendríamos que tener la balanza de mayor precisión: la de Ru... Ru... ¿cómo dijo la maestra?

—Balanza de precisión de Ruprecht.

—No será fácil que yo la encuentre por aquí pero, en cualquier forma, comprobaré el peso de la harina.

II

—Ahora que se han ido nuestros clientes, ordenemos la mercadería recibida. ¿Cómo mover este cajón tan pesado?

Oswaldo, el más débil y pequeño, trajo una barra de hierro inflexible. —¡Con esto, compañeros!

Y, diciendo y haciendo, introdujo por debajo del cajón, una extremidad de la barra; apoyó un punto de ésta en un objeto, presionó sobre el otro extremo, y vió realizado su intento.

—Con esta palanca, yo soy el más fuerte de ustedes. Ya ven: situando el punto de apoyo cerca del cuerpo que queremos mover, lo he logrado. Y, aun podría levantar un peso mucho mayor, si acortase el brazo de resistencia.

—Se ve que para ti, han sido interesantes y útiles las lecciones sobre máquinas simples, por lo bien que has utilizado ésta.

—No lo hace mejor el piquituerto.

—¿Quién es el piquituerto?

—Un pájaro que se llama así, a causa de que sus mandíbulas se entrecruzan, gracias a lo cual, puede sacar las semillas de la piña con las que se alimenta.

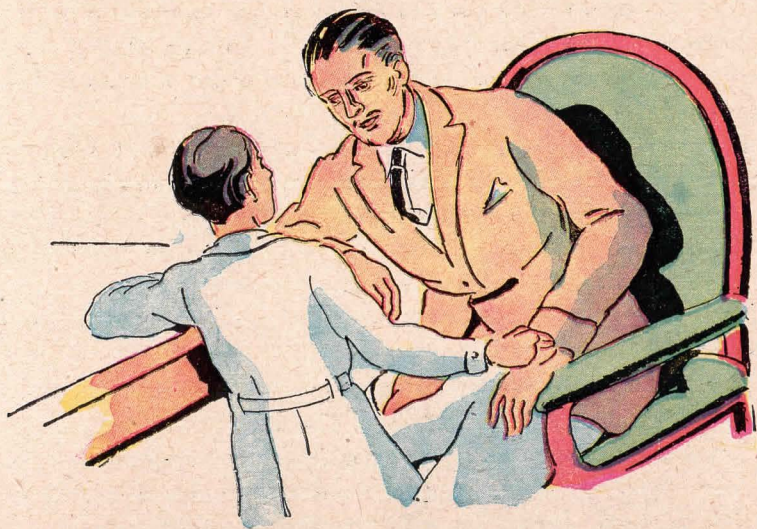
—Pues, ¿cómo lo consigue, si a nosotros mismos nos cuesta entreabrir con un cuchillo, las escamas duras y sólidamente unidas de ese fruto?

—Introduce la punta de una mandíbula por debajo de una escama, y, apoyándose en la otra, gira, haciendo palanca; la escama se levanta y los piñones quedan a la vista.

—El carpintero también saca ventaja de su pico en forma de cuña.

—Sí; con él hace saltar en pedazos, las cortezas, y sondea la madera agusanada.

Los niños habían terminado de acomodar las mercaderías; lo que equivalía a decir, que el juego quedaba en suspenso hasta el día siguiente.



El triunfo de Luis.

Un sábado, a mediodía, encontré a Luis esperándome en la acera, frente a casa. Observé que estaba muy contento y me dije: Seguramente a este hijo le ha ocurrido en el colegio, algún suceso grato.

En efecto. Me contó que había triunfado en la elección de notas interesantes, referidas al agua, y que en consecuencia, el profesor lo había felicitado.

Acepté que me diera a conocer su trabajo, antes de almorzar, ya que faltaban aún 45 minutos para que sirviesen, y, una vez que estuvimos sentados, se expresó de esta manera:

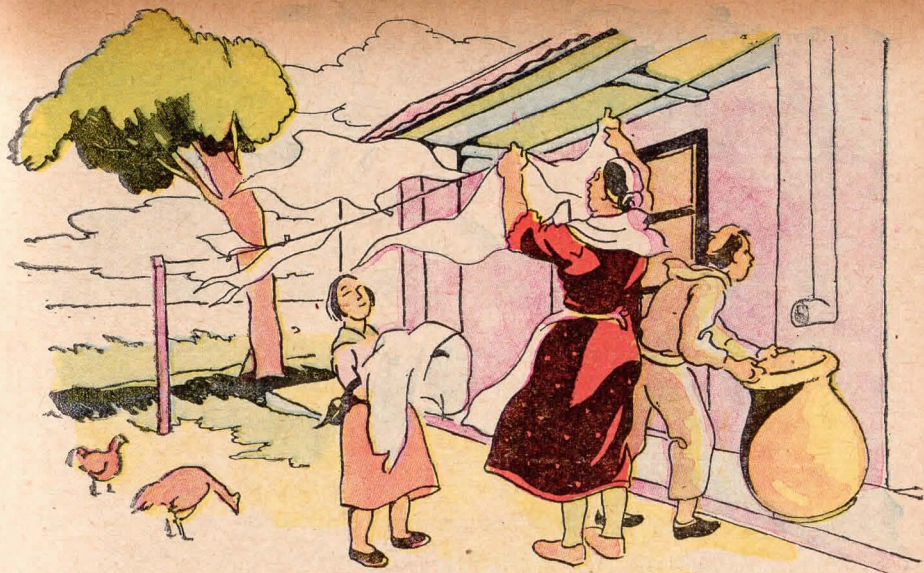
—Podríamos decir que el agua es casi la única substancia que se encuentra en la naturaleza, bajo los tres estados: sólido,

líquido y gaseoso. Es curioso observar que cuando se enfría, disminuye de volumen hasta llegar a los cuatro grados centígrados pero, por debajo de esa temperatura, comienza a dilatarse cada vez más.

Por eso, el hielo flota sobre la superficie de las aguas. Pensemos, en que si continuara contrayéndose, aumentaría su peso; se iría al fondo de los mares, de los ríos o de los lagos — adonde no alcanza el calor del sol, causa de los deshielos — y ríos, mares y lagos se convertirían en enormes masas sólidas de las que habría desaparecido por completo, la fauna marina.

Como el agua contiene en disolución, varias sales, y, entre ellas carbonato de cal, cuando se filtra en gotas, a través de la bóveda de una caverna o de una gruta, va dejando al evaporarse, su carga calcárea que, aumentando con el transcurso de los tiempos, forma las estalactitas que cuelgan del techo, a manera de racimos petrificados.

El agua de mar contiene principalmente una elevada proporción de cloruro de sodio, por cuyo motivo es más densa, se calienta con menos dificultad y se enfría más difícilmente. Por eso, cuando en las playas de los balnearios, el frío es intenso, los veraneantes saben que en el mar podrán darse un delicioso baño tibio, y que al salir, habrán de cubrirse de inmediato con sus capas, si no desean experimentar con mayor rigor, los efectos de la baja temperatura ambiente.



La bendición del agua.

LUIS FRANCO.

Olor
Olor de lluvia, genuino
Olor que uno parece que presiente
El del vino
Añejo y el del pan caliente.

Agua, agua, agua...

Y cae el agua en el techo
Y cae el agua en la fronda
Y en el suelo que se pica como un panal...
Ah, ¿quién diría la dulce, la honda
Y la vital
Emoción que labra en el pecho?

—¡Pronto, Miguel, Narciso.
Metan bajo el galpón ese cañizo!

¡Ave María, cómo truena!
Las ropas, ¿alzaron las ropas, hijas?
En el patio ya un chorro suena.

¡Preparen las tinajas y las botijas!

Y los nubarrones deshechos
De todos los caminos hicieron raudales.
Color ocre, rebasa a trechos
El agua de los corrales.
Hinchando como locos su pechuga
(Chañar florido) cantan los benteveos,
Tienen las viñas frescor de lechuga
Y dan toda su esencia los poleos.

El canal de álamo que desemboca
Con rebosante prisa,
Alegra como una boca
Llena de risa.

¡Bienhaya esta “agua del cielo”
Que abrevó la tierra y abrevó nuestro anhelo!
¡Bienhaya el rojo de los tejados
Y el azul de los cerros lavados!

Todo trasluce la virtud
Del claro líquido bajo el firmamento.
El árbol dice: salud;
La montaña: renacimiento;
Ligereza, alborozo, diversidad — el viento,
Y el cóncavo valle: plenitud.

Con su canción un pájaro convida
A gozar la prístina ingenuidad de la vida.

Una oportunidad bien aprovechada.

I

El domingo, mi padre me llevó a un cinematógrafo, donde se pasaban unas películas documentales, por las que tenía especial interés.

Leyendo el programa, encontré la siguiente nota: “En esta sala, la atmósfera se purifica constantemente por medio del ozono”.

Al otro día, apenas llegué a la escuela, conté a mis compañeros el argumento de las películas y pregunté a mi maestro qué era el ozono.

—Precisamente hoy hablaremos del aire y, en consecuencia, del ozono, que es uno de sus componentes, aunque en una proporción muy inferior a la del oxígeno y a la del nitrógeno. También el aire contiene anhídrido carbónico y vapor de agua, además del polvo atmosférico, de los microbios y del humo, que son sus componentes accidentales.

Nosotros no vemos el aire que llena esta botella o que se encuentra en el salón, porque, en poca cantidad, es incoloro y transparente. Pero, salgamos al patio y observemos el color azul de lo que llamamos cielo. Algunos dicen que esa coloración se debe a que los rayos del sol se refractan al encontrar en su camino, infinidad de corpúsculos sólidos suspendidos en la atmósfera.



II

En los dominios del aire.

En 1931, un profesor belga llamado Augusto Piccard ascendió en un globo construido con ese fin, hasta una altura de 15.781 metros. Y en 1932, superó su hazaña, llegando a elevarse unos mil metros más.

Para hacer posible esta segunda ascensión, la barquilla del globo era de metal, cerrada herméticamente, con el fin de conservar la presión y la temperatura atmosféricas necesarias a la vida del hombre.

Con esto quiero explicar, que en la atmósfera hay un límite más allá del cual las funciones vitales se detienen. Los primeros que intentaron explorarla en globo libre, fueron los hermanos Montgolfier, en 1783.

Ya ven; la simple pregunta de un alumno me ha servido de oportunidad para darles algunas nociones útiles.

Canciones infantiles.

RAFAEL A. ARRIETA.

Trisca el cabritillo
por el prado en flor
(oigo tu cuchillo
sacrificador).

Corre, trepa, escapa
que llega y te atrapa.

Sueña la paloma
sobre rama en flor
(tu escopeta asoma,
pillo cazador).

Parte, vuela, escapa
que llega y te atrapa.

Mariposa, juegas
cercando la flor.
(Tu malla despliegas
coleccionador).

Vuela, sube, escapa
que llega y te atrapa.



Pelea de perros.

Un gruñido poco tranquilizador, en seguida otro, y casi simultáneamente roncós ladridos, denunciaron la lucha entre dos perros.

Salimos, y en efecto, Negro y Capitán peleaban encarnizándose el uno contra el otro.

Cuando luego de grandes esfuerzos, logramos separarlos, Negro tenía un ojo ensangrentado, mientras Capitán sacudía la cabeza, mostrando un hilo de sangre en una de sus orejas.

—¡Bravos los perros! — dije yo.

—No desmienten la ascendencia.

—¿Así eran los padres?

—Sin duda. Pero no me refería a ellos sino a los lobos.

—¿A los lobos?

—Sí. ¿O es que no sabes que los perros descienden del lobo y del chacal?

—No; no lo sé.

—Mira las orejas tiesas de Negro y de Capitán, la forma del hocico, el color del pelaje, y notarás su parecido con el lobo. Como él, tienen dientes fuertes, buena vista y son digigrados; condición que favorece la velocidad de su carrera.

Esta semejanza se acentúa en el perro de los esquimales, que tiene además, la misma disposición de las masas de pelo que crecen a lo largo de la espina dorsal, y que, hambriento, es capaz de devorar a su propio amo, comportándose como la bestia salvaje que se comió a la abuela de Caperucita.

—Pero, y éste tan pequeño e inofensivo, ¿también desciende del lobo?

—Éste y los de las ciento ochenta y cinco castas distintas de perros domésticos que existen en la actualidad y que el

hombre utiliza para que lo ayuden en sus trabajos, para guardianes de sus bienes o entretenimiento de sus ocios.

Como acababan de comer, se reunieron cerca de nosotros, los catorce perros de la estancia.

Deteniéndome a mirarlos pregunté:

—¿Cuál es el mejor, el más valiente, el más útil?

—Cada uno a su tiempo. Guapo y Alerta son dos inapreciables defensores de nuestra casa. Pampa, Negro y Capitán nos ayudan a recoger las ovejas. Top y Farú exterminan los ratones y otros animales que viven en cuevas bajo tierra. Aguatero, inmejorable perro de aguas, me trajo una vez el reloj que se me había caído en el estanque. Y todos en caso de peligro, se dejarían matar por defendernos.

—Verdaderamente, el perro es un amigo y un auxiliar de primer orden.

—Más aún: el perro es imprescindible en las expediciones que se organizan para explorar los polos y en las que comparte con el hombre, penurias y sacrificios.

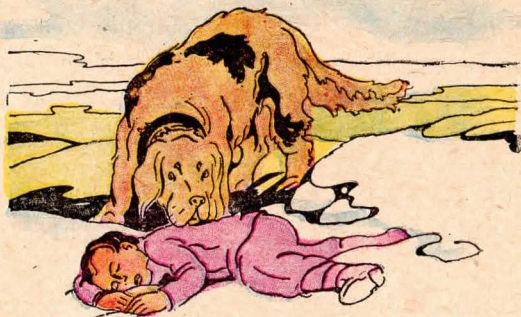
Hay ciertas regiones, en las que sin la ayuda del mastín, el pastor no podría conducir el rebaño ni defenderlo de los ataques de animales feroces. En algunos países, como en Bélgica, las lecheras utilizan al perro como animal de tiro, para arrastrar sus carritos.

—¡Eso sí que tiene gracia! Pero, ¿y los perros de San Bernardo y de Terranova? Los he oído mentar tanto...

—De ellos te hablaré mientras recorramos el campo.

Habíamos acabado de ensillar. Montamos y salimos al galope.





Lo que los hombres podrían imitar.

—¿De modo que deseabas que te hablara de los perros de San Bernardo y de Terranova? ¿No sabes nada de ellos?

—Algo sé. Por ejemplo, que el primero se sumerge en el agua sin temor y nada con facilidad, y que el segundo vive y trabaja en las montañas donde es perpetua la nieve.

Pero, yo quisiera que me dijese otras cosas, porque me gusta saber mucho más acerca de la vida de estos animales.

—Pues te diré. El Terranova es un excelente nadador. En el agua, sobre todo si está con su dueño, salta, retoza y juega como si estuviese en tierra.

Lo mismo nada a favor que en contra de la corriente, y tiene tanta resistencia, que no es extraño encontrarlo a muchas millas de la costa, lo cual permite suponer que ha nadado durante varias horas. Busca los objetos que se tiran al agua con ese fin, y vuelve con ellos para restituirlos a sus dueños. Apenas ve un hombre en peligro de ahogarse, se dispone a salvarlo.

Es noble, generoso y abnegado, no sólo con sus amos sino con sus semejantes.

Había una vez, un Terranova y un Mastín, que se aborreían a tal punto, que no pasaba día sin que se trabaran en lucha. En una ocasión, en que peleaban enfurecidos en un muelle, cayeron ambos al agua. El Terranova salió del trance sin dificultad; llegó a la costa, se sacudió y empezó a andar. Pero al ver los esfuerzos que por salvarse hacía su reciente enemigo, se arrojó otra vez al mar; tomó al Mastín por el cuello y, manteniéndole la cabeza fuera del agua, lo llevó hasta la orilla.

—¡Bravo! —dije entusiasmado—. Nadie debiera olvidar tan hermosa acción.

—En cuanto a los perros de San Bernardo, adiestrados en el famoso convento alpino de igual nombre, son fieles, valientes y tan sagaces, que prevén cualquier temporal o nevada. De todos, el más valeroso fué Barry.

—¿Barry? ¿Por qué?

—Cierta día, halló a un niño casi helado entre la nieve. Comenzó a lamerlo y a calentarlo hasta que lo reanimó. Entonces, con movimientos y ladridos, le hizo comprender que debía montarlo y tomarse de su cuello. Cuando lo consiguió, echóse a andar, y, con su delicada carga, entró triunfante en el convento.

Barry fué muerto por quien, desconociendo su excelente índole, le tuvo miedo.

En su sepulcro se lee esta inscripción:

“Barry el heroico. Salvó la vida a cuarenta personas y fué muerto por la que hubiese llevado el número cuarenta y uno”.

—Realmente, los animales nos ofrecen ejemplos magníficos.

—Sí; ejemplos que los hombres podrían imitar.

Nacido para compañero del hombre.

¿Has observado el lomo de un caballo de silla? Si lo comparas con el de los demás animales, te darás cuenta de que el hombre, no sólo aspiró a domesticarlo, atraído por la rapidez con que recorre las distancias, sino, también, porque su cuerpo se presta más que el de ninguno, para montar.

En su origen, el tamaño del caballo no excedía en mucho al de un perro ovejero. Tenía el pelo agrisado y cinco dedos en cada pata; pero estos dedos, que le servían para afirmarse en el terreno primitivo, se fueron atrofiando hasta quedarle sólo uno, el del medio, protegido por el casco.

¿Te gustaría saber quiénes fueron los primeros en domesticarlo?

Se cree que los turcos y los primitivos pobladores de Inglaterra. Hace de esto muchísimos siglos.

Parece que la naturaleza misma hubiera dado al hombre un medio más para someter a su servicio a este animal, ya que entre los incisivos y los molares, hay un espacio libre donde se coloca el freno, a pesar del cual, y por esa particularidad de su dentadura, el caballo puede mantener la boca cerrada.

Es un animal inteligente y de gran memoria.

Cuando realiza con frecuencia un mismo camino, pronto lo reconoce perfectamente. Por eso, vemos al de los lecheros o panaderos detenerse en la casa de los clientes por sí solos, y volver sobre lo andado, para ir hasta la de otros, aun sin indicación de su dueño.

Además, ¿no has visto cuántas cosas llegan a aprender en el caso de que se los haya amaestrado?

Hay muchas razas de caballos, pero los más bellos y ligeros son los árabes.

Nuestro caballo criollo es sobrio, robusto, fiel y tiene un instinto admirable.

Un gaucho jamás se atrevería a pasar un arroyo, un río, un pantano o las vías del tren, si su caballo no quisiera seguir adelante, porque sabe, que en esta forma, lo previene contra la proximidad de un grave riesgo.

De la resistencia del caballo criollo, dieron prueba Gato y Mancha, con los que su dueño recorrió la enorme distancia que separa Buenos Aires de Nueva York.

El cola blanca.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

En mi caballo alazán
voy devorando el camino
y en el cielo matutino
los teros vienen y van.

Mi caballo es cola blanca
lo ensillo todos los días,
y en las alboradas frías
le brilla de escarcha el anca.

Con él aparto la hacienda
reviso los alambrados,

y a tranquilos descansados
voy cantando por la senda.

Y siempre de mañanita
cuando voy por el potrero,
mi caballo es el primero
que a sujetarlo me invita.

Mi caballo Cola Blanca
es bueno y galopador;
con él, el mundo es mejor.
Colita, Colita Blanca!

Adaptación de los animales a su género de vida.

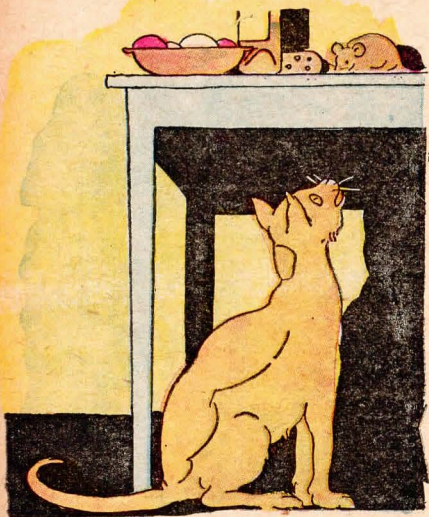
Un examen cuidadoso de los animales pone en evidencia, que la estructura de muchos de ellos tiene relación con su género de vida y con los diversos servicios a que, tratándose de animales domesticados, los ha destinado el hombre.

El cuerpo flexible del gato, sus uñas agudas, que guarda en cuanto usa, para conservarlas afiladas; sus dientes fuertes y sus dedos, que por lo abultados y carnosos, le permiten andar sin ruido, responden a su condición de cazador.

El perro guardián que ha de oír aún durante el sueño, el más leve rumor, tiene en general, orejas tiesas, gracias a las cuales recoge cualquier ruido, mientras que el de caza, que necesita más del olfato, se caracteriza por sus grandes cavidades nasales, cuya constante humedad favorece la percepción de los más débiles olores.

Los perros que el hombre destina para cuidar el ganado, son de patas largas y cuerpo fino, aptos para correr velozmente. En cambio, aquellos que como el de *busca*, exterminan ratones y otros animales, que viven en cuevas bajo tierra, son de patas cortas y robustas, así como es flexible su cuerpo, para poder entrar sin dificultad en las madrigueras.

Los petisos o ponies de Noruega tienen cabezas grandes y

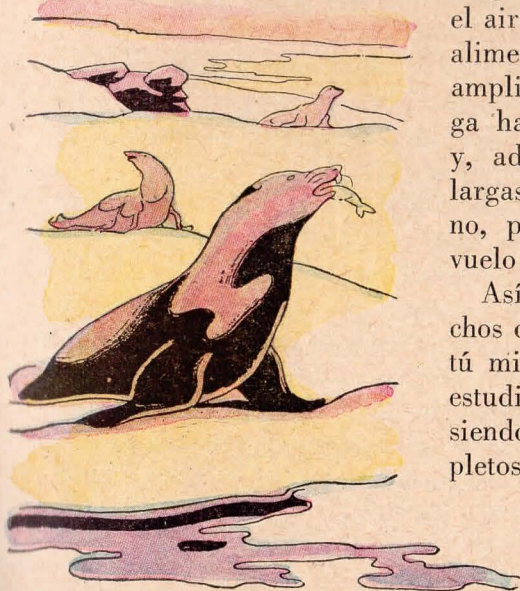
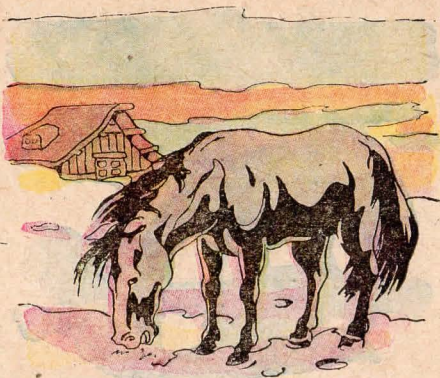


mandíbulas resistentes, como consecuencia de la vida poco regalada que llevan en invierno, en el que son tan malos los pastos. En cambio, en los de Islandia, del mismo origen, pero que comen abundantemente y viven sin penurias, el cuello es largo y la cabeza hermosa y pequeña.

La foca, que pasa muchos días sin salir del agua, tiene debajo de la piel, una gruesa capa de grasa que conserva el calor de su cuerpo.

La estructura y la disposición de las patas y plumas del pato convienen a la natación; las golondrinas, que cazan en el aire los insectos con que se alimentan, poseen un pico ampliamente abierto que llega hasta debajo de los ojos y, además, alas fuertes y largas, y cuerpo fino y liviano, para poder realizar su vuelo veloz y sostenido.

Así podríamos citar muchos otros casos, que hallarás tú mismo, a medida que tus estudios de zoología vayan siendo más formales y completos.



Algunos pájaros de nuestro suelo.

Nos habíamos detenido bajo un pino frondoso y corpulento, cuando vimos aparecer un hermoso picaflor. Lo seguimos con los ojos. El pajarito se posó en un árbol, que estaba a nuestro frente, y su plumaje rojo, verde y azul brillaba al sol como una joya de rubíes, esmeraldas y zafiros.

Julio, impresionado por el tamaño y la belleza del pájaro, dijo con entusiasmo:

—¡Qué preciosos! ¡Qué piquito tan largo y tan finito!

Como el picaflor se acercara y se alejara alternativamente del árbol, bajo el que estábamos, sospechamos que allí tendría el nido y, en efecto, lo descubrimos bien disimulado entre el follaje.

—Puedes acercarte, precioso pajarillo. Yo no te haré daño, ni tocaré tu lindo nido.

—Ni yo — añadió Julio —, que en cambio, te defendería de cualquier camarada travieso.

—Gracias a Dios, hijos míos — dijo nuestro padre —. Confiaba en los buenos sentimientos de ustedes; pero ahora, después de oírlos, tengo la seguridad de que no serían capaces de maltratar a ningún pájaro.

—¡Cómo podríamos tener tan mal corazón!

De pronto Julio, que miraba la copa del árbol, gritó alborozado:

—¡Otro nido! Allí; en la punta de esa rama.

—Ése es un nido de jilguero; lo hace con plumas, lanas e hilos. A veces, el pajarillo, previendo los peligros a que expone su vivienda, al construirla en el extremo de una rama, dobla hacia adentro el borde de la abertura, con lo que evita que caigan los huevos o los pichones.

—Son ingeniosos los pájaros, y, por lo que oigo, les preocupa la seguridad de su casa.

—Desde luego. La mayor parte, por no decir todos, son padres amantes

Como tales, tratan de evitar peligros a sus hijos, ofreciéndoles nidos calientes y seguros.

—El del hornero sí que es lindo. En la escuela, tenemos uno, cocido, con el color y la consistencia de un ladrillo. ¿Cómo lo harán?

—El hornero es un alfarero consumado. Hace sus casitas sin más herramientas que su pico y sus patas, y emplea barro, crines, cerdas o fibras vegetales.

—Parece increíble que sea capaz de esa maravilla un pájaro pequeño.

—Las grandes obras no dependen del tamaño de quien las realiza. Además, ese pajarito pardo, rápido y gracioso tiene excelentes cualidades de laboriosidad, tanto que si el viento o el agua voltean su nido, lo rehace una y otra vez con una constancia digna de respeto.

—Por allí anda uno. Es muy común en nuestro país, y en todas partes se lo conoce y se lo quiere.

—El carpintero es también original para hacer su nido, ¿verdad?

—Sí; con su pico fuerte, movido por un cuello corto y robusto, taladra el tronco y hace en él un agujero profundo y redondo.

—En aquel sitio del parque, había ayer un carpintero. ¿No oyeron su tío, tío, tío, rápido y penetrante?

—¡Qué pájaros curiosos hay en la República Argentina!

—Fuera de los nombrados, existe gran variedad: la calandria, de hermoso canto; el pecho colorado, que anida a flor

de tierra entre los trigales; la golondrina, que viene del África al comenzar diciembre, y vuelve allá en los primeros días de mayo; el benteveo, en cuyo canto creemos oír un agravante “bicho feo”; el reyezuelo que vive en los juncales, y muchos más, como el churrinche, la urraca azul, el cardenal, el cabecita negra, el chingolo, la ratona, el mirlo, el tordo, la cachila. . .

—¡Basta! ¡Basta!, papá, que no podremos recordar tantos nombres.



Por los nidos

(Fragmento)

CARLOS ROXLO.

A veces de la selva en los parajes
más floridos, más hondos, más secretos
y a los pies de las lianas montaraces
he encontrado pequeños esqueletos.

Son las aves sin plumas todavía,
los huérfanos del monte, que del nido,
por asomarse a ver si no volvía
la madre asesinada, se han caído.

Nunca hagáis daño sin razón que pueda
disculpar vuestra falta ante los ojos
del que adornó, el festón de la arboleda,
con nidos pardos y capullos rojos.

De cómo todos los animales tienen cabida en el mundo.

El padre de Carlos, que trabajaba esos días en imprimir volantes, destinados a los agricultores, dió a su hijo uno para que lo leyera en la escuela.

Decía así:
Agricultor argentino:

Si quiere que sus cosechas sean de rendimiento abundante; si quiere mantener vivas las defensas naturales contra los enemigos de su trabajo; si quiere librarse de los animales dañinos que malogran sus esfuerzos y amenazan, no sólo su bienestar, sino también su salud y su vida, lea esta hoja con atención.

En la naturaleza, las cosas están dispuestas de tal modo, que todos los seres pueden vivir y conservarse, sin que el desarrollo de los unos perjudique la existencia de los otros.

Si usted persigue y mata a



los sapos, las ranas o los zorros, aumentarán considerablemente las babosas y las hormigas, que perjudicarán los sembrados, y los pumas, que matarán sus corderos y cabritos. ¿Por qué? Porque los sapos, las ranas, y otras especies de batracios, se alimentan especialmente de hormigas y babosas, y porque el zorro, que come los cachorros del puma, limita la existencia de este enemigo de los ganados. Si, llevándose de la poca simpatía que despierta el aspecto del ave o de creencias erróneas, mata usted las lechuzas, los buhos o los lechuzones, aumentarán en su perjuicio, las ratas y las lauchas, porque aquéllos se alimentan de éstos. Si destruye los pájaros, se multiplicarán en tal forma los insectos, que sus cultivos se verán seriamente amenazados, y si siguiera haciendo guerra a los animales que hemos citado aquí como buenos, provocaría usted un desequilibrio en la naturaleza, con el consiguiente aumento de los perjudiciales y dañinos.

Usted, como todo el que dedica a nuestro suelo sus energías, debe también proteger al benteveo, que evita la propagación del bicho canasto; al gorrión, que para criar sus pichones, destruye en una semana, unos 3.000, entre insectos, orugas y gusanos; a la gaviota, que mereció en una ciudad de Estados Unidos, un monumento, por la destrucción de la langosta, y a todos los animales en general, pues ellos para mantener el equilibrio biológico, realizan una tarea que nunca podría ser superada por nuestros esfuerzos.

Millares de caballeros al sol.

La parte sur de nuestro territorio no es admirable sólo por sus lagos magníficos, la arrogancia de sus montañas, el imponente aspecto del mar embravecido y la belleza excelsa de sus canales.

Las costas de Santa Cruz y de Tierra del Fuego, así como sus proximidades heladas, ofrecen al viajero otros curiosos e interesantes espectáculos. Tal, el de millares de pingüinos que abandonando las aguas, salen a tomar el sol.

Su posición vertical; el blanco color de sus abultadas panzas, la carencia de cuello, el negro ropaje de su dorso y alas y la brevedad de éstas, que más bien parecen brazos cortos, dan a los pingüinos — dice un ilustre explorador de la región antártica — la apariencia de minúsculos caballeros muy sesudos y graves, vestidos de frac, con la pechera descotada y a quienes sólo falta un sombrero de copa para asistir a una función de gala.

Como en tierra son lentos y torpes, caen en cuanto tropiezan con algo. Se vuelven, entonces, a mirar el obstáculo que los echó por el suelo, y luego reanudan su marcha muy serios, muy dignos. A causa de esa torpeza, y de su confianza, los primeros españoles los llamaron pájaros bobos.

Anidan en el suelo, pero buscan su alimento en el mar y, como nadan con gran facilidad, se les ha llamado “peces entre las aves”.

En tierra, se los ve reunidos en grupos numerosísimos y es de suponer que entre ellos existe armonía y amistad.



Seamos justos con las rapaces nocturnas.

Rafael llegó jadeante.

—¡Una lechuza! ¡Una lechuza! Vengan. Allí está; cerca de la tranquera.

Inmediatamente reanudó la carrera y, seguido por sus tres hermanos, volvió junto al animal.

Posada en un poste del alambrado, un tanto encogida, se balanceaba torpemente. En el suelo se veían varias plumas. ¿Estaría herida?

Sin acercarse demasiado, Rafael tomó una piedra y se la arrojó con fuerza. Por desgracia el niño hizo blanco y la pobre lechuza cayó tinta en sangre. Entonces, los chicos la rodearon.

—¡Ya verás fantasmón!... —y le tiraron otras piedras.

—¡Cuidado!
¡Cuidado!

Todos retrocedieron. El ave, en

un último esfuerzo por levantarse, batió las alas y se arrastró un trecho.

—Ave de mal agüero —dijo Jorge. Y más temeroso que los demás, pero no menos cruel, tomó una rama y empezó a pegarle.

—Miren qué cara. Parece una bruja.

—Y a lo mejor lo es. ¿Acaso la lechuza no anuncia cuando va a morir alguien?

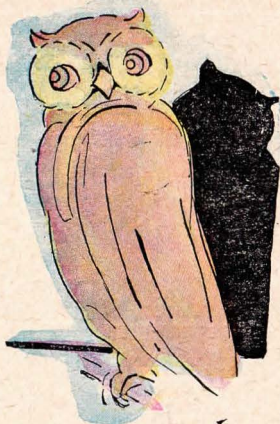
—Dame esa piedra que la voy a matar.

—No; no hagas eso; me da lástima.

—¿Lástima? Si es dañina; si es mala, si como dijo Jorge, es ave de mal agüero.

Nuevamente fué certera la pedrada.

El ave se estremeció. Abrió el pico, una y otra vez, para quedar luego completamente inmóvil. Estaba



muerta. Cuando se cansaron de mirarla, haciéndola rodar con el pie, la dejaron y emprendieron el regreso, conversando, jugando a quien tiraba más lejos una piedra, golpeando los cercos con las ramas o levantando con ellas el polvo del camino.

En el momento de llegar a las casas, desmontaba el capataz.

—¿Vió la lechuza, que matamos allá cerca de la tranquera?

—Al pasar, la vi. Pobre lechuza.

—¿Pobre? ¿Por qué?

—No merecía que la mataran.

—¿Por qué no? ¿Acaso es útil? ¿Le debemos algo?

—Yo sí; el miedo que en la noche, me da el oír-la — dijo Jorge.

—Sin embargo, le debemos mucho. Aquí mismo nos ayuda, matando ratones, de los que suelen ir al galpón donde guardamos los granos, porque la lechuza es “ave por su estructura y gato por sus costumbres”.

—Yo ignoraba que prestará algún servicio.

—No es usted el único. Generalmente, no sólo se la cree inútil, sino también ave funesta capaz de predecir al hombre, sus desgracias. Y aunque esto mismo se piensa de otras aves nocturnas de rapiña, como el buho y el mochuelo, nada más lejos de la verdad. Usted, Jorge, tiene miedo cuando la oye; sin embargo, la lechuza no hace sino expresar su alegría por haber encontrado qué comer. Con su fino oído, advierte la presencia de cualquier ratón que se mueve o que roe, por despa-cio que lo haga. Como gracias a sus alas blandas y a las plumas suaves que la cubren, puede volar sin producir rumor alguno, cae sobre sus víctimas, y de un picotazo en la cabeza, las mata. El engullirlas después enteras es cosa fácil.

—¿Un buho o una lechuza puede tragarse entero a un ratón?

—Entero; con pelo y todo.

Estas rapaces nocturnas salen sólo cuando ha oscurecido porque la luz del día las ciega y las atonta. Por eso, quizá, fué herida y pudieron matar ustedes a esa lechuza. De lo contrario...

—Ahora que sé que no es un animal dañino, y que no sale de día porque no puede hacerlo, siento haberla muerto.

—El matar es penoso siempre y más tratándose de un animal que, como la lechuza, protege los campos y los graneros...

Uno detrás de otro, los niños en silencio, fueron entrando a la casa. Seguramente en sus corazones, lloraba el remordimiento.

Mi terror a las víboras.

Como todos los días, emprendimos el regreso, luego de terminadas las faenas del obraje. El indio Ciriaco se empeñó en seguirnos a pie.

—¿Sabe, patrón — dijo, dirigiéndose a mi padre —, que este año aumentarán sus ganancias?

—Yo he vis... Se detuvo súbitamente, lanzando una imprecación, mientras se inclinaba, oprimiendo su pierna derecha.

—¿Qué ha sido?

—Mire.

Apenas alcanzamos a ver una yarará, víbora venenosa muy temida, que se alejaba rápidamente.

—¡Válgame Dios — dijo mi padre, registrando una bolsa que siempre lo acompañaba — he olvidado el suero!

—No se aflija, patrón; permítame montar en anca de su caballo y dése una galopada hasta el rancho de doña Tomasa.

Era la vieja curandera que vivía en un sitio alejado y solitario.

En cuanto se enteró de lo sucedido, ligó fuertemente por encima de la herida, la pierna atacada; agrandó aquélla, para que sangrara en abundancia; aplicó sus labios y empezó a succionar con fuerza.

—Déjenlo a mi cuidado. Vayan tranquilos.

Poco después, supimos que a pesar de todo, Ciriaco había muerto.

Por eso, cuando días pasados asistía con mis compañeros a una función, que dedicaba a los escolares un circo famoso, sufrí una violenta sacudida ante el encantador de serpientes.

Llevaba una indumentaria árabe y, envuelta alrededor de su cuello, una enorme cobra. Me puse tan pálido y me eché a temblar de tal manera, que todos comprendieron mi terror.

En el momento en que mis nervios alterados me impulsaban a abandonar mi asiento y a huir de aquel recinto, el maestro que nos acompañaba me dijo, reteniéndome con esfuerzo:

—No temas, hijo mío. Esa serpiente no hará daño a su dueño, como no podría hacérselo a ninguno de nosotros. Confía en mis palabras y sigue con calma el espectáculo.

Nada alarmante ocurrió en efecto, durante la función.

Cuando salimos pregunté:

—¿De qué medios se valen estos hombres para conseguir que no los muerda el animal?

—Antes de exhibirse con ellas, el encantador de serpien-

tes acerca un trozo de tela fuerte a la boca del reptil, que allí clava sus colmillos. Entonces, tira violentamente del lienzo y se los arranca. Hecho esto, cauteriza o extrae la glándula del veneno, y la terrible cobra pasa a ser completamente inofensiva.

Pero, la verdad es que el temor a las víboras está bien justificado y que vale la pena no tropezar con ellas.

En la India, por ejemplo, se calcula que veinte mil muertes anuales son originadas por mordeduras de serpientes venenosas.

Hoy se utilizan contra el veneno, sueros que se preparan muy especialmente en el Brasil, en el Instituto Seroterapéutico de Butantán, próximo a San Pablo. También, entre nosotros, en el Departamento Nacional de Higiene.

Mañana, te enseñaré la fotografía de una víbora de cascabel, que medía dos metros y cuarenta centímetros. La de una anaconda — la reina de las boas — que alcanza de nueve a doce metros de longitud; la de un pitón, que para atacar a su víctima, la sujeta primero con sus dientes, y va enroscándose, luego, alrededor de su cuerpo, que oprime y estruja; y la de una hamadrya, que es la más grande de las serpientes venenosas.

A orillas del estanque.

El sapo. — Amiga rana, lamento que haya sido vano su esfuerzo. Un salto de acróbata tan gracioso y elegante, para nada.

La rana. — Sabe usted, amigo mío, que mis patas posteriores, largas y movidas por músculos fuertes, me sirven para saltar, y que en las anteriores, cortas como usted ve, se apoya

mi cuerpo al caer. No es, así, un esfuerzo del que usted deba lamentarse. Mi estómago sí se duele de que no haya alcanzado la presa, con lo certero que son mis ataques.

La libélula. — ¡Cielos! he nacido de nuevo. Librarme nada menos que de la lengua larga y viscosa, que tan rápidamente, proyecta la rana.

Un martín pescador. — ¡Ea!, señora. ¿Es usted, por casualidad, aquel renacuajo sin patas, de cabeza voluminosa y cola larga, tan parecido a un pez, que veía yo desde esta rama?

La rana. — Sí, señor pájaro; soy aquel renacuajo que tenía, además, el lomo grisáceo, el vientre plateado y que comía, aquí precisamente, hojas acuáticas.

El martín pescador. — ¡Quién lo diría!

La rana. — Ahora como piezas vivas y respiro por pulmones. Sólo voy al agua, de cuando en cuando, a depositar mis huevos o a tomar un baño.

Una víbora. — Procedamos con cautela, ya que he tenido la suerte de encontrar una rana. El color verde de su piel la disimula tanto entre las hierbas, que muchas veces paso sin verla.

Un hombre. — Anoche, oí croar aquí insistentemente. Sin duda, encontraré ranas y sapos para nuestro jardín. Ellos harán guerra encarnizada a los insectos que tanto lo perjudican.

La rana. — Oigo un ruido sospechoso. Huyamos del peligro.

Y se zambulló en el estanque.



El rey de los transformistas.

Aquella mañana, al llegar al muelle, volvimos a encontrar al pescador de cuerpo robusto, de tez curtida y especialmente hábil para usar el aparejo.

En ese momento, sacaba una corbina enorme.

—¡Qué presa magnífica! — le dijimos.

—Muy linda; pero no tanto como la que logré el año pasado en este mismo sitio; pesaba nueve kilos.

—Pero, ¿es posible que con un aparejo tan sencillo, una caña fina y un hilo delgado se saquen piezas tan grandes?

—Sí. Al tragar el anzuelo, el pez da algunas sacudidas para recobrar su libertad; pero luego, el cansancio debilita sus esfuerzos.

Dicen que los peces se cansan pronto debido a su temperatura baja. No sé. Lo cierto es que un animal terrestre que pesara de 8 a 10 kilos, rompería todos los aparejos, que usamos corrientemente, antes de dejarse atrapar.

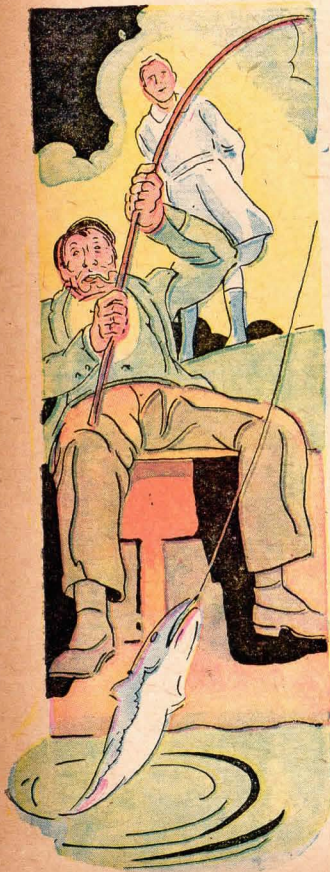
—¿Cuál es el pez más abundante?

—La corbina. Pero hay también muchos pejerreyes, pescadillas, merluzas y bagres. Además, en aguas argentinas, existen peces apreciadísimos como el lenguado, el salmón y la carpa.

—¿Sabe usted cuál es el más curioso de los que ha nombrado?

—No sé a qué pez se refiere.

Mi vanidad sólo deseaba esta respuesta,



por lo que me sentí satisfechísimo, pues se me presentaba la ocasión de referir lo que había leído en mis libros.

—Al lenguado — dije —, a quien llaman con razón, el rey de los transformistas.

Figúrese usted, que se disimula de un modo notable, adoptando los colores del medio en que vive y, lo que es más, sus matices. ¿Que el fondo en que se instala, es arenoso y amarillento? El lenguado toma esa tonalidad.

¿Que cambia dicho fondo? No hay que alarmarse. El pez sabrá copiarlo de un modo admirable.

En un laboratorio de Francia, varios lenguados, que conservaban el color amarillento del fondo del que procedían, fueron colocados en un recipiente de granito.

Pasadas unas horas, los peces habían cambiado su primitivo color por manchas grises blancas y negruzcas, quedando tan parecidos a la piedra, que no se distinguían de ella. Transportados a otro recipiente, que contenía algas, copiaron de un modo asombroso las distintas tonalidades de las mismas.

Estas transformaciones entran, según leí, en su plan de defensa, pues en esa forma, pasa inadvertido para algunos voraces animales que pueblan el mar.

—¿Y sabe usted — dijo a su vez — que cuando el lenguado nace, es muy parecido a los peces comunes pero, así que empieza a desarrollarse, uno de sus ojos pasa a través de la cabeza y va a colocarse al lado del otro? ¿Que en cuanto se hace este cambio, desciende al fondo del mar, apoya el lado que ha quedado sin ojo y, en sucesivas modificaciones, se va aplanando su cuerpo?

Quedé sorprendido.

¿Habría dicho yo, a mi ocasional amigo, algo que él ignorase o es que me había dejado hablar por complacencia?

La salvación de Don Goyo.

Una mañana, encontré a don Goyo, instalando un bebedero, próximo a una colmena.

—Las abejas — me dijo — necesitan agua fresca y limpia, y es necesario que la hallen lo más cerca posible.

—¿Es cierto, don Goyo, que usted estuvo antes en Río Negro?

—Sí; y allí fué precisamente donde me dediqué a la cría de estos insectos.

Había plantado en terrenos de mi propiedad, un número enorme de perales, con la esperanza de ser con el tiempo, un productor importante de frutas escogidas. Pero sucedió que, ya desde el primer año, muchas flores caían sin haber cuajado y que las pocas peras que coseché, eran pequeñas y mezquinas. En vano ensayé pulverizaciones y abonos.

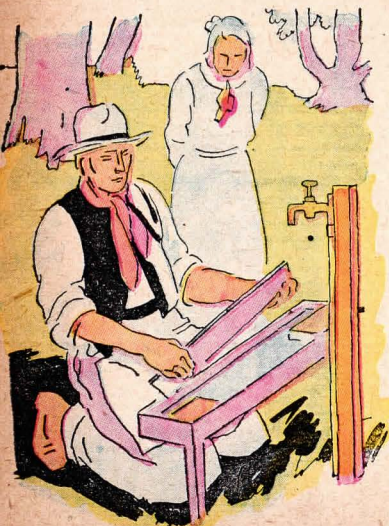
Al año siguiente, el resultado fué el mismo.

Descorazonado, resolví cambiar éstos por otros árboles, cuando mi buena suerte quiso que conociera a un inteligente entomólogo.

—No haga tal cosa, señor — me dijo —. Instale en su finca, varias colmenas y aguarde tranquilo el resultado.

Poco después, volaban constantemente, de flor en flor, de diez a veinte mil abejas que favorecieron la polinización, con el consiguiente beneficio de mis cosechas. A partir de entonces, me interesé vivamente por estos animalitos, cuya organización, costumbres y necesidades estudié con el mayor empeño.

—He oído decir, de usted, que es un hábil apicultor.



—Quizá. Pero escucha esto que puede serte útil:

En las colmenas hay una reina, zánganos y obreras. Estas últimas se ocupan de hacer los panales con la cera segregada por unas escamitas que llevan en la parte inferior del abdomen. Los panales son especies de láminas que tienen ambos lados cubiertos de celdillas exagonales, construídas con asombrosa simetría. En cada celda, la reina deposita un huevo, del cual saldrá una larva.

Las larvas, que no tienen patas ni pueden moverse, perecerían, sin la intervención de las “obreras - nodrizas”.

Las obreras ejecutan otros trabajos: fabrican la cera y la miel; limpian la colmena y guardan la entrada como celosas porteras.

—¿La reina no trabaja?

—No; ella no tiene otra misión que la de mantener la especie y como pone hasta doscientos huevos en un día, te explicarás por qué las colmenas son tan numerosas.

—Me interesaría saber cómo fabrican la miel.

—Chupan el néctar de las flores, y luego lo devuelven con un olor y sabor especiales, depositándolo en las celdillas, donde continúan las transformaciones.

Para darle consistencia, las obreras se colocan durante la noche, con la cabeza hacia abajo; levantan las patitas traseras y agitan sus alas rápida y continuamente a fin de producir corrientes de aire.

El aire, a la vez que ventila la colmena, produce la evaporación del agua, contenida en la miel, la cual se hace más espesa.

—Ahora me explico el origen de ese zumbido que oigo muchas veces al pasar.

—La miel es un producto alimenticio recomendable. En nuestro país, se produce especialmente en las provincias de Mendoza y de Buenos Aires y en el valle superior de Río Negro.



Su excelencia el moscardón.

(Fragmentos)

ALFREDO R. BUFANO.

Enfundado en su levita
con algo de senador
se va el señor de visita
a casa de doña flor.
Su bocina ronca y grave
mientras vuela hace sonar
y así la dama ya sabe
que el novio está por llegar.

.....

Lo mismo pone en la rosa
su pasajero borrón
como en la nieve olorosa
del lirio y del floripón.

Cuando de néctar se hastía
este don Juan pertinaz,

se da a la carpintería
en forma ahincada y tenaz.

Taladra lo más campante
los árboles del jardín
sin fijarse el muy tunante
donde arroja el aserrín.

.....
¿Va a hacer el negro hechi-
[cero

algún secreto elixir?
¿o practica su agujero
para encerrarse a escribir?

Sale y despliega su vuelo
rutilante y fanfarrón;
y da a las horas del cielo
su concierto de violón.

En suelo submarino.

Según la mitología, cuando Perseo libró al mundo de la Medusa, cuya mirada convertía en piedra los objetos, fué a lavar sus manos a la costa, donde dejó la cabeza sangrienta del monstruo. De esta sangre, nació el coral, que preservaba del rayo, fecundaba los campos y evitaba padecimientos físicos.

Durante mucho tiempo, se le tuvo por una planta cuyas flores, de magníficas formas y brillante colorido, no eran en realidad más que el conjunto de pólipos que vivían sobre su almacén calcáreo.

Las magníficas tonalidades del coral no pueden apreciarse sino en él mismo, pues cuando ha perdido sus tejidos blandos, y sólo conserva el esqueleto, desaparece la bellísima coloración que tan profundo éxtasis causa a los naturalistas.

Los corales ofrecen la particularidad de desenvolverse de distinto modo, según las aguas en que viven. Cuando éstas son tranquilas y claras, los corales tienen ramas finas; mientras que, si se desarrollan en aguas agitadas, las tienen cortas y gruesas.

Cuando el fondo del mar está a menos de cuarenta metros de la superficie líquida, las madréporas y los corales se instalan en él, viven mejor y forman las islas coralinas.

Los corales constituyen fajas de imponderable belleza alrededor de algunas islas y a cierta distancia de la costa. La más importante es la llamada "Gran Barrera", que en una extensión de dos mil quinientos kilómetros, rodea a Australia.

Aunque hay varias especies de corales, el más apreciado es el rojo, que se pesca en el Mediterráneo y en el Adriático, y que se emplea, no sólo en joyería sino, también, en la fabricación de objetos de adorno.

Animales en la leyenda.

Cuéntase, que en la vasta tierra calchaquí, vivían dos cazadores, padre e hijo, que tenían fama de ser los más diestros de la región... Hábiles en el manejo de las boleadoras, difícilmente se les escapaba un animal y así, con el abundante producto de sus cacerías, vivían ricos y felices.

Pero, la reina y madre de la tierra, y, en consecuencia, de guanacos y vicuñas, la Pacha Mama, que veía desaparecer con dolor a estos animales, llamó a los cazadores y les ordenó que no mataran más que un guanaco macho cada día, prometiéndoles que si eran obedientes, recibirían un cogote del mismo lleno de oro.

El joven respetó y cumplió lo dispuesto por Pacha Mama. No así el padre, que siguió cazando. Cansada de su desobediencia, quiso la Pacha Mama castigarlo e hizo extraviar al hijo entre los cerros.

En vano lo buscó el padre, valle tras valle; quebrada tras quebrada; en los caminos ásperos y estrechos; en los barrancos y en los precipicios...



Hasta que un día, estando en Cafayate, vió bajar del cerro de las Arcas una densa neblina y envuelto en ella, montando un magnífico guanaco, a su hijo, al que la Pacha Mama, como premio a su obediencia, había convertido en el rey de los guanacos...

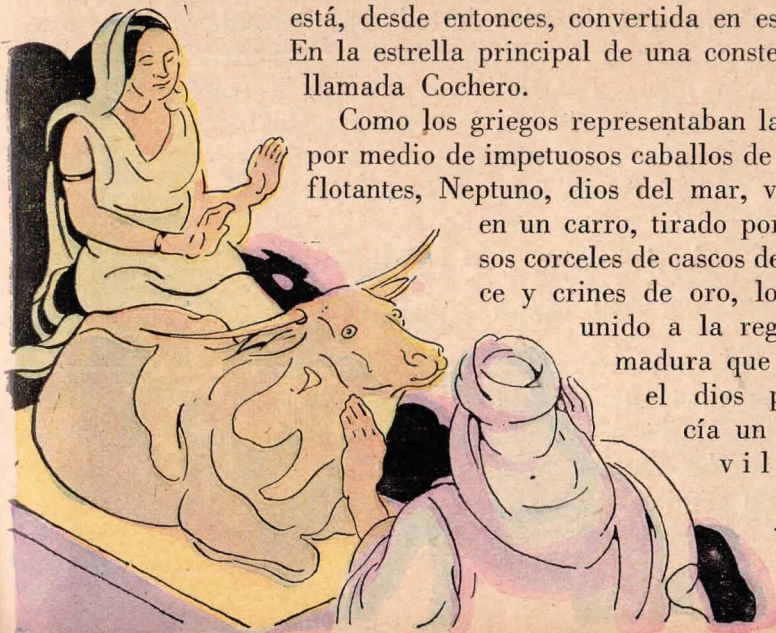
Animales en la mitología y en la superstición.

Muchos pueblos de la antigüedad adoraban a los animales; los consagraban a los dioses; simbolizaban en ellos, hechos o fenómenos de la naturaleza, o les atribuían un poder capaz de provocar situaciones propicias o adversas al hombre.

Entre esos pueblos, los principales fueron el griego y el romano.

En la mitología del primero, figura la cabra Amaltea, que amamantó a Júpiter, padre de los dioses, el cual para recompensarla, la colocó en el cielo con sus dos cabritos donde está, desde entonces, convertida en estrella. En la estrella principal de una constelación llamada Cochero.

Como los griegos representaban las olas por medio de impetuosos caballos de crines flotantes, Neptuno, dios del mar, viajaba en un carro, tirado por briosos corceles de cascos de bronce y crines de oro, lo cual, unido a la regia armadura que vestía el dios producía un maravilloso



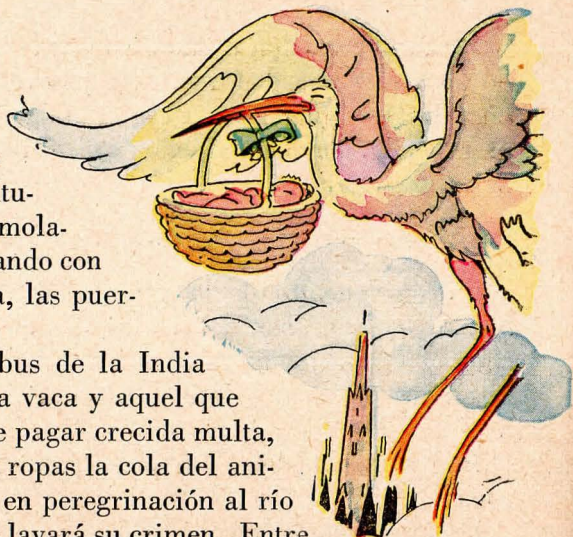
efecto sobre las ondas.

Los romanos consideraban al buey como emblema de la agricultura y los guerreros lo inmolvaban a sus dioses, adornando con la cabeza de la víctima, las puertas de los templos.

Aun hoy, varias tribus de la India consideran sagrada a la vaca y aquel que mata una, no sólo ha de pagar crecida multa, y llevar colgada de sus ropas la cola del animal, sino que ha de ir en peregrinación al río Ganges, en cuyas aguas lavará su crimen. Entre los holandeses, la cigüeña blanca es símbolo de la buena suerte y muchos de ellos creen, que si aparece un nido en el tejado de sus casas, podrá librarlos de toda enfermedad.

Establecen, además, relación entre las cigüeñas y el nacimiento de los niños. Por eso la voz dulce de los chicos canta:

“Aletea cigüeña ladrón de ramas:
amas a los niños y no los dañas.
Tráeme cigüeña un hermanito”.



Animales en la Fábula.

El mono enfermo.

DOMINGO DE AZCUÉNAGA.

Cuentan que en Tetuán le sobrevino,
una noche a las doce, a un mono herrero,
por boca y por narices,
un vómito de sangre repentino

tan fuerte, que dos monos aprendices,
salieron en camisa, y sin sombrero,
por médico volando,
quedándose con él, en la herrería,
una mona, aguardando
el término fatal de su agonía.
Los dos monos hicieron
muy bien la diligencia; pero fueron
sus pasos excusados,
porque estaban los físicos resfriados.
El doctor Piernatuerta, (alias Tenaza)
dijo: "Vayan al médico de casa";
y diciéndole que era un accidente
replicó: "Vayan, vayan brevemente".
El sabio licenciado Boca - abierta
tenía dada orden, que la puerta
no abriesen de su casa, aunque pedazos
la hicieran, por llamarle, a aldabonazos;
y el bachiller nombrado Pelos Rubios
dijo: que había tomado pediluvios;
de tal manera que, al venir la aurora,
llegando a la herrería los monitos
a darle la respuesta a su señora
la encontraron furiosa, dando gritos,
porque el enfermo ya en sueño profundo
se había ido a curar al otro mundo.
¡Quién, señores, creyera,
que entre los monos médicos, se viera
tan poca caridad y amor tan poco!
Cualquiera lo creerá, sin estar loco,
porque no es menester, (yo lo confieso)
el ir hasta Tetuán para ver eso.



El mejor alumno de Ciencias Naturales.

Enviado desde el interior por sus padres, Alfredo llegó el 26 de febrero para proseguir aquí sus estudios, ingresando a cuarto grado. Era la primera vez que venía a Buenos Aires. Criado en una chacra de Santa Fe, no tuvo ocasión de visitar la capital de su provincia, ni siquiera una ciudad importante. No imaginaba, pues, la altura de nuestros edificios; desconocía los peligros del tránsito; ignoraba la existencia de letreros luminosos; no había ido al cinematógrafo y no sabía qué era viajar en subterráneo. Tampoco pensó nunca, que estando en la ciudad, podría vivir, como sucedía, a tres cuadras de la escuela y llegar a ella por amplias aceras y calles asfaltadas...

Con su madre, aprendió a leer y a escribir. Visitando y trabajando la huerta, y saliendo al campo con su padre, hizo observaciones interesantes sobre los fenómenos y sobre los seres que existen en la naturaleza. De esto sí, sabía nuestro amigo.

Por eso cuando, días pasados, estudiaron en su clase la raíz, contó que, desmontando una parte del campo, en la que había unas barrancas, vió las raíces larguísimas de algunas plantas silvestres, que habían crecido en lo alto; raíces que alcanzaban una longitud de quince a veinte metros, y agregó:

—La de la alfalfa es también bastante larga; llega a tener cuatro metros, entrando en la tierra hasta esa profundidad, y la del yuyo de sapo se entierra verticalmente hasta dos metros.

Él fué quien dijo que había visto raíces de diferentes colores, exceptuando el verde. Enumeró las que, de coloración dis-

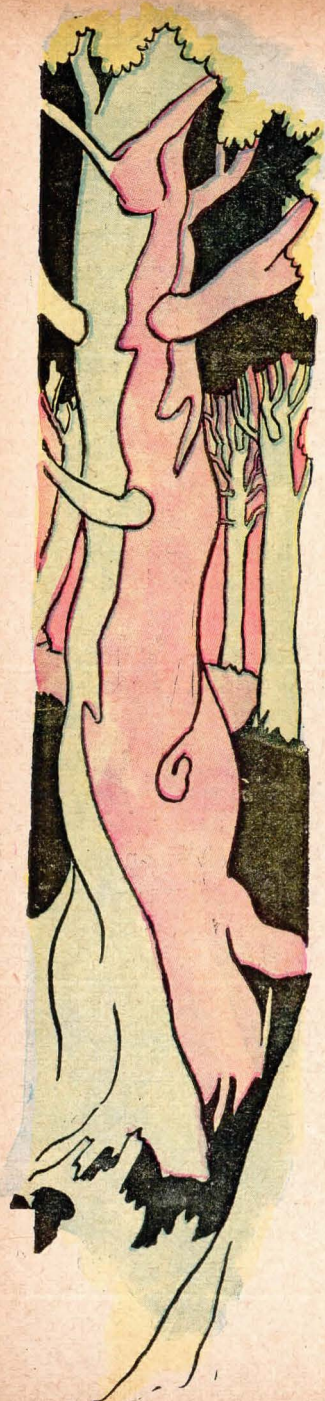
tinta al amarillento o pardo, común a casi todas, se cultivaban en su huerta; rábanos blancos o rojos exteriormente; zanahorias anaranjadas; salsifies blanquecinos; remolachas moradas y nabos violáceos o azulados por fuera. Y añadió, que su padre le había hecho observar que la parte leñosa de algunas raíces, es a veces del mismo color que la madera del tronco.

Cuando se trató de las utilidades, también él quiso hablar. Conocía gran número de raíces comestibles y sabía, además, que con la de la mandioca se hace la fariña; que la de la rubia y calafate sirven para teñir y que la torrefacción de la achicoria da el producto que, con igual nombre, se vende en el comercio. Además, prometió unos cordeles, que tienen en su casa, hechos por los indios con una raíz adventicia: la del guaembé.

La práctica en los trabajos agrícolas le había enseñado que, si en un campo se siembra durante varios años la misma semilla, la cosecha es reducida.

—En casa sabemos — decía — que esto se debe a que no todos los vegetales toman del suelo igual cantidad de sustancias; por cuyo motivo alternamos los cultivos. En un mismo terreno sembramos: un año trigo, al siguiente trébol, en seguida remolacha, a continuación cebada y así sucesivamente.

La maestra confirmó siempre cuanto dijo Alfredo. Sus compañeros, que lo habían oído hablar sobre esto y sobre animales y piedras, pensaron que indudablemente, Alfredo sería este año, el mejor alumno de Ciencias Naturales.



Usos de la celulosa.

Entre las plantaciones más importantes de la chacra de Jesús Correa, hallábanse las de lino.

Su hijo Alfredo, nuestro entretenido compañero, sabía que la principal utilidad de este textil, y acaso la única razón por la que lo cultivaban, era la utilización de las fibras del tallo, con las cuales se fabricaba el hilo de coser y muchas de las telas y encajes que se emplean en la confección de los vestidos. Conocía también, porque crecían en su casa, los algarrobos blancos y negros y sabía que su fruto, no sólo se emplea para preparar una especie de pan, el "patay", sino que su madera se utiliza para hacer adoquines. Por cultivarse en otras regiones próximas al lugar, había tenido oportunidad de ver plantas de algodón y de quebracho, y de las conversaciones mantenidas por su padre, con madereros y colonos, dedujo que las fibras del primero se emplean para fabricar piolines, cordeles y telas, así como que la utilidad de la madera y el rendimiento del tanino, hacen del quebracho, el árbol más explotado de la zona. En

cambio, ignoraba que muchas de las cosas vistas o empleadas diariamente, reconocieran su origen en el tallo de las plantas.

En efecto. El papel de diferentes clases que él, como otros niños, usaba en sus trabajos escolares, y más especialmente el de los libros, revistas y periódicos, se fabrica con la celulosa de la madera por lo cual, en muchos países, corre peligro la existencia del pinabete y de otras coníferas, destinadas a satisfacer la demanda de esta industria. Los cables y las cuerdas, de tanto uso en el campo, y que sirven, además, para amarrar embarcaciones y para levantar fardos y muebles, se hacen con la celulosa del cáñamo y del cocotero. Con la del ramio, se fabrica la seda vegetal, de mucha aceptación en el comercio. Con la del yute, se tejen alfombras y caminos, así como telas gruesas para cortinados.

Finalmente, muchos muebles, cestos y esteras se construyen con la de la paja y el mimbre.

No obstante los usos frecuentes de la celulosa, la madera es, sin duda, el mayor bien que los árboles ofrecen a la humanidad.



El valor de la madera.

Una tarde, en que salimos a dar una vuelta en uno de los automóviles colectivos que van hasta el Balneario, observamos al cruzar la calle Corrientes, un grupo numeroso de personas, detenidas frente a uno de los grandes edificios que se construyen en esa importante arteria.

—¿Habrá sucedido alguna desgracia? — pregunté.

—No — me contestó mi hermano mayor —. Esto se observa todos los días. Es la gente que se detiene para mirar las obras.

—Vean, hijos — dijo mi padre —, cómo el hombre moderno ha sustituido por armazones de hierro los grandes árboles que antes usaba en sus construcciones.

Actualmente no tala bosques enteros para construir grandes buques, ni son de madera sus útiles de labranza; pero, las múltiples, variadas y nuevas aplicaciones de la misma, satisfacen muchas necesidades de su vida presente. Fuera de los usos, a que casi universalmente se la destina, presta en la actualidad, señalados servicios a la industria minera. En los sitios donde el trabajo se realiza subterráneamente, es necesario revestir con madera, las paredes y las bóvedas de los túneles y de las galerías, para preservarlas de los desmoronamientos que constituyen la más seria amenaza a la existencia del minero.

Además, la madera tiene valor en la ciencia y en las artes. Los productos químicos, las tallas muchas veces notables que se deben al genio creador de los artistas, lo corroboran. Hasta la música le debe algunos de los instrumentos con que habla a nuestro espíritu. La popular guitarra, por ejemplo, está hecha con la de algarrobos o nogales de nuestro suelo.



Algo sobre la savia.

Grandes efectos suelen responder a causas pequeñas. Tal es el caso del caucho.

Sin un pequeñísimo insecto, que agujerea la madera, tal vez nos hubiéramos visto privados de una de las resinas que mayores ventajas proporciona al hombre.

Cuando el insecto taladra el tronco, éste exuda, para defenderse, una savia espesa y pegadiza — el caucho — con la que mata al enemigo y al mismo tiempo cubre su herida.

El caucho se descubrió en América y, según dice Torquemada, los indios de México lo empleaban, ha cuatrocientos años, para hacerse vestidos impermeables.

Un norteamericano, Goodyear, fué el primero en descubrir que el caucho podía adaptarse a las llantas de las bicicletas. Más tarde, Dunlop de Dublin, tuvo la excelente idea de hacer un cojinete de aire para aplicar a las llantas. Basándose en estos principios, se llegaron a obtener los neumáticos de automóviles y bicicletas — aplicación principalísima del caucho — que por permitir viajar con rapidez y seguridad, han alcanzado tan franco éxito en todos los países civilizados.

Los naturales de América fueron también los que descubrieron que la savia del arce servía para hacer azúcar y enseñaron a los colonos europeos la manera de obtenerla. En primavera, que es cuando la savia abunda más, se hace una incisión en el tronco del arce. Por ella mana el líquido que, recogido en recipientes y hecho hervir, cristaliza, formando el azúcar de arce, que puede sustituir al de caña.

Las savias de muchos otros árboles benefician también en una u otra forma, al hombre. Bastará recordar que la del pino, destilada, proporciona la trementina de aplicación industrial

y medicinal; que la aromática del árbol de Tolú, constituye el bálsamo del mismo nombre, tan usado en la preparación de jarabes, y si aun queremos referirnos a un árbol que “fabrica agua y la filtra”, nombraremos al ravenale, o árbol del viajero, originario de Java y de Madagascar, el cual a la menor incisión, da un chorro de agua pura, con la que acaso más de un viajero se libre del tormento de la sed.

¿Sabías . . .

—Que el cacto vive en regiones áridas, de clima cálido, donde sólo llueve de cuando en cuando?

—Que si, disponiendo de tan poca agua, conservara sus hojas, la perdería en la misma proporción que las otras plantas y entonces moriría irremediablemente?

—Que para resistir a las dificultades del medio que lo rodea ha cerrado, transformando sus hojas en espinas, las puertas por las que podría abandonarlo aquélla?



—Que el tejido esponjoso del tallo conserva la humedad por largo tiempo?

—Que se ha dado el caso de que un cacto, arrancado del suelo, retuviera el agua más de 550 días?

—Que ha dado a las espinas el color gris o pardusco propio del tallo, y ha vuelto verde a éste para que realice con éxito, las funciones de la hoja?

—Que dichas espinas son, además, armas de defensa contra los animales, que acaso acometerían a la planta, atraídos por la única sustancia verde que ofrece la región?

—Que gracias a estos recursos la planta vive a pesar del suelo y del clima?

—Que otros vegetales también renuncian a sus hojas para luchar contra la sequedad ambiente?

En la mañana de un día estival.

—¿De modo que no es el rocío quien moja las hojas?

—No, Carlos, si la parte mojada es, como tú dices, la cara inferior y no la superior de las mismas. De haberlo meditado, habrías querido hallar el verdadero origen del fenómeno.

Yo te diré: Esa causa es la transpiración de las plantas.

—Sin embargo, señorita, de día hace mucho más calor que de noche y no he encontrado mojada una hoja, como no fuera por la lluvia o por el riego.

—Carlos, las plantas transpiran lo mismo de día que de noche; sólo que en las horas de aquél, el calor y el viento dispersan en el aire la humedad que, en forma de vapor de agua, despiden la planta por sus hojas. En cambio, de noche, la temperatura baja y si no hay viento, la hoja queda completamente mojada.

¿Preguntas si esas plantas del patio transpiran? Ahora mismo podemos probarlo con un experimento muy sencillo. Tú, Alfredo, corta unas ramas con hojas. Tú, Raquel, trae esas dos campanas de vidrio.

Se cubrieron con cera las heridas de las ramas y se las puso debajo de una de las campanas. Al rato, se vieron en la cara interior de esta última, unas gotitas de agua, que no se advertían en la de la otra, y, así, los niños tuvieron la seguridad de que el líquido provenía de las ramas y de las hojas depositadas. Como con el auxilio del microscopio, observaron en seguida que los estomas son especialmente abundantes en las hojas, descubrieron que éstas constituyen “la puerta” por donde se escapa casi todo el mencionado líquido, y admitieron que las hojas son los órganos más importantes de la transpiración.

—También por las hojas respira la planta — dijo Celia.

—En efecto, confirmó la maestra. Eso lo demostraremos mañana.

¿Quién traerá dos platillos, un puñado de cal, una maceta con una planta verde y una astilla, que es lo que además de las dos vasijas de vidrio, necesitaremos para nuestra experiencia?

Al otro día, Carlos llegó con la maceta; Laura, con los platillos; Celia, con la cal; Juan, con la astilla y Rosalía pidió al portero, las campanas de vidrio. De modo que, cuando vino la maestra, todo el material estaba colocado en la mesa de arena.

¡Con qué interés se agruparon los niños, rodeándola! Pusieron en una campana la maceta, y dejaron la otra vacía. Cerraron ambas herméticamente y las llevaron a la oscuridad. Pasadas algunas horas, las trajeron. Introdujeron en la vacía la astilla encendida y vieron que ardía; pero que se apagaba de inmediato, allí donde estaba la planta; prueba clara de

que en ese aire, no existía oxígeno: la planta verde lo había consumido.

Colocaron luego, en el fondo de ambas campanas, siempre una con la maceta y la otra vacía, sendos platillos con agua de cal, y comprobaron que ésta sólo se había enturbiado fuertemente en la vasija que contenía la planta, lo que significaba, que en el aire allí confinado, se había producido un gran aumento de anhídrido carbónico.

La absorción del oxígeno y el desprendimiento de anhídrido carbónico habían, pues, demostrado, que los vegetales respiran.

Beneficiarios recíprocos.

Todas las tardes, a la hora de salida, nos deteníamos frente a la vidriera de una confitería, situada en la esquina de la escuela. Nos llamaban la atención, no sólo las más variadas y tentadoras golosinas, sino la disposición llamativa de los anuncios.

Una tarde, en que el padre de Horacio nos había estado observando, subió con nosotros al tranvía y se sentó a mi lado.

—Pareces muy golosa — me dijo.

—Sí; me gustan los dulces. Y este confitero los presenta tan bien...

—El confitero se parece a la flor, que emplea su corola para anunciar a sus amigos, los insectos, que en ella se encuentra “una mesa bien dispuesta”. Como casi todos los insectos son golosos, aprovechan la oportunidad, visitan la flor, llegan a los nectarios y se regalan con el delicioso y azucarado jugo que contienen. Naturalmente, que los insectos

saben retribuir atenciones y, acaso por eso, la flor se empeña tanto en recibirlos.

—¿Se empeña tanto?

—Sí; sabe que las abejas, las mariposas, las avispas, pagarán con creces el festín que les brinda, ayudándola en la polinización. Sabe que sin ésta no hay semilla, y que sin semilla, no podría haber otras plantas que perpetuaran la especie.

Mientras los insectos están dentro de las flores, libando el néctar, se adhiere a sus cuerpos y a sus patas, una cantidad de polen, que luego llevan consigo y dejan en el interior de otras flores. Así se realiza la fecundación de las mismas y así los insectos contribuyen a que la flor dé vida a nuevas plantas.

Las flores necesitan, pues, de los insectos y se valen del color y del perfume para atraerlos. En efecto; para hacerse visibles, toman tintes que se destacan en el follaje, sobre el que casi siempre se levantan.

Si son pequeñas, como aisladas podrían pasar sin ser vistas, se agrupan en hermosas inflorescencias; y si han de ser polinizadas por insectos nocturnos, no sólo permanecen abiertas desde el atardecer hasta la medianoche, sino que intensifican su perfume, con el que atraen y guían a los insectos, pues éstos tienen un olfato verdaderamente privilegiado.

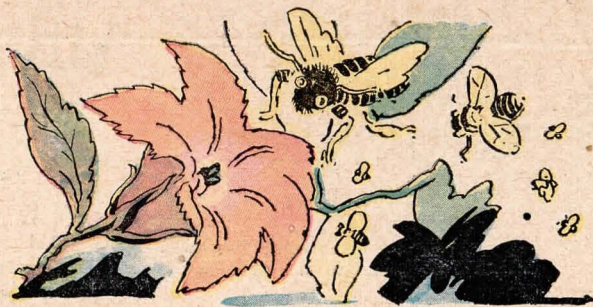
—¿Cómo consiguen las flores el color que les es necesario y que constituye el mejor medio de atracción para los insectos?

—Con distintas materias colorantes. Hay dos series en los colores de los pétalos: la serie amarilla y la azul; de manera, que si una especie corresponde a la primera, no puede dar

flores de la segunda, razón por la cual no hay claveles, ni dalias, ni rosas, azules.

En las plantas que nada deben a los insectos, porque el viento es quien lleva el polen a los sitios convenientes, las flores carecen de perfume y de color, y hasta el mismo polen, que en las primeras es adherente, en éstas es seco, propicio para ser conducido por las corrientes de aire.

De todo lo dicho, se desprende que no es para regalo de los hombres, que la naturaleza ha dado a las flores formas caprichosas, colores atrayentes y delicado perfume; aunque, generosa al fin, lo ha dotado de sentidos que le permitan apreciarlas y disfrutar de su belleza y de su encanto.





Voces del jardín.

FERNÁNDEZ MORENO.

LA GUADAÑA

Caigo sobre las hierbas sin blandura;
las siego todas a la misma altura.

LA PALA

En la tierra salvaje endurecida
penetro vertical y decidida.

LA AZADA

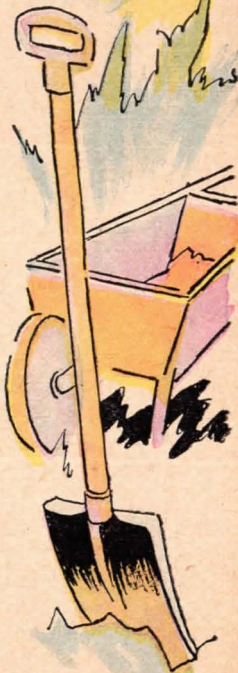
Pero en seguida entro yo en funciones.
Deshago y pulverizo los terrones.

EL RASTRILLO

Como una cabellera bien peinada
queda la tierra de una rastrillada.

LA REGADERA

Aplaco el polvo gris que se levanta...
El que trabaja se sonríe y canta.



En desacuerdo.

—Es así, Horacio; son frutos, son frutos.

—Te digo que no; son semillas. Estando en Córdoba, vi sembrar granos de trigo y luego cubrirse el campo de plantitas.

—Si no me crees, pregúntaselo a la maestra que ahí viene.

En efecto; la señorita se aproximaba a los niños que de este modo, hablaban en el recreo.

Enterada del motivo que los mantenía en desacuerdo, dijo:

—Muchas personas creen como tú, Horacio, que los granos del trigo, de la cebada y del maíz, lo mismo que el abrojo, el cardo y los carozos del durazno y de la guinda, son semillas, error que proviene de que no todas éstas, ni todos los frutos, se presentan en igual forma.

Los granos de trigo, de cebada, de maíz y de avena son frutos, en los que el pericarpio está adherido a la semilla. Cuando un grano de trigo germina, la semilla, alojada en el interior del mismo, va gradualmente ocupando todo el espacio que se encuentra casi lleno de alimento farináceo. Pero, conforme va creciendo aquélla, disminuye éste; de modo que como se ve, el depósito alimenticio es el “almacén” del que la plantita depende durante la primera fase de su desarrollo.

—Es muy extraño todo esto. Nunca imaginé que hubiese tan pequeños frutos.

—Los hay de todos los tamaños. Piensa en un zapallo y en un granito de avena. Igual cosa ocurre con las semillas; algunas son tan pequeñas, que casi no pueden verse a simple vista y otras tan grandes, que en ellas cabrían las de innúmeras plantas.

En cuanto a los carozos de duraznos, ciruelas, damascos y otros frutos constituyen, con la carne y la piel, el pericarpio.

La semilla es la pepita que cualquiera de ustedes, rompiéndolo, encontraría en el interior del carozo.

El hortelano y el maestro.

Un hortelano plantó un cuadro con semillas de lechugas bien seleccionadas. Un día, en que miraba complacido la aparición de las primeras hojas, advirtió una plantita cuyas características coincidían con las de la amapola, y quedó sorprendido. Estaba tan seguro de que sólo había sembrado semillas de lechuga, como de que ni en su huerta, ni en las de las casas vecinas, distantes varias cuerdas, había amapolas. ¿Cómo, pues, podría hallarse entre sus lechugas, esa planta?

Sumido en estas meditaciones, fué sorprendido por la voz amable del señor maestro, que gozaba de fama de hombre sabio.

—¡Ea!, amigo; ¿qué estás pensando?

Contóle el hortelano, el motivo de su asombro y él le respondió:

—Son cosas del viento.

—¿Del viento?

—Sí, del viento; digo bien. Cuando la amapola se seca, el tallo se dobla y el fruto, que es como una copa, se invierte. Las semillitas se amontonan, entonces, en su fondo lleno de orificios; salen por ellos, y arrebatadas por el viento, recorren distancias enormes. Probablemente así llegó a tu cuadro, la que germinó en él.

Viendo el interés del campesino, el señor maestro continuó:

—La conservación y reproducción de las distintas especies vegetales no se deben sólo al trabajo del hombre sino, también, a la dispersión de las semillas por el viento, por el agua y por los animales. Como el primero es, sin duda, el medio más utilizado por las plantas, creeríase que éstas organizan sus semillas en forma favorable, ya reduciéndolas de tamaño, ya de peso, o bien, dotándolas de otros elementos, que les permitan mantenerse en el aire y viajar en tan cómodo vehículo. Así ocurre con las del algodónero y las del cardo, erizadas de pelos, o con las del pino, provistas de alitas como los pájaros.

La flora de las costas se compone de plantas cuyas semillas, que pueden flotar, han llegado allí, arrastradas por las corrientes marinas. Las de muchas de las que crecen en las riberas del Paraná, del Uruguay y del mismo Plata, vienen del Perú, de Bolivia, del Brasil y hasta de las Guayanas, traídas por las aguas, o viajeras sobre los camalotes.

Tampoco los animales son ajenos a esta tarea de llevar plantas a sitios distantes de aquellos de donde proceden. El naturalista Darwin, queriéndolo probar, cazó unos cuantos pájaros y, luego de lavarles las patas, recogió el barro obtenido y lo dejó al aire.

Al poco tiempo, apareció en esa tierra, un crecido número de plantas diferentes.

Los mirlos buscan los frutos de muérdago y como éste posee una substancia viscosa, cuando los pájaros se limpian los picos en las ramas de otros árboles, las semillas quedan pegadas a ellas y allí germinan y pueden vivir.

Las ardillas toman parte activa en la diseminación de la avellana y otros frutos análogos y, finalmente, el hombre en sus actividades industriales, ha llevado por todo el mundo

las de numerosas plantas, entre las que se encuentran las especies más útiles y raras.

El caso más extraordinario lo ofrece Burdeos cuya vegetación difiere, en absoluto, de la de todas las otras regiones de Francia.

¿Sabes por qué? Porque Burdeos es un puerto principalmente de lanas.

—¿Y tiene esto alguna relación?

—Con lo que te llevo dicho, hora es ya de que pienses por tu cuenta.

Un sueño extraño.

Sin duda, como hemos trabajado tanto para nuestra próxima fiesta del árbol, tuve anoche un sueño tan extraño.

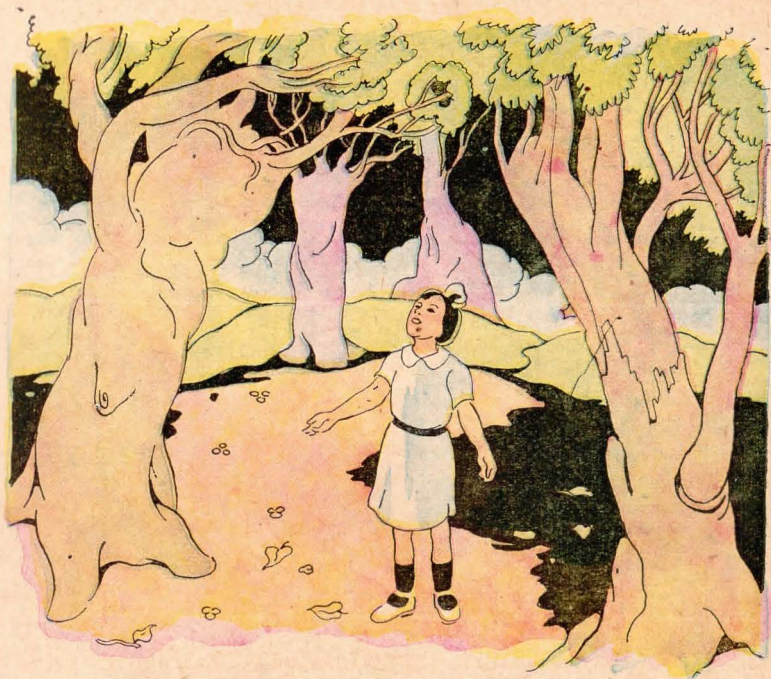
—¿Qué soñaste? ¡Cuéntanos, cuéntanos!

Cinco chicas, dispuestas a escuchar, rodearon a Rosalía.

—Soñé que me hallaba en medio de un extenso y magnífico bosque, en el que se habían reunido el cedro soberbio, el algarrobo de flores purpúreas, el recio quebracho, el fragante espinillo, el corpulento pacará, la verde araucaria, el negro lapacho de flores rosadas, el álamo esbelto, el sauce llorón. . .

Queriendo disfrutar de tanta belleza, empecé a recorrer el bosque lentamente. De pronto, oí a mi lado un susurro, una voz suavísima y, así que avanzaba, otra, y después una más. Maravillada me detuve, entonces, a escuchar. Los árboles hablaban y decían:

El algarrobo. — Yo soy la salvación de los pobres. Les doy mi vaina nutritiva.



El nogal. — ¿Quién no come mis frutos?

El quebracho. — Soy fuerte. Ofrezco a la industria el oro valioso de mi corazón.

El mistol. — Sin mí, el hombre no podría saborear el delicioso arroz.

El álamo, la casuarina, el plátano y el paraíso. — Somos los árboles de las ciudades. Adornamos las calles, las plazas y los paseos.

El lapacho. — Doy madera de construcción.

El chañar. — Soy alivio para el dolor. Curo los bronquios del hombre.

El eucalipto. — Como tú, chañar, soy remedio agradable.

El pino. — Perfumo y vuelvo saludable el aire.

El jume. — Mis cenizas se emplean para fabricar jabón.

El molle. — Soy el rey de las alojas.

El tala. — Mi enorme y tupida copa defiende al caminante del sol y de la lluvia y da albergue a muchas avecillas.

El cedro. — Niño; sigue mi ejemplo. Me yergo decidido y, como soy el más derecho, domino en la selva.

El roble y el jacarandá. — Como al cedro, nos trabajan con amor, muebлерos y ebanistas.

De pronto, los vi moverse; salir de la tierra; extender sus ramas, como brazos, y hacer una ronda.

La luna los vestía de plata y el rocío de diamantes.

Ahora cantaban:

—En mi verdor, descansa tu vista; bajo mis hojas, hallas frescura; por mi tronco, tienes calor; mis frutos te dan alimento. Te brindo cuanto necesitas; valgo más que el oro.

Recuerda que te causo el mayor de los regocijos, cuando sosteniendo juguetes y dulces, tomo el nombre de árbol de Navidad.

Porque soy amigo, porque soy bienhechor, porque soy bueno, porque soy generoso, debes quererme. Cuídame, respétame, defiéndeme, ámame.

Cuando en el verano...

Un vendedor callejero pregonaba a voces su mercancía. Me desperté.

¡Como hubiera querido seguir oyendo la voz de los árboles!

Paisaje en el bosque.

PEDRO HERREROS.

Paisaje: te siento tanto
que me haces saltar las lá-
[grimas.

En mi frente pura tengo
el beso de la mañana.

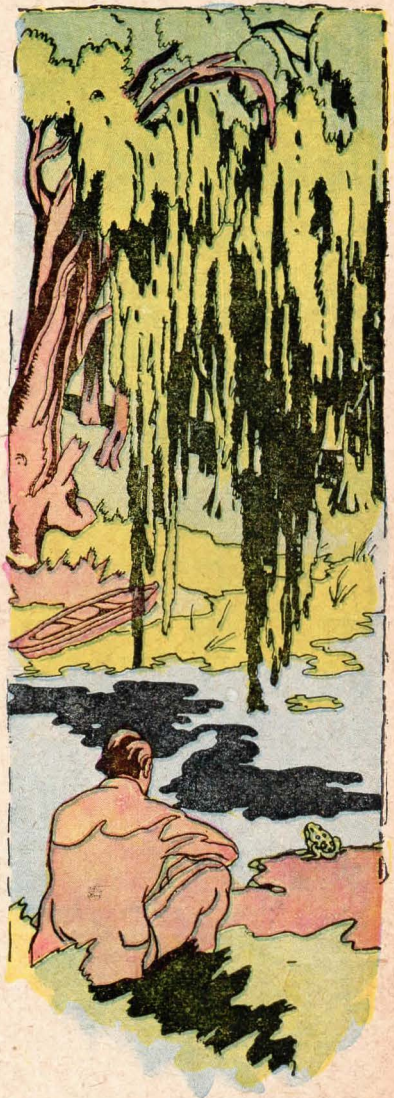
La brisa, al llegar a mí,
viene musicalizada.

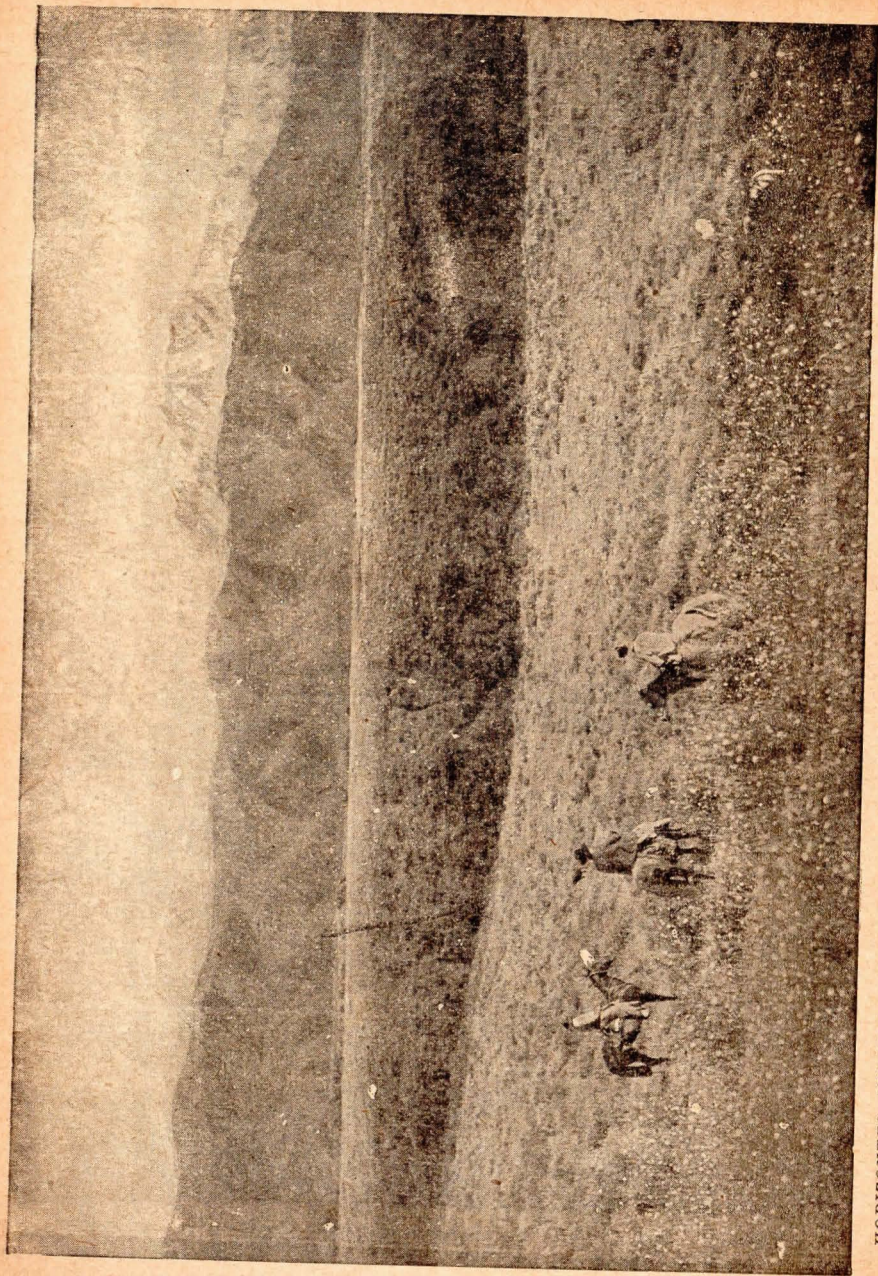
Los sauces están pescando,
pero nunca sacan nada.

En el cielo y en los árboles
el sol se enciende y se apaga.

Yo estoy tembloroso.
Tengo el alma maravillada.

Porque están viendo mis ojos
nubes, sol, hojas y ramas.

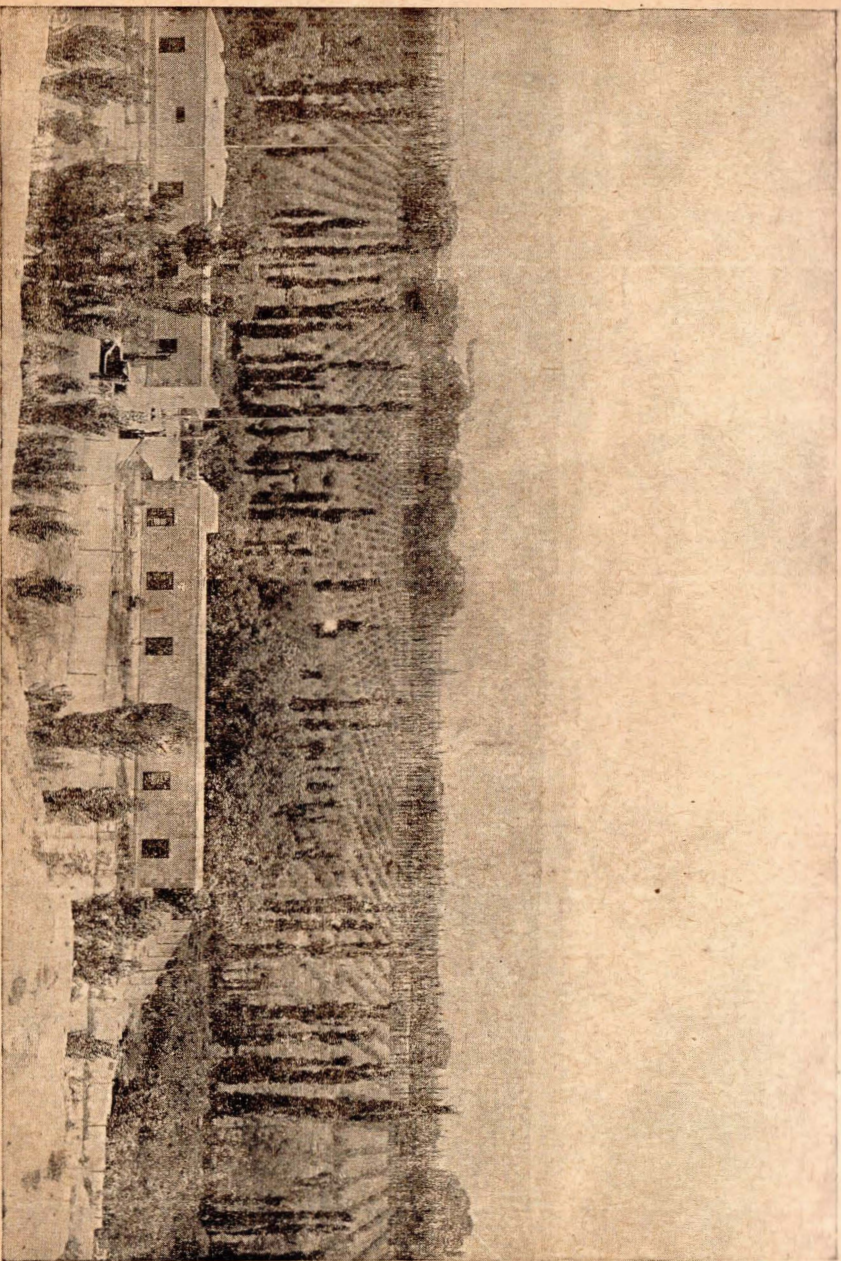




HORIZONTES NUEVOS
libro de lectura

Valle del Aconquija,
Pcia. de Catamarca.

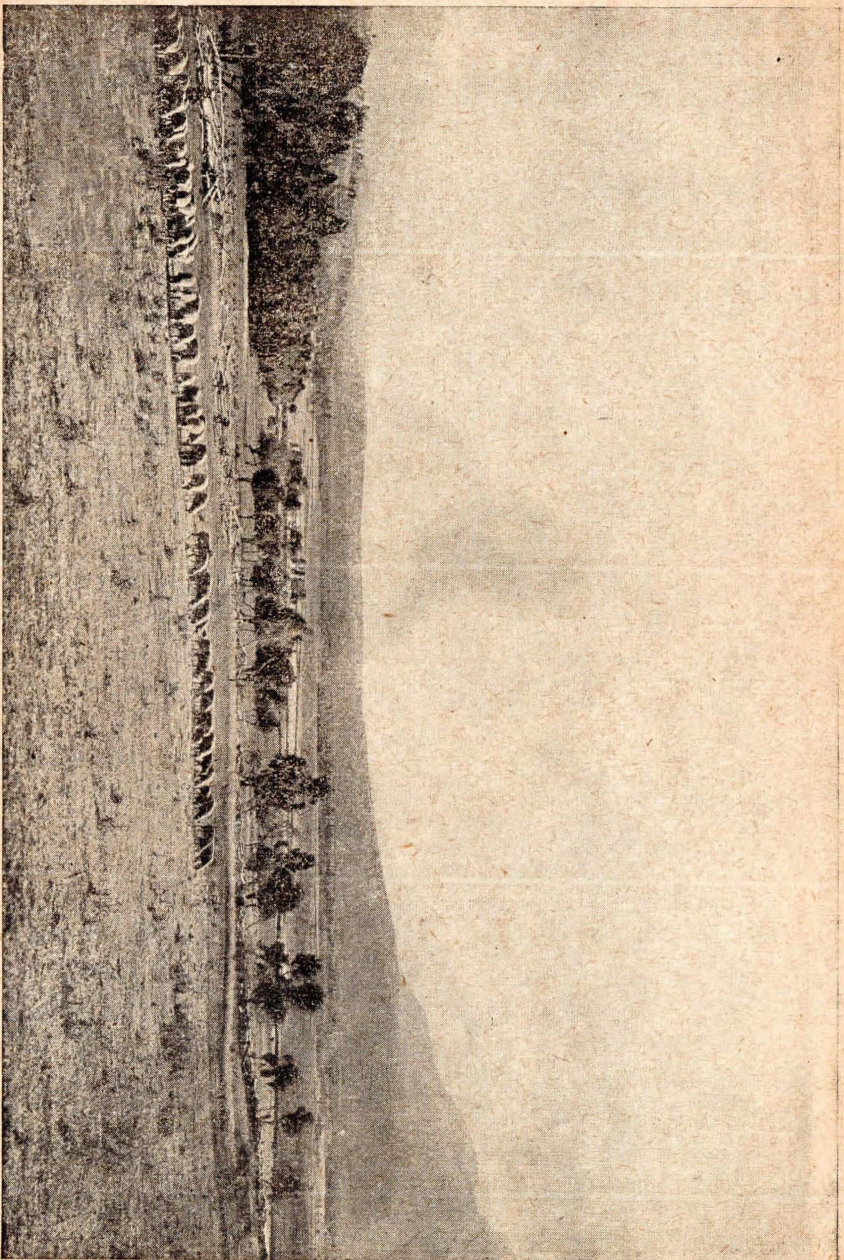
Foto FF. CC.
del Estado

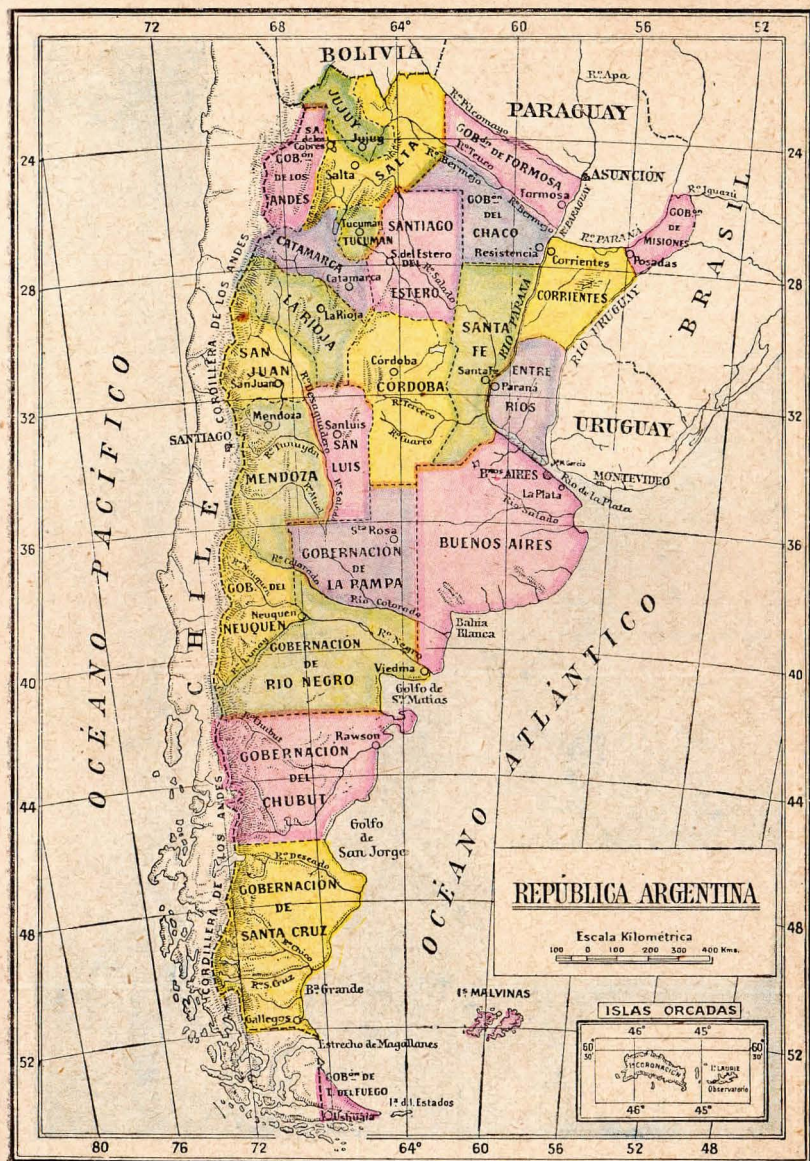


HORIZONTES NUEVOS
Libro de lectura

Viñedo y monte de frutales en Calingasta.
Pcia. de San Juan.

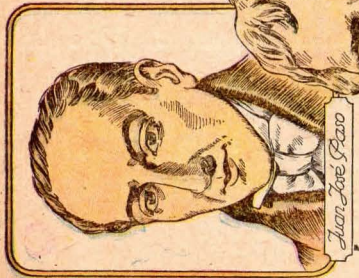
Foto F.F. CC.
del Estado





Mapa físico-político de la República Argentina.

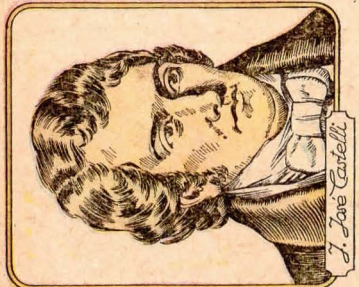
P.CANTOS, Cartógrafo.



Juan José Páez



Mariano Moreno



J. José Castelli



Manuel Belgrano



Cornelio
Saavedra



M. Azcuénaga



Manuel Alburquerque



D. Stathen



Juan Larrea

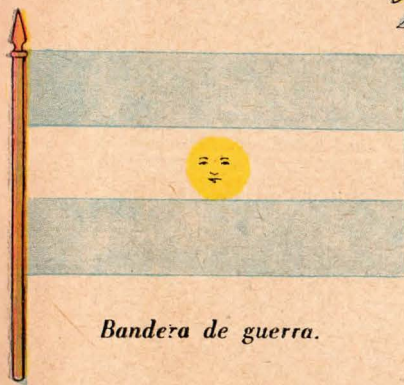
Junta

Primera

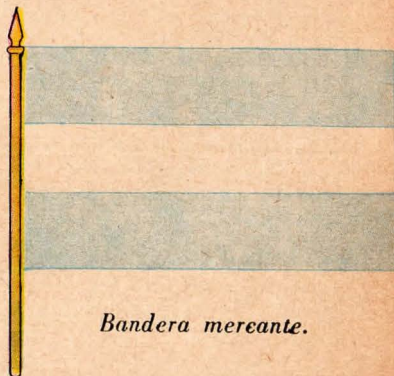
La



Escudo.



Bandera de guerra.



Bandera mercante.

Símbolos Nacionales.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

*Oíd ¡mortales! el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas;
Ved en trono a la noble Igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación;
Coronada su sien de laureles
Y a sus plantas rendido un León.*

CORO. "Sean eternos", etc.

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.

CORO, etc., etc.

Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestifera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.

CORO, etc., etc.

¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llantos y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

CORO, etc., etc.

A vosotros se atreve ¡Argentinos!
El orgullo del vil invasor,

Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

CORO, etc., etc.

El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brío y valor,
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó;
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la inclita Unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.

CORO, etc., etc.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental;
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.

CORO, etc., etc.

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos a la Libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.

CORO, etc., etc.

Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite: ¡Mortales! Oíd:
¡Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud!
Y los libres del mundo responden:
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!

ÍNDICE

ÍNDICE

	Pág.
Prólogo	VII

LECTURAS GEOGRÁFICAS

La tierra que acoge a todos los hombres	3
Lo que la República Argentina ofrece al observador	
I El gran Chaco	6
II La leyenda patagónica	7
III La región de los lagos	10
IV La Pampa	12
El clima y la vida	14
En las montañas	
I Escalando los Andes	16
II Más allá de las cumbres (fragmento), por CARLOS A. BERTOMEU	17
<i>El mal de agua</i> , por JUAN CARLOS DÁVALOS	18
Un espectáculo emocionante	19
<i>Los guanacos</i> , por ALFREDO R. BUFANO	21
Las rutas naturales de comunicación interna	23
El valle de Jauja	25
Los ferrocarriles argentinos	27
Lo que poseemos como don de la naturaleza	
I La flora	29
II La fauna	32
III Riqueza minera. Un poco de historia	34
La actividad industrial	36

	Pág
En franco progreso	39
La Capital Federal	
I Buenos Aires ciudad histórica	41
II El puerto de Buenos Aires sentido por un poeta, por ARTURO CAPDEVILA	42
III La ciudad que desapareció en Buenos Aires, por CAR- LOS ALBERTO LEUMANN	43
Las estaciones de las vías fluviales	45
Provincia de Buenos Aires	
I La Plata	47
II Playas	
Mar del Plata	48
Miramar	49
III Turismo en las sierras	
Tandil	50
IV De los campos porteños, por BENITO LYNCH	52
Santa Fe	53
Por tierras correntinas	
I Iberá	55
II Corrientes	55
Entre Ríos	
I Sus voces	56
II Paraná	57
Misiones. Un anfiteatro de cascadas, por M. BERNÁRDEZ	58
En el Delta	60
La estancia	62
Un proyecto interesante	65
<i>Tríptico</i> , por GUSTAVO CARABALLO	66
La tonada provinciana, por GUILLERMO HOUSE	67
Un pueblo que ama la tradición	68
I La romería, por FUSTER CASTRESOY	69
II La feria. Ante unas fotografías con leyendas	69
Córdoba	
I La ciudad	70
II Hacia las sierras	71
III Las grandes obras de ingeniería	73

	Pág.
San Luis, por ARTURO CAPDEVILA	74
Quebrada de Lules, por JULIO ARAMBURU	75
Ciudad quieta	77
Calles y callejas de Jujuy, por B. GONZÁLEZ ARRILI	78
Las vendedoras de secretos del Yuyal	79
De Formosa. Los indios	80
En la Gobernación de los Andes, por JUAN CARLOS DÁVALOS	
Cobres	81
Susques	81
Entre la sierra de Ancasti y la de Ambato	82
La Rioja, por CÉSAR CARRIZO	83
San Juan. La leyenda de pie de palo	85
Mendoza	
I La caída del Atuel	87
II Termas de Cacheuta	88
<i>El elogio del viñador</i> , por VICENTE NACARATO	89
Por los territorios del Sur	
I Río Negro	90
II Chubut	91
III Santa Cruz	92
IV Tierra del Fuego	93

LECTURAS HISTÓRICAS Y DE INSTRUCCIÓN MORAL Y CÍVICA

El descubridor	97
<i>Las carabelas</i> , por EDUARDO E. ROSSI	98
El conquistador	99
El misionero	101
<i>Una raza indígena</i> , por CENTENERA	102
El fundador de ciudades	103
El patriota civil	104
El patriota prelado, por NICOLÁS AVELLANEDA	105
La lucha contra los invasores	106

	Pág.
Días de Mayo	
I La noticia que apresuró la revolución	108
II Proclama del Excelentísimo Cabildo al vecindario de Buenos Aires	109
III Acuerdo del 25 de Mayo de 1810	110
<i>Profecía</i> , por ESTEBAN DE LUCA	112
Belgrano	113
Una expedición accidentada	114
Ciudadano y argentino antes que hubiera patria	116
Asamblea general constituyente	
I La inauguración	117
II Algunos decretos	117
La instalación del Congreso de Tucumán	119
9 de Julio de 1816	121
San Martín	122
<i>Estrofas</i> , por ESTANISLAO DEL CAMPO	124
Juan Bautista Alberdi en presencia de San Martín	125
Patricias argentinas, por ADOLFO G. CARRANZA	126
Dorrego, por ANTONIO DELLEPIANE	127
El caudillo, por D. F. SARMIENTO	128
Rivadavia	129
Una visita a Rosas en Palermo. Relato del general La Madrid	131
Baile en honor de Manuelita	132
Alberdi	134
Sarmiento	136
Bartolomé Mitre	137
La casa donde se firmó el acuerdo	138
Gobiernos anteriores a la organización nacional	139
Como en los dibujos sonoros	141

LECTURAS CIENTÍFICO - NATURALES

Un día dedicado a la higiene	145
<i>Salud</i> , por FERNÁNDEZ MORENO	148
Jugando en serio	149

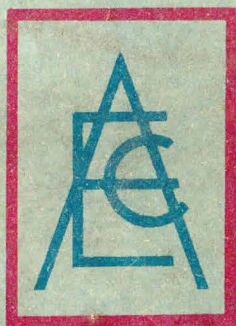
	Pág.
El triunfo de Luis	151
<i>La bendición del agua</i> , por LUIS FRANCO	153
Una oportunidad bien aprovechada	
I	155
II En los dominios del aire	156
<i>Canciones infantiles</i> , por RAFAEL A. ARRIETA	157
Pelea de perros	158
Lo que los hombres podrían imitar	160
Nacido para compañero del hombre	162
<i>El cola blanca</i> , por F. ESTRELLA GUTIÉRREZ	163
Adaptación de los animales a su género de vida	164
Algunos pájaros de nuestro suelo	166
<i>Por los nidos</i> , por CARLOS ROXLO	168
De cómo todos los animales tienen cabida en el mundo	169
Millares de caballeros al sol	171
Seamos justos con las rapaces nocturnas	172
Mi terror a las víboras	174
A orillas del estanque	176
El rey de los transformistas	178
La salvación de Don Goyo	180
<i>Su excelencia el moscardón</i> , por ALFREDO R. BUFANO	182
En suelo submarino	183
Animales en la leyenda	184
Animales en la mitología y en la superstición	185
Animales en la fábula	
El mono enfermo, por DOMINGO DE AZCUÉNAGA	186
El mejor alumno de Ciencias Naturales	188
Usos de la celulosa	190
El valor de la madera	192
Algo sobre la savia	193
¿Sabías... ..	194
En la mañana de un día estival	195
Beneficiarios recíprocos	197
<i>Voces del jardín</i> , por FERNÁNDEZ MORENO	200
En desacuerdo	201
El hortelano y el maestro	202

	<u>Pág.</u>
Un sueño extraño	204
<i>Paisaje en el bosque</i> , por PEDRO HERREROS	207
Valle del Aconquija, provincia de Catamarca (fotografía) ..	208
Viñedo y monte de frutales en Calingasta, San Juan (foto- grafía)	209
Aspecto de los Andes en el Chubut (fotografía)	210
Mapa físico-político de la República Argentina	211
Miembros de la Primera Junta	212
Símbolos Nacionales	213
Himno Nacional Argentino	214



SC 222 —
 LL
 1942
 ROBR

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación
Expediente 14.339 - C - 1942. — Edición año 1942



Precio: \$ 1.80